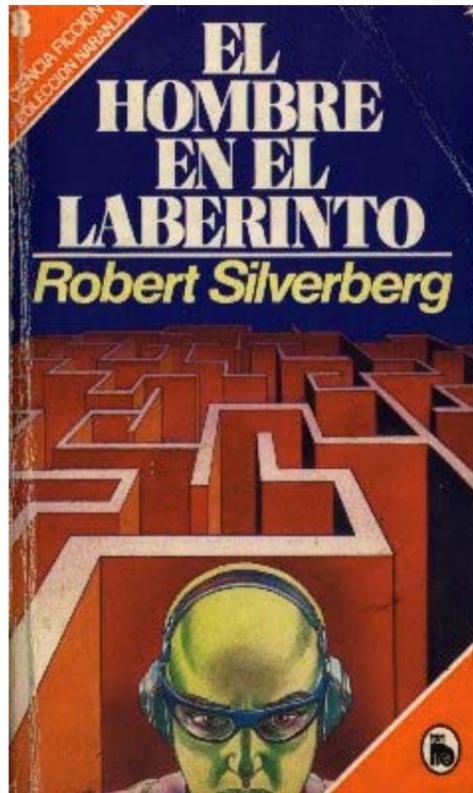


EL HOMBRE EN EL LABERINTO



Robert Silverberg



Robert Silverberg

Título original: The man in the maze
Traducción: Beatriz Podestá
© 1969 by Robert Silverberg
© 1982 Editorial Bruguera S.A.
Av. Infanta Carlota, 129 - Barcelona
ISBN 84-02-09168-7
Edición electrónica de Sadrac
Corrección de «Cuervo López»

Muller ya conocía bien el laberinto. Se había familiarizado con sus trampas y sus espejismos, sus añagazas, sus celadas mortales. Había vivido nueve años en el laberinto y ese tiempo había sido suficiente para aceptar sus condiciones, aunque no le había reconciliado con la situación que le había obligado a refugiarse allí.

Todavía andaba con cautela. Tres o cuatro veces había comprobado que su conocimiento del laberinto era adecuado y aplicable, pero no completo. Una vez había estado al borde de la destrucción y se había salvado gracias a un increíble golpe de suerte, justo en el momento en que un inesperado rayo de fuerza brotaba delante de él, creando una corriente de energía pura e hirviente que atravesó su camino. Muller había anotado en un plano la situación de ese rayo y de cincuenta más, pero mientras se movía a través de la ciudad laberinto, sabía que no podía estar seguro de que no encontraría un rayo nuevo y desconocido.

Arriba, el cielo se estaba oscureciendo; el verde intenso y profundo de la tarde se estaba transformando en el negro de la noche. Muller se detuvo un momento y miró los dibujos que formaban las estrellas. Hasta ello se estaba volviendo familiar. Había establecido sus propias constelaciones en aquel mundo desolado, explorando los cielos en busca de combinaciones de brillos que fueran satisfactorios para sus duras y amargas preferencias.

Estaban apareciendo: la Daga, la Espalda, la Saeta, el Mono, el Sapo. En la frente del Mono parpadeaba una estrellita insignificante; Muller suponía que era el Sol de la Tierra. No estaba seguro, porque había destruido sus mapas después de aterrizar, pero, de todos modos, intuía que aquella bolita de fuego debía de ser el Sol. La misma estrella borrosa formaba el ojo izquierdo del Sapo. A veces, Muller se decía que el Sol no podía ser visible en el cielo de aquel mundo, situado a noventa años luz de la Tierra, pero otras veces creía que sí. Más allá del Sapo estaba la constelación que Muller llamaba Libra, la Balanza. Por supuesto, aquella balanza estaba completamente desequilibrada.

Tres lunas pequeñas brillaban en el cielo. El aire era tenue, pero respirable; hacía mucho que Muller había dejado de notar que contenía demasiado nitrógeno y poco oxígeno. También le faltaba un poco de dióxido de carbono; una de las consecuencias era que casi nunca bostezaba. Eso no le preocupaba. Aferrando con fuerza la culata de su pistola, anduvo lentamente a través de la ciudad extraña, buscando su cena. Eso también formaba parte de una rutina fija. Tenía comida para seis meses almacenada en un depósito antirradiactivo a medio kilómetro de distancia, pero todas las noches salía de caza, para poder reponer inmediatamente lo que retiraba de su escondrijo. Era una forma de matar el tiempo. Y necesitaba que el escondrijo estuviese lleno, el día en que el laberinto le hiriera o le paralizara. Sus ojos penetrantes observaron las calles angulosas. A su alrededor se levantaban los muros, pantallas, trampas e ilusiones del laberinto dentro del que vivía. Respiró hondo. Apoyaba cada pie con firmeza antes de levantar el otro. Miró en todas las direcciones. El triple claro de luna analizaba y disecaba su sombra, dividiéndola en imágenes que se multiplicaban, que danzaban y se extendían ante él.

El detector de masas que llevaba sobre su oreja izquierda emitió un sonido agudo. Eso dijo a Muller que había captado la emisión térmica de un animal que pesaba más de 50 kilos y menos de 100. El detector estaba programado para buscar en tres niveles; éste era el nivel medio, el de los animales alimento. El detector también informaba de la proximidad de criaturas entre 10 y 20 kilos - el nivel de los animales dentados - o de las bestias de más de 500 kilos, el nivel de la caza mayor. Los más pequeños tenían el hábito de lanzarse velozmente a la garganta y los grandes eran como apisonadoras; Muller cazaba los del medio y evitaba a los demás.

Se agazapó, con el arma dispuesta. Los animales que vagabundeaban por el laberinto, allí en Lemnos. Podían ser cazados sin necesidad de estratagemas: se vigilaban mutuamente, pero pese a los largos años que Muller llevaba allí, no habían aprendido que éste era un predador. Evidentemente, hacía varios millones de años que ninguna forma de vida inteligente cazaba en el planeta, y Muller había estado matándolos para llenar el morral todas las noches sin que hubiesen aprendido nada sobre la naturaleza de los hombres. Cuando cazaba, su única preocupación era disparar desde un lugar de observación seguro, de modo que, al concentrarse en su presa, no corriera el riesgo de ser víctima de otro animal más peligroso. Con una especie de espuela que estaba montada en el talón de su bota izquierda exploró la pared que había detrás de él, asegurándose de que no se abriría para tragarlo. Era sólida. Mejor así. Muller retrocedió lentamente hasta que su espalda tocó las piedras frescas y pulimentadas. Su rodilla izquierda se apoyó en el suelo, que cedió apenas. Tomó puntería. Estaba a salvo. Podía esperar. Pasaron, quizá, tres minutos. El detector de masas continuó gimiendo; eso indicaba que el animal estaba dentro de un radio de cien metros. El tono subía ligeramente a medida que la emisión térmica era más fuerte. Muller no tenía prisa. Estaba a un lado de una vasta plaza rodeada por brillantes paneles de cristal, y cualquier cosa que surgiera bajo aquellos brillantes cuarzos crecientes sería un blanco fácil. Aquella noche, Muller estaba cazando en la zona E del laberinto, el quinto sector desde el centro y uno de los más peligrosos. Raramente iba más allá de la zona D, relativamente inocua, pero un estado de ánimo temerario le había empujado esa tarde hasta E. Desde que había conseguido entrar en el laberinto nunca se había arriesgado a volver a G o a H y sólo dos veces había llegado a F. Iba a E cinco veces al año, quizá.

Las líneas convergentes de una sombra aparecieron a su derecha, sobresaliendo de una de las paredes curvas de cristal. El zumbido del detector de masas llegó al punto más alto del espectro tonal para animales de aquel tamaño. La luna más pequeña, Atropos, moviéndose rápidamente en el cielo, cambió el dibujo de las sombras; las líneas ya no eran convergentes y ahora una barra negra atravesaba a las otras dos. Muller sabía que era la sombra de un hocico. Un instante más tarde vio a su víctima. El animal tenía el tamaño de un perro grande, hocico gris y cuerpo leonado, hombros cargados; era feo y espectacularmente carnívoro. Durante sus primeros años allí, Muller había evitado cazar carnívoros, pensando que su carne no sería sabrosa. En cambio, había perseguido a los equivalentes locales de las vacas y ovejas, pacíficos ungulados que se desplazaban alegremente por el laberinto, comiendo la hierba de los jardines. Sólo cuando su suave carne le hartó, se decidió a perseguir a una de las criaturas con zarpas que cazaban a los herbívoros y, para su sorpresa, su carne resultó excelente. Vigiló al animal

que entraba en la plaza. Su largo hocico se contraía. Muller le oía olfatear desde su escondite, pero el olor de un hombre no significaba nada para la bestia.

El carnívoro se adelantó por el elegante pavimento de la plaza, confiado y presuntuoso; sus garras golpeaban y rascaban el suelo. Muller afinó su rayo hasta que tuvo el diámetro de una aguja y apuntó con cuidado, fijando la mira primero en los hombros y luego en los cuartos traseros. La pistola estaba sensibilizada a la proximidad del blanco y era capaz de matar automáticamente, pero Muller siempre conectaba el disparador manual. El y su pistola se proponían fines diferentes: a la pistola le preocupaba matar, y a Muller, comer. Era más fácil apuntar por su cuenta que tratar de convencer al arma de que un golpe a través de la tierna y jugosa paletilla le privaría del trozo más sabroso. La pistola, buscando el blanco más simple, apuntaría a la espina dorsal a través del hombro, para matar a la bestia. Muller aspiraba a una mayor fineza.

Eligió como blanco un punto situado a doce centímetros del hombro: el lugar donde la espina entraba en el cráneo. Bastó un disparo; el animal se derrumbó pesadamente. Muller se acercó tan velozmente como pudo, estudiando todos los sitios en que pisaba. Rápidamente cortó las partes inútiles, patas, cabeza, estómago, y roció con un atomizador el enorme filete que cortó de la paletilla. También cortó la mayor parte de los cuartos traseros y ató los dos paquetes a sus hombros. Luego dio la vuelta, buscando el camino zigzagueante que era la única entrada segura al centro del laberinto. En menos de una hora podía estar de vuelta en su cubil de la zona A.

Había recorrido la mitad de la plaza cuando oyó un ruido poco familiar.

Se detuvo y miró hacia atrás. Tres pequeñas criaturas se acercaban, saltando, al animal muerto. Pero ése no era el sonido que le había inquietado. ¿Acaso el laberinto preparaba un nuevo truco diabólico? Había sido un zumbido bajo cubierto por un áspero latido en las frecuencias medias, demasiado prolongado para ser el rugido de algún animal grande. Era un sonido que Muller no había oído nunca.

No; un sonido que allí no había oído nunca. En alguna parte de los bancos de su memoria debía de estar registrado. Buscó. El sonido era familiar. Ese estampido doble que se desvanecía lentamente en la distancia..., ¿qué era?

Determinó su dirección. El sonido llegaba por encima de su hombro derecho, o así le parecía. Muller miró en esa dirección y no vio más que la triple cascada de la pared secundaria del laberinto, alzándose, ringlera sobre brillante ringlera ambarina. ¿Sobre esa pared? Vio el cielo iluminado por las estrellas: el Mono, el Sapo, la Balanza.

Muller recordó el sonido.

Una nave, una nave estelar pasando a propulsión iónica para efectuar un aterrizaje planetario. El estampido de los escapes, el latido de las válvulas de desaceleración. Hacía nueve años que no oía ese sonido, desde que había comenzado su autoexilio en Lemnos. De modo que tenía visitantes. ¿Serían intrusos casuales o le habrían encontrado? ¿Qué querían? La ira le inflamó. Estaba harto de ellos y de su mundo. ¿Por qué no le dejaban en paz? Muller estaba alerta, las piernas separadas; una parte de su mente buscaba peligros, como siempre, aun mientras miraba furioso hacia el punto en que, probablemente, aterrizaría la nave. No quería tener tratos con la

Tierra ni con los terrestres. Miró con odio hacia el tenue punto luminoso que había en el ojo del Sapo, en la frente del Mono.

No llegarían hasta él.

Morirían en el laberinto y sus huesos se unirían a la acumulación formada durante un millón de años que yacía en los corredores externos.

Y, si lograban entrar, igual que él...

Bueno, entonces tendrían que vérselas con él. Y no les resultaría agradable. Muller sonrió torvamente, acomodó la carne sobre su espalda y se concentró enteramente en la labor de penetrar en el laberinto. Pronto estuvo a salvo en la zona C. Llegó a su guarida. Guardó la carne. Preparó su cena. El dolor golpeaba su cráneo. Después de nueve años, ya no estaba solo en aquel mundo. Habían ensuciado su soledad. Una vez más, Muller se sintió traicionado. Lo único que pretendía de la Tierra era soledad, y ni siquiera le concedían eso. Pero si se las arreglaban para llegar hasta él, dentro del laberinto, sufrirían.

2

La nave había reentrado en el espacio normal con retraso, casi en las capas exteriores de la atmósfera de Lemnos. Charles Boardman estaba disgustado. Exigía de sí mismo el más alto nivel de rendimiento y esperaba que quienes le rodeaban se comportaran de la misma forma. Especialmente los pilotos.

Ocultando su irritación, Boardman conectó la pantalla y la pared de su cabina floreció con una vivida imagen del planeta. Sólo algunas nubes velaban su superficie; veía claramente a través de su atmósfera. En medio de una ancha llanura había una serie de arrugas que se distinguían con nitidez, aun a cien kilómetros de altura. Boardman se volvió hacia el joven que estaba a su lado y dijo:

- Ahí lo tienes, Ned. El laberinto de Lemnos. Y Dick Muller está metido en él.

Ned Rawlings apretó los labios.

- ¿Tan grave es? ¡Debe de tener cientos de kilómetros de diámetro!

- Lo que ves ahora son los terraplenes exteriores. El laberinto mismo está rodeado por un anillo concéntrico de muros de tierra de cinco metros de altura y mil kilómetros de circunferencia exterior. Pero...

- Sí, lo sé - Interrumpió Rawlings. Casi inmediatamente se sonrojó, con la enternecedora inocencia que Boardman encontraba tan encantadora y en breve trataría de utilizar -. Lo siento, Charles. No quise interrumpirle.

- No tiene importancia. ¿Qué es lo que querías preguntarme?

- Esa mancha oscura dentro de los muros externos, ¿es la ciudad?

Boardman asintió.

- Ese es el laberinto interno. Veinte, treinta kilómetros de diámetro... y Dios sabe cuántos millones de años de edad. Allí es donde hallaremos a Muller.

- Si podemos entrar.

- Cuando entremos.

- Sí. Sí. Claro. Cuando entremos - Se corrigió Rawlings enrojeciendo nuevamente. Esbozó una sonrisa rápida y diligente -. ¿No hay una posibilidad de que no encontremos la entrada?

- Muller la halló - dijo Boardman en voz baja -. Está allí.

- Pero fue el primero que pudo entrar. Todos los demás fracasaron. De modo que quizá nosotros...

- No fueron muchos los que lo intentaron - replicó Boardman -. Y quienes lo hicieron no tenían el equipo necesario. Conseguiremos hacerlo, Ned. Lo conseguiremos. Tenemos que hacerlo. Ahora cálmate y disfruta del aterrizaje.

La nave se dirigió al planeta; iba demasiado rápida, pensó Boardman, que se sentía oprimido por la fuerza de la desaceleración. Odiaba los viajes y odiaba los aterrizajes por encima de todo. Pero aquél era un viaje que no había podido evitar. Se recostó en la litera amortiguadora y desconectó la pantalla. Ned Rawlings seguía de pie; sus ojos brillaban a causa de la excitación. «Qué maravilloso es ser joven», pensó Boardman, no muy seguro de que fuera un pensamiento sarcástico. El chico era fuerte y saludable, y más inteligente de lo que parecía a veces. Un chico prometedor, como se decía unos siglos antes. Boardman no recordaba haber sido así, cuando era joven. Tenía la sensación de haber estado siempre en la edad madura; astuto, calculador, organizado. Ahora tenía ochenta años, había vivido casi la mitad de su vida, y cuando intentaba juzgarse honestamente, no lograba convencerse de que su personalidad se hubiese modificado de forma esencial desde que tenía veinte años. Había aprendido ciertas técnicas, la forma de manejar a los hombres; era más sabio, pero cualitativamente no había cambiado. Pero el joven Ned Rawlings sería una persona totalmente diferente dentro de sesenta años; quedaría muy poco del joven inexperto que estaba en la litera contigua. Boardman sospechaba que aquella misión sería lo que arrancaría su inocencia a Ned, y esa idea no le hacía feliz.

Boardman cerró los ojos mientras la nave efectuaba las últimas maniobras para el aterrizaje. Sintió que la gravedad aferraba su cuerpo que empezaba a envejecer. Abajo. Abajo. Abajo. ¿Cuántas caídas en cuántos planetas, odiando cada una de ellas? La vida diplomática era muy agitada. Navidad en Marte, Pascua en uno de los mundos centaurianos, la fiesta de mediados de año celebrada en un apestoso planeta de Rigel... y ahora este viaje, el más complejo de todos. «El hombre no está hecho para saltar de un planeta a otro - pensó Boardman -. He perdido mi sentido del universo. Dicen que ésta es la época más rica desde que existe la humanidad, pero creo que un hombre podría ser aún más rico si conociera hasta el último guijarro de una isla dorada en un mar azul que gastando su tiempo en saltar de un mundo a otro.»

Sabía que su cara estaría distorsionada por la aceleración ahora que la nave se zambullía hacia el planeta. Había una gruesa papada en su cuello y bolsas de carne extra en su cuerpo, que le daban un aspecto suave y apoltronado. Con muy poco esfuerzo, Boardman podría haber adoptado un aspecto más esbelto, la línea elegante de los hombres a la moda; era una época en que hombres de ciento veinticinco años podían tener el aspecto de un mozalbete si eso les importaba. Pero al comienzo de su carrera Boardman había elegido simular el aspecto de un hombre mayor. Era una inversión: lo que perdía en elegancia lo ganaba en status. Su negocio era vender asesoramiento a los gobiernos y los gobiernos no compraban asesoramiento a hombres que tuvieran el aspecto de un jovencito. Hacía cuarenta años que Boardman

representaba cincuenta Y cinco, y esperaba conservar ese aspecto de hombre maduro, fuerte y vigoroso, durante otros cincuenta años, por lo menos. Luego, cuando entrara en la última etapa de su carrera, permitiría que el tiempo lo trabajara nuevamente. Adoptaría los cabellos blancos y las mejillas hundidas de un hombre de ochenta años; sería Néstor, en vez de Ulises. Por el momento le resultaba útil profesionalmente parecer un poco fuera de forma.

Era un hombre bajo, pero tan fornido que dominaba fácilmente a cualquier grupo en una mesa de juntas. Sus poderosos hombros, su torso desarrollado y sus largos brazos hubieran parecido más apropiados en un gigante. De pie, Boardman tenía una estatura por debajo del promedio, pero sentado inspiraba respeto. Consideraba muy útil esa característica y nunca había pensado en alterarla. Un hombre demasiado alto se adapta mejor a dar órdenes que a aconsejar y Boardman nunca había deseado mandar; prefería ejercer el poder de formas más sutiles. Pero un hombre bajo que parece alto cuando se sienta, puede controlar imperios. Y los negocios de los imperios se discuten alrededor de una mesa.

Su aspecto irradiaba autoridad. Su mentón era fuerte, su nariz gruesa, roma y enérgica, sus labios firmes y sensuales al mismo tiempo, sus cejas inmensas y revueltas, rayas negras que brotaban de una frente maciza que podría haber impresionado a un Neandertal. Sus cabellos eran largos y desordenados. Tres anillos brillaban en sus dedos; uno era un giroscopio de platino y rubíes con incrustaciones de uranio 238 de un matiz apagado. Se vestía de forma severa y conservadora; prefería las telas gruesas y los cortes de aspecto casi medieval. En otras épocas podría haber desempeñado el papel de prelado mundano o el de primer ministro ambicioso; hubiese sido un hombre importante en cualquier corte de cualquier período. Era importante ahora. Y el precio que pagaba por esa importancia era la agitación de los viajes. Pronto aterrizaría en otro planeta desconocido, donde el aire tendría un olor desagradable, la gravedad sería un poco más fuerte de lo deseable y el color del sol, incorrecto. Boardman frunció el ceño.

¿Por qué demoraba tanto el aterrizaje?

Miró a Ned Rawlings. Veintidós o veintitrés años, algo así; era el retrato de la juventud ingenua, aunque Boardman sabía que Ned era lo suficientemente mayor como para haber aprendido más cosas de las que demostraba. Alto, convencionalmente guapo (sin ayuda de la cirugía estética), cabellos rubios, ojos azules, labios gruesos y móviles, dentadura perfecta. Era el hijo de un teórico de comunicaciones ya fallecido que había sido uno de los amigos más íntimos de Richard Muller. Boardman contaba con eso para facilitar las delicadas negociaciones que debía emprender.

- ¿Se siente bien, Charles? - preguntó Rawlings.
- Viviré. Pronto habremos llegado.
- El aterrizaje parece tan lento, ¿verdad?
- Sólo falta un minuto - dijo Boardman. La cara del muchacho registraba apenas el impacto de las fuerzas que actuaban sobre ellos. Su mejilla izquierda estaba ligeramente estirada hacia abajo; eso era todo. Parecía increíble ver la insinuación de un rictus en aquel rostro resplandeciente.
- Allá vamos - murmuró Boardman, y volvió a cerrar los ojos.

La nave recorrió el último tramo que la separaba del suelo. Los expulsos quedaron desconectados, los tubos de desaceleración gruñeron por última vez. Llegó el último momento de incertidumbre. Luego la estabilidad, los garfios firmemente anclados, el ruido del aterrizaje silenciado. «Estamos aquí - pensó Boardman -. Ahora, al laberinto, a buscar al señor Richard Muller. Habrá que ver si en estos nueve años se ha vuelto menos horrible. Quizá sea como todo el mundo, ahora. Si es así - se dijo Boardman -, que Dios nos ayude.»

3

Ned Rawlings no había viajado mucho. Solo había visitado cinco mundos, de ellos tres del sistema solar. Cuando tenía diez años su padre lo había llevado a pasar el verano a Venus. Dos años más tarde había visitado Marte y Mercurio. Como regalo de graduación, a los dieciséis años, hizo su primera excursión extrasolar, a Alfa de Centauro IV y, tres años después, había hecho un melancólico viaje al sistema de Rigel para traer el cadáver de su padre a casa, después del accidente.

No eran tantos viajes en una época en que la propulsión hiperespacial permitía viajar de un sistema a otro casi tan fácilmente como de Europa a Australia; Rawlings lo sabía. Pero ya tendría tiempo de hacer excursiones más adelante, cuando se le asignasen misiones diplomáticas. De todos modos, si debía tomar en cuenta las opiniones de Charles Boardman, los placeres del viaje perdían su atractivo con rapidez, y andar de arriba para abajo por el universo se volvía un trabajo más. Rawlings comprendía la fatiga en la actitud de un hombre que tenía cuatro veces su edad, pero sospechaba que Boardman decía la verdad.

Que viniera la fatiga. Por ahora, Ned Rawlings estaba en un mundo extraño por sexta vez en su vida y lo estaba disfrutando. La nave estaba anclada en la gran llanura que rodeaba el laberinto de Muller; las murallas externas del laberinto propiamente dicho estaban a cien kilómetros al sudeste. Era medianoche en esa parte de Lemnos. El planeta tenía días de treinta horas y un año de veinte meses; el otoño estaba comenzando en ese hemisferio y el aire era frío. Rawlings se alejó de la nave. La tripulación estaba descargando los expulsos que servirían para construir el campamento. Charles Boardman estaba a un lado, envuelto en un grueso abrigo de pieles y tan ensimismado que Rawlings no se atrevió a acercarse. Sabía que Boardman era un viejo cínico, pero, pese a eso, era imposible no admirarlo. Rawlings sabía que Boardman era un auténtico gran hombre, aunque no había conocido a muchos. Su propio padre había sido uno, quizás. Dick Muller era otro, pero por supuesto, Rawlings sólo tenía unos doce años cuando Muller se metió en el horrible lío que destruyó su vida. Bueno, haber conocido tres hombres de ese calibre durante su corta vida ya era un privilegio, se dijo Rawlings. Ojalá que su propia carrera fuera la mitad de buena que la de Boardman. Por supuesto, no era tan astuto como Boardman; deseaba no serlo nunca. Pero tenía otras características..., una especie de nobleza de alma que faltaba a Boardman «puedo ser útil a mi manera», pensó Rawlings, y luego se preguntó si sus esperanzas serían ingenuas.

Llenó sus pulmones con el aire extraño. Contempló un cielo lleno de estrellas desconocidas y buscó inútilmente algún diseño familiar. Un viento helado recorrió la llanura. El planeta parecía

abandonado, desolado, vacío. En la escuela había estudiado algo acerca de Lemnos: era uno de los antiguos planetas abandonados por una extraña raza desconocida que había desaparecido mil siglos antes. Sólo quedaban de ella unos cuantos huesos fosilizados, fragmentos de máquinas... y el laberinto. El laberinto mismo rodeaba una ciudad de los muertos que el tiempo apenas había tocado.

Los arqueólogos habían explorado la ciudad desde el aire, escudriñándole con sensores, exasperados por la frustración de no poder entrar en ella. Las primeras doce expediciones que fueron a Lemnos no habían podido encontrar un camino seguro para entrar en el laberinto; todos los hombres que entraron perecieron víctimas de las trampas ocultas, inteligentemente situadas en las zonas exteriores. El último intento se había efectuado cincuenta años atrás. Luego Richard Muller había llegado allí, buscando un lugar donde ocultarse de la humanidad, y, de algún modo, había hallado su entrada.

Rawlings se preguntó si tendrían éxito y lograrían entrar en contacto con Muller. También se preguntó cuántos de los hombres que habían viajado con él morirían antes de que pudiesen penetrar en el laberinto. No consideró la posibilidad de su propia muerte. A su edad, la muerte era aún algo que les sucedía a los demás. Pero algunos de los hombres que ahora trabajaban instalando el campamento estarían muertos dentro de unos días.

Mientras pensaba en eso, apareció un animal, trotando sin hacer ruido, desde atrás de un montecillo arenoso que estaba allí cerca. Rawlings miró a la bestia desconocida con curiosidad. Se parecía un poco a un gato grande, pero sus garras no eran retráctiles y su boca estaba erizada de colmillos verdosos. Unas listas luminosas daban una tonalidad alegre a sus esbeltos flancos. Rawlings no conseguía imaginar qué utilidad podía tener para un predador una piel luminosa, salvo que usara su brillo como una especie de cebo.

El animal se acercó a una docena de metros, miró a Rawlings sin demostrar un interés real y luego se volvió con gesto gracioso y trotó hacia la nave. La combinación de extraña belleza, poder y amenaza de aquel animal resultaba muy atractiva.

Ahora se aproximaba a Boardman. Y Boardman estaba sacando un arma.

- ¡No! - Rawlings oyó su propio grito -. ¡No lo mate, Charles! ¡Sólo quiere mirarnos!

Boardman disparó.

El animal saltó convulsionado por los aires y cayó con las patas extendidas. Rawlings se acercó corriendo, abrumado por la conmoción. «No tenía por qué haberlo matado - pensó -. El animal sólo estaba explorando. ¡Qué canallada!»

- ¿No podía haber esperado un minuto, Charles? - dijo, enfadado -. ¡Quizá se hubiese marchado! ¿Por qué...?

Boardman sonrió. Hizo señas a un tripulante que atrapó al animal con una red-spray. El animal se estremeció, mientras el tripulante lo llevaba hacia la nave. Suavemente, Boardman dijo:

- Lo único que hice fue aturdirlo, Ned. Parte del gasto de este viaje se pagará con fondos del zoológico federal. ¿Creíste que yo era de los que disparan con facilidad?

De golpe, Rawlings se sintió muy pequeño y tonto.

- Bueno..., en realidad no. Quiero decir que...

- Olvídalo. No; no lo olvides. No olvides nada; aprende algo: es mejor tener todos los datos antes de ponerse a gritar tonterías.

- Pero si yo hubiese esperado y usted lo hubiese matado realmente...

- Entonces hubieras aprendido algo feo sobre mí, al precio de la vida de un animal, Hubieses dispuesto de un dato útil: yo me transformo en un asesino a la vista de cualquier cosa rara con dientes afilados. En cambio, lo único que hiciste fue ruido. Si me hubiese propuesto matarlo, tu grito no hubiera cambiado mis intenciones. Pero hubiese podido malograr mi puntería y hubiera quedado a la merced de un animal herido y furioso. De modo que tómate tu tiempo, Ned. Haz una evaluación de los hechos. A veces es mejor dejar que suceda algo que jugar tus cartas demasiado rápido. - Boardman hizo un guiño -. ¿Te estoy ofendiendo, Ned? ¿Haciéndote sentir como un idiota con mi pequeña lección?

- Claro que no, Charles. Sé que tengo mucho que aprender.

- ¿Y estás dispuesto a aprender de mí, aunque sea un viejo canallesco y exasperante?

- Charles, yo...

- Disculpa, Ned, no debería burlarme de ti. Tenías razón cuando trataste de impedir que matara a ese animal. No fue culpa tuya si no comprendiste lo que yo hacía. En tu lugar hubiese actuado exactamente igual.

- ¿Quiere decir que no debía tomarme mi tiempo y reunir todos los datos mientras usted sacaba su pistola? - preguntó Rawlings, atónito.

- Posiblemente, no.

- Se está contradiciendo, Charles.

- Tengo el privilegio de ser inconsciente - dijo Boardman -. Es casi mi marca de fábrica. Trata de dormir bien esta noche - dijo, riendo -. Mañana volaremos sobre el laberinto y trataremos de levantar un plano; luego empezaremos a mandar hombres a su interior. Supongo que dentro de una semana estaremos hablando con Muller.

- ¿Cree que estará dispuesto a cooperar?

Los enérgicas rasgos de Boardman se ensombrecieron.

- Al principio, no. Estará tan lleno de amargura que escupirá veneno. Después de todo, fuimos nosotros los que le echamos. ¿Por qué iba a ayudar a la tierra ahora? Pero se convencerá, Ned, porque, fundamentalmente, es un hombre honorable y eso es algo que no cambia, por enfermo y solitario y angustiado que esté un hombre. Ni siquiera el odio puede corromper el honor. Tú lo sabes, Ned, porque eres de esa clase de personas, Hasta yo lo soy, a mí manera. Un hombre honorable. Convenceremos a Muller. Haremos que salga de ese maldito laberinto y nos ayude.

- Espero que tenga razón, Charles. - Rawlings dudó -. Y ¿cómo será el encuentro? Quiero decir, considerando su enfermedad... la forma en que afecta a los demás...

- Será difícil; muy difícil.

- Usted lo vio, ¿no es así?, después de...

- Sí. Muchas veces.

- En realidad no puedo imaginar cómo es acercarse a un hombre y sentir que toda su alma se derrama sobre uno - dijo Rawlings -. Eso es lo que sucede cuando uno está con Muller, ¿no?

- Es como entrar en un baño de ácido - dijo Boardman lentamente -. Uno puede acostumbrarse, pero no le gusta. Sientes como si hubiese fuego sobre tu piel. El espanto, los terrores, la avaricia, la enfermedad brotan de él como si fuera un manantial de excrementos.

- Y Muller es un hombre honorable... un hombre decente.

- Sí; lo era. - Boardman miró hacia el lejano laberinto -. Por suerte. Es algo que te hace pensar, ¿verdad, Ned? Si un hombre de primera clase como Dick Muller tiene toda esa basura en su cerebro, ¿cómo será la gente común? ¿La gente vulgar que vive vidas vulgares? Si sufrieran la misma maldición que Muller serían como lanzallamas que quemarían cualquier mente, a años luz de distancia.

- Pero hace nueve años que Muller está solo con su desgracia - dijo Rawlings -. ¿Y si ahora es imposible acercarse a él? ¿Si eso que irradia es tan fuerte que resulta imposible de soportar?

- Lo soportaremos - dijo Boardman.

Dentro del laberinto, Muller estudiaba su situación y consideraba sus opciones. En los recuadros verde lechoso de la pantalla visora podía ver la nave y las cúpulas de plástico que habían brotado a su alrededor; también veía las diminutas figuras de los hombres que iban y venían. Ahora lamentaba no haber podido encontrar el control de precisión de la pantalla: las imágenes que recibía estaban completamente desenfocadas. Pero se consideraba afortunado por tener la pantalla a su disposición. Muchos de los antiguos instrumentos de la ciudad eran inservibles desde hacía mucho, a causa del deterioro de alguna pieza vital. Sin embargo, un número sorprendente de máquinas había soportado el paso del tiempo sin sufrir daños, como testimonio de la habilidad mecánica de sus fabricantes, pero Muller sólo había logrado descubrir la utilidad de unas pocas y las utilizaba de forma imperfecta.

Contempló las figuras borrosas de sus semejantes, que trabajaban activamente, y se preguntó qué nuevo tormento estarían preparando para él.

Había tratado de no dejar rastros de su paradero cuando huyó de la Tierra. Había viajado en una nave alquilada, llenando un formulario de vuelo engañoso, vía Sigma Draconis. Ciertamente durante su trayectoria hiperespacial había tenido que pasar por seis puestos de control, pero a todos les había mostrado un itinerario simulado de un periplo galáctico cuidadosamente preparado para despistar a los controladores.

Una comprobación rutinaria de todas las posiciones de control revelaría que las posiciones que había dado Muller sucesivamente carecían de sentido, pero había apostado a que conseguiría completar su vuelo y desaparecer antes de que se hiciera uno de tales controles. Evidentemente había ganado su apuesta, ya que ninguna nave de interceptación le había seguido.

Al salir de la trayectoria hiperespacial cerca de Lemnos, había efectuado la última maniobra evasiva, dejando su nave en una órbita de estacionamiento y bajando en una cápsula de eyección. Una bomba disruptora, programada anticipadamente, había hecho estallar la nave en moléculas y había enviado los fragmentos en millones de órbitas diferentes por todo el universo. ¡Se necesitaría un computador muy sutil para calcular un nexo probable entre los fragmentos! La bomba estaba calculada para crear cincuenta vectores falsos por metro cuadrado de superficie de explosión, una garantía virtual de que ningún rastreo podía ser eficaz dentro de un lapso de tiempo corto. Muller sólo necesitaba un corto lapso corto..., unos sesenta años. Tenía cerca de sesenta años cuando dejó la Tierra. Normalmente podría haber aspirado a otro siglo de vida vigorosa, pero careciendo de servicios Médicos y cuidándose sólo con un diagnosticador barato, tendría suerte si llegaba a los ciento diez o ciento veinte, sesenta años de soledad y una muerte tranquila y privada; eso era lo único que pretendía. Pero ahora su soledad había sido interrumpida, al cabo de sólo nueve años.

¿Es que habían conseguido encontrar su rastro?

Muller no lo creía. Por un lado, había tomado todas las precauciones antirrastreo posibles. Por otro, no tenían razones para perseguirlo. No era un fugitivo que debía ser llevado ante la justicia.

Era simplemente un hombre que padecía una afección repugnante, una abominación para sus congéneres, y, sin duda, la Tierra se alegraba de haberse librado de él. Era una vergüenza y un reproche para ellos, un manantial de culpa y dolor, un aguijón para la conciencia planetaria. Lo más bondadoso que podía hacer por sus semejantes era quitarse de en medio y lo había hecho tan completamente como le fue posible. Era inverosímil que se esforzaran por buscar a una persona tan odiosa.

Pero entonces, ¿quiénes eran los intrusos?

Arqueólogos, sospechaba. Las ruinas de la ciudad de Lemnos seguían teniendo una mágica fascinación para ellos, para todos ellos. Muller había confiado en que los riesgos del laberinto seguirían manteniendo a distancia a los hombres. Había sido descubierto un siglo antes, pero, antes de su llegada, Lemnos había sido rehuido, por muy buenas razones. Muller había visto muchas veces los cadáveres de quienes habían intentado entrar en el laberinto y habían fracasado. El mismo había ido allí impulsado en parte por un instinto suicida, en parte a causa del deseo irreprimible de entrar y desvelar el secreto del laberinto, y en parte sabiendo que si lograba entrar no era probable que su retiro fuera violado. Ahora estaba dentro, pero habían llegado los intrusos.

«No entrarán», se dijo Muller.

Cómodamente instalado en el núcleo del laberinto, tenía a su disposición suficientes sensores como para seguir, de forma imprecisa, los progresos de cualquier ser vivo que estuviese fuera. De esa forma podía estudiar los movimientos de los animales que iban de una a otra zona, y también los de las grandes bestias peligrosas. Dentro de ciertos límites, podía controlar las insidias del laberinto, que normalmente no eran más que trampas pasivas, pero que, en condiciones adecuadas, podían ser empleadas de forma agresiva contra un enemigo. Más de una vez, Muller había arrojado a algún carnívoro del tamaño de un elefante dentro de un pozo subterráneo mientras galopaba por la zona D. Se preguntó si usaría esas defensas contra seres humanos si lograban llegar hasta allí y no supo que responder. En realidad no odiaba a su especie; simplemente prefería que lo dejaran solo en lo que podía llamar paz.

Miró las pantallas. Ocupaba una celda hexagonal que, al parecer, era una de las unidades de vivienda de la parte central de la ciudad. Estaba equipada con un muro de pantallas visoras. Le había llevado más de un año descubrir qué partes del laberinto correspondían a las imágenes de las pantallas, pero colocando marcas con mucha paciencia había logrado emparejar las apagadas imágenes con la brillante realidad. Las seis pantallas bajas le proporcionaban imágenes de áreas de las zonas A hasta la F; las cámaras (o lo que fuere) oscilaban en un arco de 180°, permitiendo que los misteriosos ojos ocultos patrullaran toda la región que rodeaba cada una de las entradas. Como sólo una entrada proporcionaba un paso seguro a la zona siguiente y todas las otras eran letales, las pantallas permitían a Muller vigilar los avances de cualquier merodeador. No importaba que sucediera algo en alguna de las entradas falsas; quien persistiera, moriría.

Las pantallas siete a diez, situadas en la parte superior de la pared, transmitían imágenes que correspondían a las zonas G y H, los más exteriores, grandes y mortíferas del laberinto. Muller no había querido tomarse el trabajo de volver a esas zonas para comprobar su teoría en detalles;

suponía que las pantallas reproducían puntos de las zonas exteriores y no valía la pena volver allí para descubrir el punto exacto en que estaban montadas las cámaras. En cuanto a las pantallas once y doce, obviamente, mostraban vistas de la llanura que rodeaba el Laberinto; la llanura que ahora ocupaba una nave espacial terrestre.

Pocos de los artefactos que habían dejado los antiguos constructores de la ciudad eran tan informativos. Montada sobre unas gradas, en el centro de la plaza principal de la ciudad, y protegida por una bóveda de cristal, había una piedra del color de un rubí con doce facetas; en su interior, un mecanismo parecido a un intrincado obturador sonaba y latía. Muller sospechaba que era algún tipo de reloj, conectado a un oscilador nuclear, que señalaba las unidades de tiempo que emplearon sus creadores. Periódicamente, la piedra sufría cambios temporales su superficie se nublaba, su tonalidad se oscurecía, viviéndose azul o negra, y se balanceaba. Las cuidadosas anotaciones de Muller no habían conseguido revelar el significado de esos cambios. Ni siquiera había podido analizar su periodicidad. Las metamorfosis no eran arbitrarias, pero las pautas que las gobernaban no estaban a su alcance.

En las ocho esquinas de la plaza había unas columnas metálicas que se adelgazaban suavemente hacia arriba y tenían seis metros de altura. Esas columnas describían una vuelta completa en un año, de modo que parecían calendarios que se movían sobre unas bases invisibles. Muller sabía que completaban una revolución en cada período de treinta meses, el tiempo que demoraba Lemnos en dar una vuelta alrededor de su oscuro sol naranja, pero sospechaba que esos pilotes resplandecientes tenían alguna finalidad más profunda. Ocupaba buena parte de su tiempo intentando descubrirla.

Cuidadosamente separadas, en las calles de la zona A había unas jaulas cuyos barrotes eran de una piedra parecida al alabastro. Muller no sabía cómo abrir las jaulas, pero dos veces durante sus años allí se había despertado y había encontrado los barrotes metidos dentro del pavimento de piedra y las jaulas abiertas. La primera vez habían quedado abiertas durante tres días; luego los barrotes habían vuelto a su posición mientras él dormía, sin mostrar ninguna junta donde pudieran haberse separado. Las jaulas se abrieron nuevamente, pocos años después, Muller vigiló constantemente, tratando de descubrir el secreto de su mecanismo, pero durante la cuarta noche se adormiló el tiempo justo para perderse el momento del cierre.

El acueducto era igualmente misterioso. Alrededor de la zona B corría un canal cerrado, que quizá era de ónice, con espitas angulares, dispuestas cada cincuenta metros. Cuando cualquier clase de recipiente - hasta una mano ahuecada - era colocada debajo de una espita, de ésta manaba agua pura. Pero cuando Muller intentó meter un dedo en una de espitas no encontró ninguna abertura, ni pudo ver ninguna mientras manaba el agua; era como si el líquido brotara a través de un trozo de piedra permeable, cosa que resultó difícil de aceptar a Muller. Pero el agua era bienvenida.

Le resultaba sorprendente que la mayor parte de la ciudad hubiese sobrevivido. A partir de un estudio de los artefactos y los esqueletos que habían encontrado fuera del laberinto de Lemnos, los arqueólogos habían llegado a la conclusión de que hacía más de un millón de años que no había vida inteligente allí; o quizá fueran cinco o seis millones de años. Muller era solamente un arqueólogo aficionado, pero tenía suficiente experiencia de campo como para conocer los

efectos del paso del tiempo. Los fósiles de la llanura eran evidentemente muy antiguos, y la estratificación de las murallas exteriores de la ciudad mostraba que el laberinto era contemporáneo de esos fósiles.

Sin embargo, la mayor parte de la ciudad, supuestamente construida antes de la aparición del hombre en la Tierra, parecía intocada por las edades. El tiempo seco podía explicarlo en parte; no había tormentas, y no había llovido desde la llegada de Muller. Pero el viento y la arena que arrastraba podían erosionar las paredes y el suelo en un millón de años, y no había signos de erosión. Ni se había acumulado la arena en las calles de la ciudad. Muller sabía por qué. Unas bombas ocultas recogían toda la basura, manteniendo la ciudad immaculada. Había juntado un puñado de tierra en los arriates de los jardines y la había tirado por aquí y por allá. A los pocos minutos los montoncitos de tierra habían comenzado a deslizarse por el pulimentado pavimento y se habían desvanecido por unas muescas que se abrieron y se cerraron brevemente en el ángulo entre los edificios y el suelo.

Era evidente que bajo la ciudad había una red de inconcebibles maquinarias; aparatos de limpieza indestructibles que protegían la ciudad de los estragos del tiempo. Pero Muller no había podido llegar hasta esa red. Carecía del equipo necesario para romper el pavimento, que parecía invulnerable. Con herramientas improvisadas había excavado en los jardines, tratando de llegar hasta la estructura subterránea, pero aunque uno de sus pozos alcanzó los tres metros de profundidad y otro fue aún más hondo, no había encontrado más que tierra. Sin embargo, los guardianes ocultos debían de estar allí: los instrumentos que hacían funcionar los visores, barrían las calles, reparaban las mamposterías y controlaban las trampas asesinas, agazapadas en las zonas periféricas del laberinto.

Era difícil imaginar una raza capaz de construir una ciudad como aquélla, una ciudad prevista para durar millones de años. Y era aún más difícil imaginar las razones de su desaparición. Suponiendo que los fósiles que se habían hallado en los cementerios situados fuera de las murallas pertenecieran a los constructores - y la suposición podía ser errónea -, la ciudad había sido erigida por unos fornidos humanoides que medían un metro cincuenta, tenían un tórax y unos hombros muy anchos, ocho largos dedos en cada mano y piernas cortas con dos articulaciones.

Habían desaparecido de los mundos conocidos del universo y no se había encontrado nada que se les pareciera en ningún otro sistema; quizá se hubiesen retirado a alguna galaxia lejana a la que el hombre no había llegado aún. O, posiblemente, su raza nunca salió al espacio, sino que evolucionó y pereció en Lemnos, dejando la ciudad como su único monumento.

El resto del planeta no mostraba trazas de habitación, aunque se habían descubierto cementerios, cuyo número disminuía a medida que se alejaban de la ciudad, en un radio de mil kilómetros. Quizá los años hubieran erosionado todas las ciudades menos aquélla. Quizá aquélla, que podría haber albergado hasta a un millón de personas, había sido su única ciudad. No había pistas que explicaran su desaparición. El diabólico ingenio del laberinto sugería que en sus últimos días habían sido hostigados por enemigos y se habían refugiado en su fortaleza, pero Muller sabía que también esa hipótesis era pura especulación, por lo que sabía, el laberinto

no era más que un brote de paranoia cultural y no tenía relación con la existencia de una amenaza externa.

¿Acaso habrían sido invadidos por seres para los que el laberinto no representaba un problema, y habían sido asesinados en sus elegantes calles y barridos por la barredora mecánica? Era imposible saberlo. Habían desaparecido. Cuando entró en su ciudad, Muller la encontró silenciosa y desolada, como si nunca hubiese albergado la vida; una ciudad automática, estéril, perfecta. Sólo la habitaban animales que habían dispuesto de un millón de años para encontrar el camino de entrada al laberinto y tomar posesión de él. Muller había contado unas dos docenas de especies de mamíferos de tamaños que iban desde el de una rata hasta el de un elefante. Había herbívoros que comían la hierba de los jardines y cazadores que se alimentaban de los herbívoros; el equilibrio ecológico era perfecto. La ciudad dentro del laberinto era como la Babilonia de Isafas: «Bestias salvajes del desierto yacerán en ella y sus casas estarán llenas de fúnebres criaturas; y los búhos residirán allí y danzarán los sátiros.»

Ahora la ciudad era suya. Disponía del resto de su vida para explorar sus misterios.

Habían venido otros, y no todos habían sido humanos. Cuando penetró en el laberinto, Muller había encontrado los restos de los que no habían dado con el camino. Había visto un montón de esqueletos humanos en las zonas H, G y F. Tres hombres habían llegado hasta E y uno hasta D. Muller ya contaba con hallar restos humanos; en cambio le sorprendió ver una gran colección de huesos extraños. En G había encontrado lo que quedaba de grandes criaturas con aspecto de dragones, vestidas aún con los harapos de sus trajes espaciales. Algún día la curiosidad triunfaría sobre el miedo y volvería hasta allí, a echarles un segundo vistazo. Más cerca del núcleo yacía un amplio surtido de formas de vida; la mayoría eran humanoides, pero se desviaban de la estructura normal. Muller no podía imaginar cuánto hacía que habían llegado; aun en un clima seco, ¿cuántos siglos puede durar un esqueleto expuesto al aire? Aquel osario galáctico era un recordatorio de algo que Muller ya sabía muy bien: a pesar de la experiencia de los dos primeros siglos de viajes extrasolares, en los que no se había hallado ninguna raza extraterrestre inteligente, el universo estaba lleno de formas de vida y, antes o después, el hombre las encontraría. El osario de Lemnos contenía reliquias de una docena de razas diferentes, por lo menos. Muller se sentía muy halagado al saber que, al parecer, era el único que había llegado al centro del laberinto; en cambio, la diversidad de pueblos del universo no le alegraba, ya había tenido su ración de moradores de la galaxia.

Pasaron varios años antes de que se percatara de que la presencia de restos de seres inteligentes dentro del laberinto era contradictoria. Sabía que el mecanismo de la ciudad limpiaba incansablemente, haciendo desaparecer tanto las motas de polvo como los huesos de los animales que mataban para alimentarse. Pero los esqueletos de los eventuales invasores del laberinto permanecían en el sitio donde habían caído. ¿Por qué esa violación de la limpieza? ¿Por qué arrastrar el cadáver de un carnívoro del tamaño de un elefante que había tropezado con un surtidor de energía y dejar los restos de un dragón muerto por el mismo surtidor? ¿Porque el dragón llevaba un traje protector y, por lo tanto, era inteligente? Muller dedujo al fin que los cuerpos de los seres racionales eran dejados allí deliberadamente.

Como advertencia. «DEJAD TODA ESPERANZA, LOS QUE ENTRÁIS.»

Esos esqueletos formaban parte de la guerra psicológica en que estaba en aquella ciudad insensata, mortífera, diabólica, contra todos los intrusos. Eran recordatorios de los peligros que acechaban por todas partes. Muller no sabía cómo se las arreglaba el mecanismo para captar la sutil diferencia entre los cuerpos que debían quedar in situ y los que debían ser barridos, pero estaba convencido de que existía una forma de distinguirlos.

Vigiló sus pantallas. Miró las figuritas que se movían alrededor de la nave, en la llanura.

«Que entren - pensó -. La ciudad no ha tenido una víctima desde hace años. Yo me cuidaré de ellos. Aquí estoy a salvo.»

Y sabía que si, por un milagro, se las arreglaban para llegar hasta él, no se quedarían mucho tiempo. Su propia y especial enfermedad los echaría. Podían ser lo suficientemente inteligentes como para derrotar al laberinto, pero no podrían soportar la calamidad que hacía que Richard Muller fuera intolerable para su propia especie.

- Idos - dijo Muller en voz alta.

Oyó el zumbido de los rotores y salió de su morada a tiempo para ver una sombra oscura que atravesaba la plaza. Estaban explorando el laberinto desde el aire. Se apresuró a entrar y luego sonrió ante su impulso de ocultarse. Podían detectarlo, por supuesto, estuviera donde estuviese. Sus pantallas les dirían que en el laberinto había un ser humano. Y, naturalmente, quedarían pasmados y tratarían de establecer contacto con él, aunque desconocieran su identidad. Y después...

Muller se puso rígido porque, súbitamente, sintió un deseo irresistible que lo atenazaba. Que llegaran hasta él. Hablar nuevamente con otros hombres. Romper su aislamiento,

Quería que vinieran.

Fue un sólo un instante. La soledad se había abierto paso momentáneamente, pero la sensatez volvió, la aterradora conciencia de lo que significaría enfrentarse nuevamente con sus congéneres. «No - pensó -. Que no entren. O que mueran en el laberinto. Que no entren. Que no entren.»

2

- Justo allí abajo - dijo Boardman -. Allí es donde tiene que estar, ¿eh, Ned? ¿Ves el resplandor de la pantalla? Estamos captando la masa justa, la densidad justa, todo exacto. Un hombre vivo: tiene que ser Muller.

- En el corazón del laberinto - dijo Rawlings -. ¡Así que lo logró!

- De algún modo - dijo Boardman, mientras estudiaba el visor. Desde una altura de dos kilómetros, la estructura de la ciudad se distinguía con claridad. Pudo observar ocho zonas diferentes, cada una con un estilo arquitectónico distinto; sus plazas, sus paseos, sus paredes angulosas, sus calles enrevesadas que giraban según pautas incomprensibles. Las zonas eran concéntricas y se extendían en forma de abanico, a partir de una amplia plaza que era el corazón de la ciudad; el detector de masas del vehículo explorador había localizado a Muller en una hilera de casas bajas, situadas al este de la plaza. Lo que Boardman no pudo descubrir fue

el paso que unía a las zonas entre sí. Los callejones sin salida eran abundantes y, aun desde el aire, no se distinguía el camino recto; ¿cómo sería tratar de encontrarlo sobre el terreno?

Boardman sabía que era casi imposible. Los bancos de información de la nave contenían los informes de los primeros exploradores que lo habían intentado y habían fracasado, había traído consigo toda la información posible sobre la penetración del laberinto y no era muy esperanzadora, salvo por un dato desconcertante e incomprensible: Richard Muller había logrado entrar.

- Ya sé que lo que estoy diciendo parecerá ingenuo, Charles - dijo Rawlings -. Pero ¿por qué no bajamos desde aquí y aterrizamos en medio de la plaza central?

- Te lo mostraré - dijo Boardman.

Dio una orden. Una sonda robot sonora se desprendió del vientre del vehículo explorador y se precipitó hacia la ciudad. Boardman y Rawlings siguieron la trayectoria del romo proyectil de metal gris hasta que estuvo a pocos metros de los techos de los edificios. Su visor facetado transmitía una clara imagen de la ciudad y revelaba lo intrincado de las texturas talladas en sus piedras. Súbitamente la sonda desapareció. Hubo una explosión incandescente, una nube de humo verdoso..., y luego nada.

Boardman asintió.

- Todo sigue igual. Continúa habiendo un campo que protege la ciudad. Volatiliza cualquier cosa que pretenda entrar.

- De modo que hasta un pájaro que se acerque...

- No hay pájaros en Lemnos.

- Gotas de lluvia, entonces. Cualquier cosa...

- En Lemnos no llueve - dijo Boardman con tono ávido -. Por lo menos, no en este continente. Lo único que rechaza ese campo son los extranjeros. Lo sabemos desde la primera expedición. Algunos hombres valerosos descubrieron el campo del peor modo posible.

- Pero ¿por qué no tiraron una sonda primero? Sonriendo, Boardman respondió:

- Cuando se encuentra una ciudad muerta en medio de un desierto no imaginas que te hará estallar si aterrizas en su interior. Es un error explicable, pero Lemnos no perdona los errores.

Hizo un gesto y el avión perdió altura, siguiendo por un momento el contorno de las murallas. Luego se elevó nuevamente y se mantuvo sobre el centro de la ciudad tomando fotografías. El sol que tenía el color equivocado se reflejó en un muro curvo de espejos. Boardman estaba fatigado. Sobrevolaron la ciudad una y otra vez, completando un modelo de observación preprogramado, y descubrió que estaba deseando que un súbito dardo de luz brotase de los espejos y los incinerara en la próxima pasada, para evitarle la molestia de llevar a cabo su misión. Había perdido el gusto por el trabajo detallado y había demasiados detalles sutiles que se interponían entre él y sus propósitos. Decían que la impaciencia era una característica juvenil, que los hombres mayores podían tejer sus redes cuidadosamente y hacer planes con serenidad, pero, de algún modo, Boardman comprendió que estaba deseando terminar rápido su trabajo. Mandar alguna clase de sonda que pudiese entrar al laberinto corriendo sobre un raíl de metal, coger a Muller y traerlo fuera. Decirle lo que pretendían de él y convencerle de que lo hiciera. Pero el estado de ánimo cambió, y Boardman se sintió taimado nuevamente.

El capitán Hosteen, que dirigiría los intentos de penetración, fue a popa para saludar a Boardman. Hosteen era un hombre bajo y robusto, de piel bronceada y nariz corta. Llevaba el uniforme como si creyera que se le iba a caer en cualquier momento, pero era un buen oficial; Boardman lo sabía y sabía también que estaba dispuesto a sacrificar todas las vidas necesarias, incluyendo la suya propia, para entrar en el laberinto.

Hosteen miró la pantalla y después a Boardman. Luego dijo:

- ¿Ha averiguado algo?

- Nada nuevo. Tendremos que trabajar.

- ¿Quiere bajar de nuevo?

- No estaría mal - dijo Boardman. Miró a Rawlings -. A menos que tú quieras comprobar alguna otra cosa, Ned.

- ¿Yo? Oh, no... no. En realidad..., bueno, me pregunto si es necesario entrar en el laberinto. Quiero decir que si pudiéramos atraer a Muller para que saliera y hablar con él fuera de la ciudad...

- No.

- ¿No sería posible?

- No - dijo Boardman enfáticamente -. En primer lugar, Muller no saldrá. Es un misántropo, ¿recuerdas? Se enterró aquí para huir de la humanidad - ¿Por qué iba a hacer vida social con nosotros? En segundo lugar, no podemos invitarle a salir sin informarle de lo que pretendemos de él. En este asunto, Ned, tenemos que cuidar nuestros recursos estratégicos; no podemos desperdiciarlos en la primera jugada.

- No entiendo qué quiere decir.

Pacientemente, Boardman explicó:

- Supón que usamos tu propuesta. ¿Qué le dirías a Muller para hacerle salir?

- Bueno... que venimos de la tierra para pedirle que nos ayude en un momento en que todo el sistema está en crisis. Que hemos hallado una raza con la que no podemos comunicarnos, que es imprescindible que lo hagamos inmediatamente y que él es el único que podría lograrlo. Que nosotros... - Rawlings se interrumpió, como si la vacuidad de sus palabras le resultara evidente. Sus mejillas enrojecieron y dijo, con voz áspera -: A Muller esos argumentos no le interesarán demasiado, ¿verdad?

- No, Ned. La Tierra le envió ante un puñado de seres extraños, una vez, y lo destruyeron. No creo que quiera intentarlo nuevamente.

- Y entonces, ¿cómo haremos que nos ayude?

- Apelando a su honorabilidad. Pero ahora no vamos a hablar de eso. Estamos discutiendo la forma de hacerle salir de su santuario. Tú sugerías que instaláramos un altavoz, le dijéramos exactamente lo que pretendemos de él y esperásemos a que saliera, danzando de alegría, y se comprometiera a hacer todo lo posible por la vieja y querida Tierra. ¿Digo bien?

- Creo que sí.

- Pero sería inútil. Por lo tanto, tendremos que penetrar en el laberinto, ganar la confianza de Muller y persuadirlo de que debe cooperar. Y para hacer eso debemos ocultar la verdadera situación hasta que deje de sospechar de nosotros.

Una expresión preocupada apareció en la cara de Rawlings.

- Pero entonces, ¿qué vamos a decirle, Charles?

- No vamos; vas.

- Bueno; ¿qué voy a decirle, entonces?

Boardman suspiró.

- Mentiras, Ned. Un montón de mentiras.

3

Habían venido equipados para resolver el problema del laberinto. El cerebro de la nave era, por supuesto, un ordenador de primera clase y había sido alimentado con todos los detalles de todas las expediciones previas que habían partido de la tierra con intenciones de entrar en la ciudad. Excepto una y, desgraciadamente, ésta era la única que había tenido éxito. Pero los registros de antiguos fracasos son útiles. El banco de datos de la nave tenía muchas extensiones móviles, taladros sonda terrestres y aéreos, ojos espía, baterías de sensores y muchas cosas más. Antes de arriesgar vidas humanas, Boardman y Hosteen utilizarían todos los medios mecánicos, las máquinas podían ser derrochadas, de todas maneras; la nave incluía un juego de patrones, de modo que duplicar todos los aparatos destruidos no representaría un problema. Pero llegaría un momento en que las sondas y los robots deberían dejar paso a los hombres; el plan era reunir la mayor cantidad de información posible para esos hombres.

Nunca se había intentado entrar en el laberinto de este modo. Los primeros exploradores simplemente habían echado a andar, sin sospechar nada, y habían perecido. Sus sucesores sabían lo suficiente como para evitar las trampas más obvias y, en alguna medida, contaban con la ayuda de aparatos sensores refinados; pero éste era el primer intento de efectuar un estudio detallado antes de entrar. Nadie confiaba demasiado en que la técnica les permitiría salir incólumes, pero era la mejor forma de encarar el problema.

Los vuelos del primer día les habían proporcionado una buena imagen visual del laberinto. En realidad, no hubiese sido necesario que dejaran la tierra; hubieran podido ver las retransmisiones en pantallas grandes, en su cómodo campamento, y hubiesen obtenido una idea correcta del panorama de la ciudad, dejando que las sondas aéreas hicieran todo el trabajo. Pero Boardman había insistido. La mente registra las cosas de una manera cuando las ve en una pantalla receptora y de otra cuando las impresiones sensoriales llegan directamente de su fuente. Ahora todos habían visto la ciudad desde el aire y sabían qué podían hacer los guardianes del laberinto a una sonda exploratoria que se aventuraba en el campo que protegía la parte superior de la ciudad.

Rawlings había sugerido la posibilidad de que hubiese un punto desguarnecido en el campo protector. Cuando caía la tarde lo comprobaron, cargando una sonda con perdigones metálicos y estacionándola en el punto más alto de la ciudad. Unos visores registraron la acción mientras la sonda giraba lentamente, arrojando los perdigones, uno por uno, hacia áreas de un metro seleccionadas previamente. Cada uno de ellos fue incinerado cuando cayó. Pudieron calcular que el grosor del campo protector variaba según la distancia del centro del laberinto; tenía unos

dos metros de profundidad en las zonas centrales y era más ancho en el anillo exterior, formando una taza invisible sobre la ciudad. Pero no había puntos desgarnecidos; el campo era continuo. Hosteen comprobó la idea de que el campo podría «fatigarse», cargando la sonda con perdigones que eran descargados simultáneamente en todas las zonas de prueba. El campo los destruyó todos, creando, por un momento, una orla de llamas que cubría toda la ciudad.

Hubo que sacrificar varias sondas de espolón para descubrir que también era imposible llegar a la ciudad a través de un túnel. Los espolones horadaron el duro suelo arenoso en la parte externa de las murallas, abrieron un pasaje hasta alcanzar cincuenta metros de profundidad y empezaron a subir cuando estuvieron debajo del laberinto. Fueron destruidos por el campo protector cuando estaban todavía a veinte metros de distancia de la superficie. También fracasó un intento de perforar la tierra en la base de los terraplenes; aparentemente el campo rodeaba toda la ciudad también por debajo.

Un técnico de energía propuso instalar un pilón de interferencia para absorber la energía del campo. Fue inútil. El pilón de cien metros de altura absorbió energía de todo el planeta; relámpagos silbaban y saltaban en su banco de acumuladores, pero no produjo efecto en el campo protector. Invirtieron el pilón y enviaron un millón de kilovatios hacia la ciudad con la esperanza de provocar un corto circuito, pero el campo los absorbió y parecía dispuesto a asimilar más energía. Nadie tenía una teoría racional que explicara la fuente de energía del campo. - Debe provenir de la energía de rotación del planeta - dijo el técnico que había conectado el pilón. Luego, comprendiendo que no había hecho nada útil, desvió la mirada y se puso a ladrar órdenes en el micrófono manual que llevaba.

Tres días de investigaciones demostraron que la ciudad era invulnerable por arriba y por debajo.

- Hay una sola manera de entrar - dijo Hosteen -. Andando, por la puerta principal.

- Si la gente que vivía aquí quería estar protegida - preguntó Rawlings - ¿por qué dejaron una puerta abierta?

- La querían entrar y salir - dijo Boardman, en voz baja -. O quizá querían dar una posibilidad a los invasores. Hosteen, ¿enviamos algunas sondas a la ciudad?

La mañana era gris. Unas nubes del color del humo de la madera manchaban el cielo; casi parecía que iba a llover. Un viento áspero levantaba el polvo de la llanura y lo lanzaba contra sus rostros. Detrás del velo de nubes estaba el sol, un disco plano, color naranja, que parecía pegado al cielo. Parecía apenas un poco más grande que el Sol visto desde la tierra, aunque estaba a la mitad de distancia. El sol de Lemnos era una triste enana clase M, tibia y fatigada, una estrella vieja, rodeada por una docena de viejos planetas. Lemnos, el más próximo a su sol, era el único que había sustentado la vida; los otros estaban fríos y muertos, más allá del alcance de los débiles rayos solares, helados desde el núcleo hasta la atmósfera. Era un sistema adormecido, con tan poco impulso angular que hasta Lemnos se arrastraba en una órbita de treinta meses, sus tres lunas, que volaban como saetas, cruzándose incesantemente a unos pocos miles de kilómetros de altitud, estaban en flagrante desacuerdo con el estado de ánimo de esos mundos.

Ned Rawlings sintió que su corazón se helaba, mientras estaba junto al banco de datos, a un kilómetro de los terraplenes exteriores del laberinto, mirando cómo sus compañeros de a bordo reunían sondas e instrumentos. Ni siquiera Marte, con sus marcas de viruela, le había deprimido tanto, porque Marte era un mundo que no había vivido nunca, mientras aquí había habido vida y había desaparecido. Lemnos era un cementerio. Una vez, en Tebas, había estado en la tumba del visir del faraón, muerto cinco mil años antes, y mientras el resto del grupo miraba los alegres murales con sus brillantes representaciones de figuras vestidas de blanco que impulsaban sus embarcaciones por el Nilo, él había mirado hacia el fresco suelo de piedra, donde yacía un escarabajo muerto, con las patas hacia arriba en un montoncito de polvo. Para él, Egipto sería siempre el escarabajo rígido que yacía entre el polvo; para él, Lemnos sería, con seguridad, vientos otoñales y planicies blanquecinas y una ciudad silenciosa. No comprendía cómo una persona tan dotada, tan llena de vida y energía y calor humano como Dick Muller podía haber decidido enterrarse dentro del lúgubre laberinto.

Entonces recordó lo que le había sucedido a Muller en Beta Hydri IV y admitió que hasta un hombre como Muller podía tener buenas razones para refugiarse en un mundo como aquél, en una ciudad como aquélla. Lemnos era perfecto para un fugitivo: un mundo parecido a la tierra, deshabitado, donde tenía casi garantizada la independencia del resto de la humanidad. «Y estamos aquí para hacerle salir y llevárnoslo. - Rawlings frunció el ceño -. Es una jugada sucia, sucia, sucia», pensó. El famoso asunto del fin y los medios. Más adelante, Rawlings veía la robusta figura de Boardman, de pie frente a la gran terminal de datos, agitando los brazos en todas las direcciones para dar órdenes a los hombres que se desplegaban cerca de las murallas de la ciudad. Estaba empezando a comprender que había dejado que Boardman le hipnotizara y le arrastrara a una aventura sórdida. Allá en la Tierra el viejo charlatán no había entrado en detalles acerca de los métodos que usarían para ganarse la cooperación de Muller. Boardman le había hecho creer que estaban emprendiendo una cruzada, y en cambio iba a ser una especie de estafa. Rawlings se estaba dando cuenta de que Boardman nunca daba explicaciones detalladas por anticipado. Regla número uno: Oculta tu estrategia. Nunca dejes ver tus cartas. «De modo que aquí estoy, formando parte de la conspiración», pensó.

Hosteen y Boardman habían desplegado una docena de exploradores mecánicos en las diversas entradas del laberinto. Estaba claro que el único camino seguro para entrar en la ciudad era por la puerta norte, pero tenían muchos exploradores y querían reunir la mayor cantidad posible de información. La terminal que estaba observando Rawlings proyectó en la pantalla un diagrama parcial del laberinto, la sección que estaba justo delante de él, y le dio tiempo para estudiar sus vueltas y revueltas, sus zigzags y sus retorcimientos. Estaba encargado de seguir el avance del explorador en ese sector, cada uno de los demás exploradores era controlado al mismo tiempo por el ordenador y por un observador humano; Boardman y Hosteen estaban en la central controlando simultáneamente toda la operación.

- Que entren - dijo Boardman.

Hosteen dio la orden y los exploradores avanzaron rodando a través de la puerta de la ciudad. Mirando con los ojos de la sonda móvil, Rawlings vio por primera vez la zona H del laberinto. Había una pared ondulada que parecía ser de porcelana y que giraba hacia la izquierda, y una

barrera de hilos metálicos que colgaban de una gruesa laja de piedra hacia el otro lado: El explorador mecánico esquivó los hilos, que se estremecieron y resonaron, respondiendo delicadamente a la corriente de aire; se dirigió a la pared de porcelana y la siguió, trazando un ángulo agudo durante unos veinte metros. Allí, la pared se doblaba abruptamente sobre sí misma y formaba una especie de cámara abierta en la parte superior. La última vez que alguien había entrado en el laberinto por esa ruta - durante la cuarta expedición - dos hombres habían llegado hasta la cámara; uno se había quedado fuera y había sido destruido; el otro había entrado y se había salvado. El explorador entró en la cámara. Un momento después un rayo de luz roja surgió del centro de un mosaico decorativo que había en la pared y barrió el área situada inmediatamente fuera de la cámara.

La voz de Boardman llegó hasta Rawlings a través del auricular que estaba fijado en su oreja.

- Perdimos cuatro sondas en cuanto entraron por sus respectivas puertas. Es exactamente lo que esperábamos. ¿Cómo va la tuya?

- De acuerdo a lo previsto - dijo Rawlings -. Por ahora todo va bien.

- Tendríamos que perderla a los seis minutos de entrar. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

- Dos minutos quince segundos.

El explorador había salido de la cámara y se desplazaba velozmente por la zona donde había pasado el rayo rojo. Rawlings conectó el olfativo y sintió el olor a aire quemado; mucho ozono. Más adelante el sendero se dividía. A un lado había un puente de piedra que se curvaba sobre lo que parecía ser un pozo llameante; al otro había un confuso montón de enormes bloques en equilibrio precario. El puente parecía mucho más atractivo, pero el explorador se alejó de él y prosiguió su camino entre los desordenados bloques. Rawlings preguntó la razón y recibió la información de que el «puente» no existía; era una proyección transmitida por unas cámaras ocultas en los entrepaños de la pared. Cuando solicitó una simulación de acercamiento, Rawlings recibió una imagen de la sonda andando hacia el puente y perdiendo el equilibrio al pisar el puente inexistente; mientras trataba de recuperar el equilibrio, el muro se inclinó hacia adelante y la empujó, precipitándola en el pozo. «Muy hábil», pensó Rawlings, estremeciéndose.

Mientras tanto, la verdadera sonda había trepado sobre los bloques y estaba bajando hacia el otro lado, sin haber sufrido daños. Ya habían pasado tres minutos y ocho segundos. Un trozo de camino recto demostró ser tan seguro como aparentaba. Estaba flanqueado a ambos lados por torres sin ventanas de cien metros de altura, construidas con algún material iridiscente y bruñido, cuya superficie parecía estar aceitada, que emitía dibujos temblorosos mientras la sonda pasaba junto a él. Al comenzar el cuarto minuto, la sonda evitó una reja brillante y dentada y se apartó de un martillo pilón en forma de paraguas que bajó con fuerza destructora. Ochenta segundos más tarde dio la vuelta a un volquete que abrió un abismo, eludió rápidamente un quinteto de filos tetraédricos que surgieron del pavimento y emergió en una alfombra mecánica que lo transportó velozmente hacia adelante durante cuarenta segundos más.

Aquel trecho había sido recorrido muchos años antes por un explorador terrestre llamado Cartissant, que había muerto allí. Había dictado un registro detallado de su experiencia en el laberinto. Había durado cinco minutos y treinta segundos; su error había sido no bajar de la

alfombra en el segundo cuarenta y uno. Los que habían estado recibiendo la transmisión en el exterior no supieron nunca qué le había sucedido luego.

Cuando su explorador dejó la alfombra mecánica, Rawlings pidió otra simulación y vio una rápida escenificación de lo que suponía el ordenador: en ese lugar la alfombra se abría y tragaba a su pasajero. Mientras tanto, la sonda se dirigía rápidamente hacia lo que parecía ser la salida de la zona más exterior del laberinto. Más allá había una plaza alegre y bien iluminada, rodeada por unas burbujas flotantes de una sustancia irisada y brillante.

- Estoy en el séptimo minuto y seguimos avanzando, Charles - dijo Rawlings -. Parece que justo delante hay una puerta que da paso a la zona G. Quizá sería mejor que vigilara usted mi pantalla.

- Si duras dos minutos más, lo haré - dijo Boardman.

La sonda se detuvo ante la puerta interior. Prudentemente, conectó su gravitrón y acumuló una bola de energía cuya masa equivalía a la suya propia. Arrojó la bola a través de la puerta, no pasó nada. La sonda, satisfecha, se dirigió hacia la puerta. Y, cuando la atravesó, sus lados se cerraron golpeándose, como las fauces de una poderosa prensa, destruyendo a la sonda. La Pantalla de Rawlings se oscureció. Rápidamente hizo conexión con una de las sondas aéreas; ésta le transmitió una toma de su sonda, caída al otro lado de la puerta, transformada en una versión bidimensional de la misma. Rawlings comprendió que un ser humano atrapado por esa misma trampa hubiese quedado convertido en polvo.

- Mi sonda fue destruida - Informó a Boardman -. Seis minutos y cuarenta segundos.

- Tal como estaba previsto - le dijo -. Sólo quedan dos sondas. Cambia de frecuencia y observa.

El diagrama general apareció en la pantalla de Rawlings; era una vista simplificada y estilizada de todo el laberinto, visto desde arriba. Había una pequeña X en todos los sitios donde una sonda había sido destruida. Después de buscar un momento, Rawlings halló el sendero que había recorrido su sonda, con la X marcada en la frontera entre las zonas, en el lugar donde la puerta la había aplastado. Le pareció que la sonda había llegado más lejos que las demás; tuvo que sonreír por el orgullo infantil que le proporcionó su descubrimiento. De cualquier forma, dos de las sondas seguían avanzando. Una de ellas estaba dentro de la segunda zona del laberinto y la otra atravesaba un pasaje que daba acceso a ella.

El diagrama se desvaneció y Rawlings vio el laberinto tal como aparecía a través de los visores de una de las sondas. La columna metálica del tamaño de un hombre se abría camino con delicadeza a través de las barrocas complicaciones del laberinto, más allá de un pilar dorado que emitía una vibrante melodía en una clave extraña, más allá de un charco lodoso, más allá una telaraña de rayos metálicos, más allá de puntiagudos montones de huesos blanqueados. Rawlings apenas pudo mirar los huesos, mientras seguía los movimientos de la sonda, pero estaba seguro de que pocos eran reliquias humanas. Aquel lugar era un cementerio galáctico de seres audaces.

Su excitación aumentó a medida que el explorador mecánico continuaba su avance. Estaba tan absorto por la situación, que era como si él mismo estuviera dentro del laberinto, evitando una celada mortal tras otra; sintió la emoción del triunfo a medida que pasaban los minutos. Ya

habían transcurrido catorce. El segundo nivel del laberinto no era tan desordenado como el primero; había avenidas espaciosas y largos pasadizos que nacían del camino principal. Rawlings se tranquilizó; se sentía orgulloso de la agilidad de la sonda y de la agudeza de sus dispositivos sensoriales. Sintió una emoción enorme y punzante cuando un segundo segmento del pavimento se abrió de forma inesperada e hizo caer a la sonda por un largo túnel que desembocaba en un sitio donde los engranajes de un enorme molino giraban activamente.

No habían esperado que esa sonda llegara tan lejos. La que los demás observaban era la que había entrado por la puerta principal, la puerta más segura. La misma cantidad de información que se había acumulado al precio de muchas vidas la había guiado haciéndole evitar los peligros y ahora estaba en la zona G, muy cerca de la F. Hasta ahora, todo había sucedido tal como se esperaba; las experiencias del explorador mecánico eran similares a las de quienes habían elegido aquella ruta en las expediciones anteriores. La sonda había seguido fielmente su camino, girando aquí, esquivando allá y hacía dieciocho minutos que estaba en el laberinto.

- Muy bien - dijo Boardman -. Aquí es donde murió Mortenson, ¿no?

- Sí - respondió Hosteen -. Lo único que dijo fue que estaba junto a esa pequeña pirámide. Después se interrumpió.

- Aquí es donde comenzamos a obtener información nueva, entonces. Lo único que hemos averiguado hasta ahora es que nuestros registros son exactos. Este es el buen camino. Pero de ahora en adelante...

La sonda, desprovista de pautas de movimiento, se desplazaba mucho más lentamente y dudaba después de cada paso, extendiendo en todas las direcciones su red de dispositivos para obtener información. Buscaba puertas ocultas, aberturas escondidas en el suelo, proyectores, rayos láser, detectores de masa, fuentes de energía. Comunicaba al ordenador central todo lo que aprendía, aumentando la cantidad de información disponible cada vez que avanzaba un centímetro.

En total, avanzó veintitrés metros. Mientras pasaba junto a la pequeña pirámide, examinó los restos del explorador Mortenson, perdido en ese sitio setenta y dos años antes. Transmitió la noticia de que Mortenson había sido atrapado por una calandria sensible a la presión, activada por una pisada demasiado próxima a la pirámide. Más allá, la sonda evitó dos trampas menores antes de fracasar ante una pantalla distorsionadora que confundió sus sensores y la hizo vulnerable al descenso de un pistón que la pulverizó.

- La próxima tendrá que desconectar los sensores hasta que haya sobrepasado ese punto - murmuró Hosteen -. Tendrá que pasar a ciegas. Bueno... ya nos arreglaremos.

- Un hombre sería mejor que una máquina en ese sitio - dijo Boardman -. No sabemos si esa pantalla confundiría a un hombre tanto como a un puñado de sensores.

- Todavía no estamos listos para enviar a un hombre - señaló Hosteen.

Boardman estuvo de acuerdo, pero no muy cortésmente, pensó Rawlings que estaba escuchando la conversación. La pantalla se iluminó nuevamente; otro explorador mecánico entraba en el laberinto. Hosteen había ordenado que una nueva batería de máquinas penetrara, siguiendo la ruta que ahora se sabía con certeza era la más segura. Varias de ellas estaban ya en el punto de los dieciocho minutos, donde se encontraba la pirámide mortal. Hosteen hizo

avanzar una sonda y situó las demás en posición de guardia. La sonda llegó hasta la pantalla distorsionadora y desconectó sus sensores; se balanceó por un momento como si estuviera borracha, al carecer de la posibilidad de saber dónde se hallaba, pero se estabilizó rápidamente. No estaba en contacto con el entorno, de modo que no prestó atención al canto de sirena de la pantalla de distorsión que había engañado a su predecesora y la había puesto al alcance del pistón pulverizador. La falange de sondas que vigilaba la escena se encontraba fuera del alcance del distorsionador y transmitía una imagen clara y real al ordenador, que la comparaba con la ruta fatal de la última sonda, y trazó un camino que evitaba el peligroso pistón. Unos momentos más tarde la sonda ciega comenzó a moverse, guiada por impulsos internos. Careciendo de toda información ambiental, dependía totalmente del ordenador, que la guió lentamente hasta que hubo rodeado el obstáculo. Entonces se conectaron de nuevo los sensores. Para comprobar el procedimiento, Hosteen mandó una segunda sonda ciega dirigida por el ordenador. Pasó. Y luego envió una tercera sonda, con los sensores conectados, para que sufriera la influencia de la pantalla distorsionadora. El ordenador intentó dirigirla por el buen camino, pero la sonda, enloquecida por la información que enviaba la pantalla, viró bruscamente hacia el costado y fue aplastada.

- Muy bien - dijo Hosteen -. Si podemos guiar una máquina por ahí, podemos guiar a un hombre. Cierra los ojos y el ordenador calcula sus movimientos paso a paso. Nos las arreglaremos.

La sonda guía comenzó a moverse nuevamente. Avanzó diecisiete metros más allá del distorsionador antes de ser atrapada por una reja plateada que, súbitamente, despidió un par de electrodos y la envolvió en llamas. Rawlings contempló, desolado, cómo la próxima sonda evitaba ese obstáculo para caer poco después víctima de otro. Había muchas sondas aguardando pacientemente su turno.

«Y de pronto, también los hombres tendrán que ir - pensó Rawlings -. Nosotros entraremos allí».

Apagó su terminal y se acercó a Boardman.

- ¿Qué impresión tiene? - preguntó.

- Es difícil, pero no imposible - dijo Boardman -. No puede ser que todo el camino sea tan difícil.

- ¿Y si lo es?

- Tenemos muchísimas sondas. Haremos un mapa de todo el laberinto, para saber dónde están los puntos peligrosos y entonces lo intentaremos nosotros.

- ¿Va a entrar allí? - Preguntó Rawlings.

- Claro. Tú también.

- ¿Con qué posibilidades de salir?

- Buenas - dijo Boardman -. Si no fuera así, dudo que lo afrontara. Oh, es un viaje peligroso, Ned, pero no lo sobreestimes. Apenas hemos empezado a explorar el laberinto. Dentro de unos días lo conoceremos bien.

Rawlings consideró eso durante un momento.

- Muller no tenía sondas - dijo, finalmente -. ¿Cómo pudo sobrevivir?

- No estoy seguro - murmuró Boardman -. Supongo que es un hombre de suerte.

Dentro del laberinto, Muller vigilaba las actividades en sus borrosas pantallas. Vio que estaban enviando alguna clase de robots y que éstos estaban sufriendo muchas bajas, pero cada grupo sucesivo parecía entrar más profundamente en el laberinto. A fuerza de pruebas, los intrusos habían descubierto la ruta correcta para atravesar la zona H y buena parte de la G. Muller estaba preparado para defenderse si los robots alcanzaban las zonas interiores. Mientras tanto, conservaba la calma y proseguía sus actividades diarias en el centro de la ciudad.

Por las noches pasaba buena parte del tiempo pensando en su pasado. En otros años habían existido otros mundos, primaveras, estaciones más cálidas: ojos dulces que miraban a sus ojos, manos en sus manos, sonrisas, risas, suelos brillantes y figuras elegantes que atravesaban los arcos de un portal. Se había casado dos veces. Las dos veces, la relación había terminado de forma pacífica, después de un razonable período. Había viajado mucho. Había alternado con reyes y ministros. Llevaba en su nariz el perfume de cien planetas desparramados por el cielo. No somos más que una llamita que desaparece pronto, pero en su primavera y su verano había ardido con brillo y sentía que no había merecido aquel otoño triste y hosco.

En cierta forma, la ciudad cuidaba de él. Tenía un lugar donde vivir..., miles de lugares; de tanto en tanto se mudaba, para disfrutar de un nuevo panorama. Todas las casas eran cajas vacías. Se había fabricado una cama con pieles de animales; había construido una silla con cuero y tendones y necesitaba muy poco más. La ciudad le proporcionaba agua. Había tantos animales salvajes vagabundeando que, mientras tuviera fuerzas para cazar, nunca le faltaría la comida. Había traído algunos elementos básicos de la tierra. Tenía tres cubos de libros y uno de música; los tres juntos ocupaban menos de un metro y podían alimentar su espíritu durante todos los años que le quedaban. Tenía algunos cubos femeninos y un pequeño magnetófono en el que, a veces, dictaba sus memorias. Tenía un bloc de dibujo, armas, un detector de masas. Tenía un diagnosticador y un surtido de regeneradores médicos. Era suficiente.

Comía regularmente. Dormía bien. No tenía conflictos de conciencia. Casi había llegado a conformarse con su destino. Uno se siente amargado sólo hasta que se forma un quiste alrededor del sitio por donde brota el veneno.

Ahora no culpaba nadie por lo que le había sucedido. Sus propios apetitos le habían conducido a ello. Había tratado de devorar el universo; había querido transformarse en un dios, y alguna fuerza implacable le había arrojado desde su alto sitio, le había despedido hacia abajo, le había deshecho, le había dejado que se arrastrara hasta aquel mundo muerto para juntar, lo mejor posible, los fragmentos de su alma destrozada.

Conocía bien las estaciones de su viaje hacia el laberinto. A los dieciocho años, acostado desnudo bajo las estrellas, con una tibia presencia a su lado, se había jactado de sus elevadas aspiraciones.

A los veinticinco había empezado a realizarlas. Antes de los cuarenta había visitado cien mundos y era famoso en treinta sistemas. Diez años más tarde había fantaseado sobre sus

dotes de estadista. Y a los cincuenta y tres había permitido que Charles Boardman le convenciese de que debía aceptar una misión en Beta Hydri IV.

Ese año estaba pasando las vacaciones en el sistema Tau Ceti, a doce años luz de casa. Marduk, el cuarto mundo, había sido elegido como planeta de descanso para los mineros que se dedicaban a arrebatar a sus planetas hermanos una fortuna en minerales reactivos. A Muller le disgustaba la forma en que se saqueaban esos planetas, pero eso no le impedía buscar descanso en Marduk. Era un mundo en el que casi no había estaciones, que giraba muy erguido en su plano orbital; cuatro continentes en una eterna primavera, bañados por un océano tranquilo y poco profundo. El mar era verde, la vegetación azulada y el aire tenía algo de las burbujas del champaña fresco. Se las habían arreglado para que el planeta fuera una especie de copia de la Tierra, la tierra como había sido en tiempos más inocentes, todo lleno de parques y colinas y alegres posadas; era un mundo tranquilo, con peligros sintéticos. Los enormes peces que había en el mar siempre se fatigaban y se dejaban pescar. Las montañas, con sus cumbres cubiertas de nieve, parecían traicioneras hasta para montañeros con botas de gravitrón, pero todavía nadie se había perdido en ellas. Los animales que pululaban en los bosques eran de gran alzada y rugían cuando cargaban, pero no eran tan fieros como parecían. Pero él había tenido suficientes aventuras por un tiempo y había ido a Marduk en busca de unas semanas de engañosa paz, acompañado por una chica que había conocido el año pasado, a veinte años luz de distancia.

Se llamaba Marta. Era alta, esbelta, tenía unos grandes ojos oscuros que maquillaba de rojo, siguiendo la moda, y cabellos brillantes de color negro azabache que rozaban sus suaves hombros. Representaba unos veinte años, pero, por supuesto, podía haber tenido noventa y estar en su tercera reforma; eso era imposible de saber, sobre todo con las mujeres. Pero, por alguna razón, Muller sabía que era auténticamente joven. No era su delgadez, su agilidad de animal joven - esas cosas pueden comprarse -, sino una sutil calidad de su entusiasmo, de su frescura; le gustaba pensar que eso no era un producto quirúrgico. Ya estuviera practicando la natación eléctrica, la caza con dardos o haciendo el amor, Marta parecía sumergirse tan completamente en sus placeres que, seguramente, eran relativamente nuevos para ella.

Muller prefería no investigar demasiado esas cosas. Marta era rica, había nacido en la Tierra, no tenía lazos familiares visibles y hacía lo que quería. Siguiendo un impulso, la había llamado por teléfono y le había pedido que se reuniera con él en Marduk; ella había aceptado de buen grado, sin hacer preguntas. El hecho de compartir la suite de un hotel con Richard Muller no parecía impresionarla. Era evidente que sabía quién era Muller, pero el aura de fama que le rodeaba no tenía importancia para ella, lo que le importaba era lo que hablaban, la forma en que la tomaba en sus brazos, lo que hacían juntos y no los créditos que había acumulado en otros momentos.

Estaban en un hotel que poseía un brillante obelisco de mil metros de altura y que surgía, recto como una aguja, en un valle situado junto a un lago liso y ovalado. Sus habitaciones estaban en el piso doscientos y formaban en una especie de nido de águila en la azotea, al que se llegaba en disco de gravitrón. Durante el día, todos los placeres de Marduk se extendían ante ellos. Estuvo con ella una semana entera. El clima era perfecto. Sus pequeños pechos frescos

cabían perfectamente en sus manos ahuecadas, sus piernas largas y esbeltas le abrazaban agradablemente y en los momentos decisivos le clavaban los talones en las pantorrillas con un súbito y delicioso fervor. Al octavo día, Charles Boardman llegó a Marduk, se instaló en una suite a medio continente de distancia e invitó a Muller.

- Estoy de vacaciones - dijo Muller.
- Concédeme medio día.
- No estoy solo, Charles.
- Ya lo sé. Tráela. Daremos un paseo. Es un asunto importante.
- Vine aquí para huir de los asuntos importantes.
- Eso es imposible, Dick; tú lo sabes. Eres quien eres y te necesitamos. ¿Vendrás?
- Maldito seas - respondió suavemente Muller.

Al día siguiente, él y Marta volaron en un yate rápido hasta el hotel de Boardman. Muller recordaba el viaje como si hubiese tenido lugar el mes pasado y no quince años antes. Planearon sobre la cordillera continental, rozando las cumbres nevadas de las montañas; estaban tan cerca de ellas que pudieron ver la magnífica figura de un brincador de largos cuernos, parecido a un macho cabrío; dos toneladas de músculos y huesos, un improbable coloso de las montañas, la presa más cara que ofrecía Marduk. Había gente que, en toda su vida, no podía reunir el precio de un permiso para cazar brincadores. A Muller le parecía que ese precio era demasiado bajo.

Dieron tres vueltas sobre el enorme animal y luego se precipitaron en la zona de los lagos, las tierras bajas que estaban más allá de las montañas; era una cadena de lagos parecidos a diamantes que ceñían la cintura del continente. A mediodía habían aterrizado en el borde de un aterciopelado bosque.

Boardman había tomado la suite principal del hotel, llena de trucos y pantallas. Apretó la muñeca de Muller, saludándole, y besó a Marta con mal disimulada lujuria. Ella parecía distante y contenida en los brazos de Boardman; era obvio que la visita le parecía una pérdida de tiempo.

- ¿Tenéis hambre? - preguntó Boardman -. Comeremos ahora y hablaremos después.

Sirvió el aperitivo en su suite: un vino color ámbar, en copas de cristal de roca de Ganímedes. Luego subieron a una cápsula comedor y dejaron el hotel recorriendo los bosques y los lagos mientras comían. Los alimentos fluían desde el depósito y se situaban frente a ellos mientras miraban el paisaje sentados en butacas neumáticas. Una crujiente ensalada, pescado asado del país, verduras importadas, queso rallado de Centauro, latas de fresca cerveza de arroz y, finalmente, un delicioso y picante licor verde. Completamente pasivos, encerrados en su cápsula móvil, disfrutaban la comida, la bebida y el panorama, respiraban el aire chispeante que era bombeado desde el exterior, miraban pasar los pájaros de brillantes colores y se perdían entre las agujas de las coníferas de los bosques. Boardman había previsto todo eso para crear un estado de ánimo, pero sus esfuerzos resultarían inútiles; Muller lo sabía. No podían engañarle tan fácilmente. Podría aceptar la misión que Boardman le ofreciera, pero no porque éste le hubiese tomado por sorpresa.

Marta estaba aburrida. Lo demostraba con la indiferencia que oponía a las miradas lujuriosas de Boardman. El trémulo cubridor que llevaba estaba diseñado para mostrar; cuando sus largas

cadenas moleculares se deslizaban como en un caleidoscopio por el trazado, dejaban ver fugazmente muslos y pechos, vientre y nalgas, caderas y pantorrillas. Boardman apreciaba la exhibición y parecía pronto para capitalizar la aparente disponibilidad de Marta, pero ella ignoraba por completo sus mudos avances. Eso divertía a Muller, pero no a Boardman.

Después de la comida, la cápsula se detuvo junto a un lago que parecía una joya, profundo y de aguas claras. Los paneles se abrieron y Boardman dijo:

- Quizá a la señorita le gustaría nadar mientras nosotros discutimos nuestros aburridos asuntos.

- Qué buena idea - dijo Marta con voz átona.

Se puso de pie y tocó el resorte de desvestirse que estaba en su hombro; el cubridor se deslizó hasta sus tobillos. Boardman lo recogió y lo guardó en un depósito, exhibiendo exageradamente su gesto. Ella le sonrió mecánicamente, se volvió, se dirigió a la orilla del lago; era una figura desnuda y tostada de espalda ahusada y nalgas redondeadas, manchadas por la luz del sol que se filtraba entre los árboles. Se detuvo un momento, con el agua a la altura de las pantorrillas; luego se zambulló y cortó la brillante superficie del lago con sus fuertes brazadas.

- Es encantadora, Dick - dijo Boardman -. ¿Quién es?

- Una chica. Creo que es muy joven.

- Más joven de lo que acostumbras. Y un poco consentida. ¿Hace mucho que la conoces?

- Desde el año pasado. ¿Te interesa?

- Naturalmente.

- Se lo diré - dijo Muller -. En otra oportunidad.

Boardman sonrió como un Buda e hizo un gesto hacia la consola de los licores. Muller meneó la cabeza. Marta nadaba a espaldas en el lago; las puntas rosadas de sus pechos se veían apenas sobre la serena superficie. Los dos hombres se miraron. Parecían tener la misma edad, cincuenta y tantos; Boardman corpulento, con los cabellos grises y fuertes; Muller delgado, con los cabellos grises y fuerte. Sentados, parecían tener también la misma estatura, las apariencias engañaban: Boardman era una generación mayor y Muller quince centímetros más alto. Hacía treinta años que se conocían.

En un sentido, trabajaban en lo mismo; ambos formaban parte del cuerpo de personal no administrativo que servía para mantener la estructura de la sociedad humana en toda la galaxia. No tenía jerarquía oficial. Compartían el deseo de servir, la disposición de hacer que sus dotes resultaran útiles a la humanidad, y Muller respetaba a Boardman por la forma en que había usado esas dotes durante una larga y destacada carrera, aunque no hubiese podido decir que Boardman le gustaba. Sabía que era astuto, poco escrupuloso y que estaba dedicado al bienestar de la humanidad; pero la mezcla de falta de escrúpulos y dedicación es siempre peligrosa.

Boardman sacó un cubo de visión de un bolsillo de su túnica y lo puso en la mesa que había frente a Muller. Quedó allí, como si fuera el peón de un juego, seis o siete centímetros de arista, una tonalidad amarillenta sobre el pulido mármol negro de la mesa.

- Conéctalo - señaló Boardman -. El visor está allí.

Muller deslizó el cubo en la ranura del receptor. En medio de la mesa se levantó un gran cubo; tenía casi un metro de arista. Algunas imágenes flotaban en sus caras. Muller vio un planeta envuelto en nubes, grisáceo; podría haber sido Venus, la imagen se volvió más profunda y unos toques de rojo aparecieron en el gris. Entonces no era Venus. La cámara atravesó la capa de nubes y reveló un planeta desconocido, no muy parecido a la tierra. El suelo era húmedo y esponjoso, y unos árboles gomosos, que parecían hongos gigantes, crecían en él. Era difícil apreciar los tamaños relativos, pero parecían grandes. Sus troncos pálidos estaban cubiertos por fibrosidades y se curvaban como arcos entre la tierra y la copa. Unas cosas con forma de platos protegían las raíces de los árboles y los rodeaban hasta un quinto de su altura. Más arriba no había ni hojas ni ramas; sólo copas anchas y planas cuyas caras inferiores estaban manchadas por corrugaciones. Mientras Muller miraba, tres figuras extrañas se acercaron, andando por el oscuro bosque. Eran alargadas y recordaban casi a árboles, con manojos de ocho o diez miembros que colgaban de sus angostos hombros. Sus cabezas eran ahusadas y estaban llenas de ojos. Sus narices eran ranuras verticales metidas dentro de la piel y sus bocas se abrían en los extremos. Andaban erguidos sobre unas elegantes piernas que terminaban en unos pequeños zócalos redondeados, en lugar de pies. Aunque estaban desnudos (salvo unas tiras de género, quizá ornamentales, atadas entre su primera y su segunda muñeca), Muller no pudo hallar rastros de aparato reproductor o de funciones mamarias. Sus pieles carecían de pigmentación; compartían el gris que prevalecía en ese mundo grisáceo, y eran de textura gruesa, cubiertas además por unas escamas en forma de diamantes.

Con sorprendente gracia, las tres figuras se acercaron a tres hongos gigantes y treparon por ellos hasta que cada uno estuvo sobre una copa en forma de platillo. Del manajo de miembros salió un brazo que parecía disponer de una adaptación especial: a diferencia de los otros, que estaban equipados con cinco dedos que parecían zarcillos dispuestos en una especie de anillo, este miembro terminaba en un órgano afilado como una aguja. Ese órgano penetró fácil y profundamente en el suave tronco gomoso del árbol en que había subido su dueño. Pasó un rato, como si los seres estuvieran absorbiendo la savia de los árboles. Luego bajaron y siguieron andando, sin que su aspecto exterior se hubiese modificado.

Uno de ellos se detuvo, se inclinó y observó atentamente el terreno. Había descubierto el ojo que había estado registrando sus actividades. La imagen se volvió caótica; Muller supuso que el ojo estaba pasando de mano en mano. Súbitamente la imagen se oscureció; el ojo había sido destruido. El cubo dejó de transmitir.

Después de un momento de silencio incómodo, Muller dijo:

- Tienen un aspecto muy convincente.
- Y por muy buenas razones; son reales.
- ¿Esto fue registrado por alguna sonda extragaláctica?
- No - digo Boardman -. Es de nuestra galaxia.
- Entonces... ¿Beta Hydri IV?
- Sí.

Muller contuvo un estremecimiento.

- ¿Puedo verlo nuevamente, Charles?

- Claro que sí.

Activó el cubo por segunda vez. El ojo bajó de nuevo entre las nubes, de nuevo observó los árboles gomosos, de nuevo apareció el trío de extraños seres, se alimentó, descubrió el ojo, lo destruyó. Muller estudiaba las imágenes con fría fascinación. Nunca había visto seres inteligentes no humanos. Por lo que sabía, nadie los había visto hasta ahora.

Las imágenes se desvanecieron del cubo.

- Esto fue registrado hace menos de un mes - dijo Boardman -. Situamos una nave sonda a cinco kilómetros de altura y dejamos caer unos cincuenta mil ojos en Beta Hydri. IV. La mitad fue a dar en el fondo del océano. La mayoría aterrizó en lugares deshabitados o desprovistos de interés. Este es el único que nos proporcionó una visión clara de los habitantes.

- ¿Por qué se ha decidido romper la cuarentena de Beta Hydri IV?

Boardman suspiró suavemente.

- Pensamos que ha llegado el momento de entrar en contacto con ellos, Dick. Hemos estado olfateando por allí durante diez años y todavía no les hemos saludado. Los buenos vecinos no proceden así. Y como los hidranos y nosotros somos las únicas razas inteligentes en toda esta maldita galaxia (a menos que alguien esté oculto en algún lugar muy raro), hemos llegado a la conclusión de que debemos establecer relaciones amistosas con ellos.

- Tu recato no me conmueve - dijo secamente Muller -. Se tomó la decisión, después de una reunión plenaria del consejo, y de un debate que duró un año, de dejar en paz a los hidranos por lo menos durante un siglo... a menos que se lanzaran al espacio. ¿Quién cambió esa decisión? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Boardman sonrió astutamente. Pero Muller sabía que la única forma de que no le atrapara en sus redes era atacar de frente.

Lentamente, Boardman dijo:

- No pretendía engañarte, Dick. Esta decisión se tomó hace ocho meses, en una sesión del consejo, mientras tú ibas a Rigel.

- ¿Por qué razón?

- Una de las sondas extragalácticas volvió con pruebas convincentes de que hay por lo menos una especie muy inteligente en una de las nebulosas cercanas.

- ¿Dónde?

- No importa, Dick. Perdona, pero no te lo diré, por ahora.

- Muy bien.

- Puedo decirte que, por lo que sabemos, no podríamos controlarlos. Dominan la navegación espacial y sería razonable suponer que uno de estos siglos vendrán a visitarnos. Cuando lo hagan, tendremos un problema. De modo que se decidió establecer contacto con Beta Hydri antes de lo previsto, para aseguramos su amistad.

- ¿Quieres decir que queremos entablar amistad con la otra raza inteligente de nuestra galaxia antes de que lleguen los extragalácticos?

- Exactamente.

- Dame esa copa que me ofreciste.

Boardman indicó la consola con un gesto. Muller marcó una combinación muy fuerte, la bebió de un trago y ordenó otra. Súbitamente tenía mucho que digerir. Desvió la mirada de Boardman, cogió el cubo y lo acarició, como si fuera una reliquia sagrada.

Durante un par de siglos el hombre había explorado las estrellas sin encontrar rastros de un rival. Había muchísimos planetas y muchos de ellos eran potencialmente habitables; un número muy grande era muy parecido a la tierra. Eso no les había sorprendido; el cielo está lleno de soles situados en la parte central del espectro y hay muchos de los tipos F y G, los más aptos para sustentar la vida. El proceso de creación de planetas no tiene nada de especial y la mayoría de esos soles tienen entre cinco y doce planetas, algunos de los cuales poseen el tamaño, la masa y la densidad adecuados para retener una atmósfera y permitir la evolución de la vida. Un cierto número de esos mundos está situado dentro de la zona orbital que evita los excesos de temperatura. De modo que la vida abundaba y la galaxia era el paraíso de los zoólogos.

Pero, en su desordenada expansión fuera de su propio sistema, el hombre sólo había encontrado los restos de especies inteligentes ya extinguidas. Los animales ocupaban las ruinas de civilizaciones increíblemente antiguas. La más espectacular era el laberinto de Lemnos, pero en otros mundos también había ciudades derruidas, muros erosionados, cementerios, piezas de cerámica desparramada. El espacio se transformó, también, en el paraíso de los arqueólogos. Los coleccionistas de animales extraterrestres y los coleccionistas de reliquias extraterrestres estaban muy ocupados. Nacieron especialidades científicas totalmente nuevas. Sociedades que habían desaparecido antes de que se construyeran las pirámides estaban siendo reconstruidas.

Pero todas las demás razas inteligentes de la galaxia se habían marchitado. Evidentemente, habían florecido tanto tiempo antes que ni siquiera sobrevivían sus hijos decadentes; eran como Nínive y Tiro; estaban borradas, extinguidas. Investigaciones cuidadosas demostraban que las más jóvenes de la docena de culturas extrasolares habían perecido ochenta mil años antes.

La galaxia es ancha, y el hombre seguía buscando, atraído por sus compañeros estelares, que le provocaban una curiosa mezcla de miedo y curiosidad. Aunque la propulsión hiperespacial proporcionaba una cómoda manera de viajar a todos los puntos del universo, ni el personal ni las naves disponibles podían abarcar la inmensidad de la investigación. Muchos siglos después de haberse lanzado a la galaxia, el hombre seguía haciendo descubrimientos, algunos muy cerca de casa. La estrella Beta Hydri tenía siete planetas; en el cuarto vivían seres inteligentes.

No hubo aterrizajes. Las posibilidades de un descubrimiento de ese tipo habían sido examinadas anticipadamente y se había hecho planes para evitar una torpe intrusión, de consecuencias incalculables. Se había estudiado Beta Hydri IV desde el exterior de su capa de nubes. Sutiles mecanismos habían medido la actividad que había debajo de la molesta máscara gris. La producción de energía del planeta era conocida, con un error posible de pocos millones de kilovatios hora; existían mapas de los distritos urbanos y se habían efectuado estimaciones de la densidad de la población. El nivel del desarrollo industrial había sido calculado por medio de un estudio de las radiaciones térmicas. Ahí abajo había una civilización agresiva, poderosa, en pleno desarrollo, que, posiblemente, era comparable por su nivel técnico con la de finales del siglo XX en la Tierra. Había una sola diferencia significativa: los hidranos no se habían lanzado al

espacio. La culpa era de la capa de nubes. Una raza que nunca ha visto las estrellas difícilmente estará muy interesada en llegar a ellas.

Muller había participado en las frenéticas reuniones que habían tenido lugar cuando se descubrió a los hidranos. Conocía las razones de la cuarentena y se daba cuenta de que para que ésta hubiese sido levantada debía haber razones mucho más importantes. No muy segura de su habilidad para establecer una relación con seres no humanos, la Tierra había decidido, sabiamente, mantenerse a distancia de los hidranos por un tiempo, pero ahora todo había cambiado.

- Y ¿qué sucederá ahora? - Preguntó Muller -. ¿Una expedición?

- Sí.

- ¿Cuándo?

- Supongo que el año próximo.

Muller se puso rígido.

- ¿Quién estará al mando?

- Quizá tú, Dick.

- ¿Por qué «quizá»?

- Porque podrías rechazar la misión.

- Cuando tenía dieciocho años - dijo Muller -, estaba con una chica en los bosques de California, en la Tierra, e hicimos el amor, y no era exactamente la primera vez, pero fue la primera vez que funcionó como es debido y después estábamos tendidos de espaldas, mirando las estrellas, y yo le dije que iba a andar entre ellas. Y ella dijo: «Oh, Dick, qué estupendo». Pero por supuesto, yo no estaba diciendo nada raro. Cualquier chico de esa edad lo dice mismo cuando mira las estrellas. Y le dije que iba a descubrir cosas en el espacio y que la humanidad me recordaría como a Colón y a Magallanes a los primeros astronautas y todo eso. Dije que iba a estar en primera fila, siempre, y que me movería por las estrellas como un dios. Fui muy elocuente. Seguí así durante diez minutos, hasta que los dos nos sentimos arrebatados por tantas maravillas y me volví hacia ella y me atrajo hacia sí y volví la espalda a las estrellas y trabajé mucho para clavarla a la tierra. Esa fue la noche en que me volví ambicioso. Hay cosas que se dicen a los dieciocho años y que luego no pueden repetirse.

- Hay cosas que se hacen a los dieciocho años y que tampoco pueden repetirse después - dijo Boardman -. ¿Y bien Dick? Ya tienes más de cincuenta años, ¿no? Has andado por las estrellas. ¿Te sientes como un dios?

- A veces.

- ¿Quieres ir a Beta Hydri?

- Sabes que sí.

- ¿Solo?

Muller sintió que la tierra se hundía bajo sus pies y, de golpe, era como caminar por el espacio por primera vez, cayendo hacia todo el universo. ¿Solo?

- Lo hemos programado todo y llegamos a la conclusión de que enviar a un grupo de hombres en este momento sería un error. Los hidranos no han respondido muy bien a nuestras sondas visuales. Tú lo viste; recogieron el ojo y lo destruyeron. Ni siquiera podemos imaginar su

psicología; nunca nos hemos enfrentado con mentes extraterrestres. Y creemos que lo más seguro (tanto en términos de pérdida de vidas humanas como en lo que se refiere al impacto sobre su sociedad) es mandar a un embajador... un hombre que llegue en son de paz, un hombre fuerte y astuto que haya superado muchas situaciones difíciles, que sea capaz de improvisar formas de iniciar un contacto. Ese hombre puede ser destruido treinta segundos después de llegar. Pero, si sobrevive, habrá logrado algo único en la historia de la humanidad. Tú dirás.

Era irresistible. ¡Embajador de la humanidad ante los hidranos! Ir solo, andar por tierra extranjera y ofrecer el primer saludo de la humanidad a sus vecinos cósmicos...

Era su billete a la inmortalidad. Grabaría para siempre su nombre en las estrellas.

- ¿Qué posibilidades de sobrevivir tendré? - preguntó Muller.

- El ordenador dice que hay una entre sesenta y cinco de que salgas como entraste, Dick. Teniendo en cuenta que no es un planeta de tipo terrestre, necesitarás llevar un sistema vital. Y podrías ser mal recibido. Una posibilidad entre sesenta y cinco.

- No está tan mal.

- Yo nunca aceptaría semejante apuesta - dijo Boardman, sonriendo.

- No. Pero yo sí.

Vació su copa. Si ganaba, su fama sería imperecedera. Si fracasaba y era destruido por los hidranos..., bueno, no era tan malo. Había destinos peores que morir llevando la bandera de la humanidad a un nuevo mundo. Su desmedido orgullo, su hambre de gloria, su deseo infantil de fama, que nunca había podido superar, le empujaban. La apuesta no era tan mala.

Marta reapareció. Estaba mojada; su cuerpo desnudo brillaba y sus cabellos estaban pegados a la esbelta columna de su cuello. Sus pechos se agitaban como pequeños conos de carne, coronados por unos arrugados pezones color rosa. Podría haber sido una chica de catorce años, pensó Muller, mirando sus caderas estrechas y sus muslos delgados. Boardman le tiró un secador. Ella lo conectó y entró en su campo amarillento, dando una vuelta completa. Tomó su vestido de la percha y se vistió con calma.

- Fue estupendo - dijo. Sus ojos se dirigieron a Muller por primera vez desde su vuelta - Dick, ¿qué te sucede? Pareces atónito, aturdido. ¿Te sientes bien?

- Muy bien.

- ¿Qué pasó?

- El señor Boardman me ha hecho una proposición.

- Puedes decírselo, Dick. No vamos a mantenerlo en secreto. Se hará un anuncio a toda la galaxia.

- Habrá un aterrizaje en Beta Hydri IV - dijo Muller con voz apagada -. Un solo hombre. Yo. ¿Cómo lo haremos, Charles? ¿Una nave en una órbita de estacionamiento y yo bajo en una cápsula autónoma equipada para el retorno?

- Sí.

- Es una locura, Dick - dijo Marta -. No lo hagas. Te arrepentirás toda tu vida.

- Si las cosas no salen bien, será una muerte rápida, Marta. He corrido riesgos más serios.

- No. Mira: a veces pienso que veo un poco del futuro. De veras, veo cosas, Dick. - Rió, nerviosamente; su pose sofisticada se había derrumbado -. No creo que mueras si vas allí. Pero creo que tampoco seguirás vivo. Di que no irás. ¡Dilo, Dick!

- Oficialmente, todavía no has aceptado mi proposición - dijo Boardman.

- Lo sé - dijo Muller. Se puso de pie, rozando el techo de la cápsula, se dirigió hacia Marta y la tomó en sus brazos, recordando aquella otra chica, hacía tanto tiempo, bajo el cielo de California, recordando la loca energía que había descendido sobre él cuando saltó del brillo de las estrellas a la carne tibia y complaciente y los muslos que se separaban debajo de él. Abrazó fuertemente a Marta. Ella le miró, horrorizada. Él besó la punta de su nariz y el lóbulo de su oreja izquierda. Ella se liberó de su abrazo, tropezó y casi se arrojó en las rodillas de Boardman. Este la atrapó y la sujetó. Muller dijo -: Ya sabes cuál es mi respuesta.

Esa tarde, una de las sondas robot llegó a la zona F. Todavía les faltaba parte del camino, pero Muller sabía que no tardarían mucho en llegar al centro del laberinto.

- ¡Por fin! - dijo Rawlings -. Allí está.

A través de los ojos de una sonda, miró fijamente al hombre del laberinto. Muller se apoyaba distraídamente contra la pared, con los brazos cruzados; era un hombre alto y curtido, de mentón fuerte y nariz en forma de cuña. No parecía alarmado por la presencia del explorador mecánico.

Rawlings conectó el audio y oyó que Muller decía:

- Hola, robot. ¿Por qué no me dejas en paz?

La sonda no respondió, por supuesto. Tampoco Rawlings, que podría haber transmitido un mensaje a través de ella. Estaba en la terminal, un poco agachado para ver mejor. Sus fatigados ojos latían. Les había llevado nueve días locales lograr que una de las sondas llegara al centro del laberinto. El esfuerzo había costado más de cien sondas; cada veinte metros de terreno explorado habían destruido un robot. No estaba tan mal, considerando que el número de alternativas equivocadas que ofrecía el laberinto era alto. Gracias a la suerte, al uso inspirado del cerebro de la nave y a una vigorosa batería de aparatos sensores, habían logrado evitar todas las trampas obvias y algunas de las más sutiles. Y ahora estaban en el centro.

Rawlings estaba exhausto. Para controlar esta etapa crítica, la penetración de la zona A, no había dormido en toda la noche. Hosteen se había ido a dormir. Y, finalmente, también Boardman. Había unos pocos tripulantes de guardia junto a él y en la nave, pero Rawlings era el único civil que estaba despierto.

Se preguntó si alguien había supuesto que descubriría a Muller durante su guardia. Probablemente no. Boardman no hubiese querido correr el riesgo de mandar todo a rodar, permitiendo que un novicio manejara el gran momento, le habían dejado de guardia, había movido su sonda unos metros y ahora estaba mirando a Muller.

Buscó signos externos del tormento interior que le afligía.

No eran obvios. Muller había vivido allí, solo, durante tantos años... ¿Acaso eso no habría tenido algún efecto en su alma? Y esa otra cosa, la broma que le habían gastado los hidranos, con seguridad eso también tendría que reflejarse en su rostro. Pero a Rawlings le parecía que no.

Oh, sus ojos eran tristes y sus labios estaban apretados, formando una línea tensa. Pero Rawlings había esperado algo más dramático, algo romántico, una cara que reflejara su agonía interior. En cambio, sólo vio los rasgos desiguales, indiferentes, insensibles, de un hombre recio de edad mediana. Los cabellos de Muller eran grises y sus ropas estaban gastadas; él mismo parecía gastado y raído. Pero eso era previsible en un hombre que había vivido en semejante exilio durante nueve años. Rawlings había esperado algo más, algo pintoresco, un rostro enjuto y angustiado, ojos oscurecidos por el dolor.

- ¿Qué quieres? - preguntó Muller a la sonda -. ¿Quién te envió aquí? ¿Por qué no te marchas?

Rawlings no se atrevió a responder. No tenía ni idea de los planes de Boardman. Inmovilizó la sonda y se dirigió velozmente hacia la cúpula donde descansaba éste.

Boardman dormía bajo un dosel de aparatos de sustentación vital. Después de todo, tenía más de ochenta años, aunque no los representaba, y la forma de seguir pareciendo joven era enchufarse todas las noches a su aparato de sustentación. Rawlings se sentía un poco incómodo al tener que entrar en la habitación del anciano y sorprenderle envuelto en sus aparatos. En la frente de Boardman estaban sujetos un par de electrodos meníngeos que garantizaban una progresión adecuada y saludable de los distintos niveles del sueño asegurando que la mente se liberaría de las toxinas acumuladas durante el trabajo del día. Un grifo de desagüe ultrasónico filtraba los sedimentos y los desechos de las arterias de Boardman. El flujo de las hormonas era regulado por una compleja red que colgaba sobre su pecho, y el conjunto de aparatos estaba conectado con el cerebro de la nave, que lo controlaba. Dentro del complicado aparato de sustentación, Boardman parecía irreal, casi una figura de cera. Su respiración era lenta y regular, sus labios estaban flojos, sus mejillas parecían hinchadas. Los ojos de Boardman se movían rápidamente debajo de los párpados; eso indicaba un sueño profundo, con sueños. ¿Sería posible despertarle sin perjudicarlo?

Rawlings no se atrevió a hacerlo. Por lo menos, no directamente. Salió de la habitación y activó la terminal que estaba afuera.

- Lleva un sueño a Charles Boardman - dijo -. Dile que encontramos a Muller. Dile que debe despertarse enseguida. Dile: «Charles, Charles, despierta, te necesitamos. » ¿Has entendido?

- De acuerdo - respondió el cerebro de la nave. El impulso saltó desde la cúpula a la nave, traducido a mensaje y volvió a la cúpula. El aviso de Rawlings entró en la mente de Boardman a través de los electrodos que había en su frente. Sintióse satisfecho consigo mismo, Rawlings volvió a entrar en el dormitorio del anciano y aguardó.

Boardman se estremeció. Sus manos se contrajeron y rascaron suavemente la máquina que le rodeaba.

- Muller... - murmuró.

Abrió los ojos. Por un momento, no vio nada. Pero el proceso del despertar había comenzado y el aparato de sustentación estimuló su metabolismo para que pudiera funcionar nuevamente.

- ¿Ned? - dijo con voz ronca -. ¿Qué haces aquí? Soñé que...

- No fue un sueño, Charles. Yo lo programé. Entramos en la zona A y encontramos a Muller.

Boardman desconectó el aparato de sustentación y se sentó. Estaba totalmente alerta y despejado.

- ¿Qué hora es?

- Está amaneciendo.

- ¿Cuánto hace que le hallaste?

- Unos quince minutos. Desactivé la sonda y vine directamente aquí. Pero no quería despertarle de golpe, así que...

- Muy bien, muy bien. - Boardman se levantó, tambaleándose ligeramente cuando se puso de pie.

Rawlings comprendió que todavía no tenía el vigor diurno; mostraba su verdadera edad. Encontró un pretexto para desviar la vista, observando el aparato de sustentación, para no tener que mirar los pliegues de que colgaban del cuerpo de Boardman.

«Cuando tenga su edad - pensó Rawlings, me reformaré regularmente. En realidad, no es un problema de coquetería; es simplemente una amabilidad que uno tiene con los demás. No hay necesidad de parecer viejo, si uno no lo desea. ¿Por qué ofender la vista?»

- Vamos - dijo Boardman -. Reactiva la sonda. Quiero verle enseguida.

Usando la terminal del vestíbulo, Rawlings reactivó la sonda. La pantalla les mostró la zona A del laberinto, más acogedora que las zonas exteriores. Muller no estaba a la vista.

- Pon el audio en unidireccional - dijo Boardman.

- Está así.

- ¿Adónde habrá ido?

- Debe de haber salido del campo visual - dijo Rawlings.

Movió la sonda de modo que girara sin desplazarse, y ésta transmitió un amplio abanico de imágenes: casas bajas y cúbicas, enormes arcos, hileras de paredes. Un animalito parecido a un gato pasó corriendo, pero no había rastro de Muller.

- Estaba allí - insistió Rawlings, frustrado -. El...

- Está bien. No tenía por qué quedarse en un sitio mientras tú me despertabas. Haz andar a la sonda.

Rawlings activó el robot, haciéndole iniciar una lenta exploración de la calle. Instintivamente tomaba precauciones, suponiendo que podría encontrar nuevas trampas en cualquier momento, aunque se dijo un par de veces que los constructores del laberinto no debían haber llenado de trampas mortales el lugar en que vivían. Súbitamente, Muller salió de un edificio sin ventanas y se plantó frente a la sonda.

- Otra vez - dijo -. Resucitaste, ¿eh? ¿Por qué no hablas? ¿De qué nave vienes? ¿Quién te manda?

- ¿Respondemos? - preguntó Rawlings.

- No.

La cara de Boardman estaba casi apoyada en la pantalla. Empujó las manos de Rawlings fuera de los controles y movió los controles de precisión hasta que tuvo a Muller perfectamente enfocado. Boardman mantuvo la sonda en movimiento, deslizándose frente a Muller, como si quisiera llamar su atención para que no se marchara nuevamente.

- Es impresionante. La expresión de su cara... - dijo Boardman en voz baja.

- Me pareció que su aspecto era tranquilo.

- ¿Qué sabes tú? Yo le recuerdo. Ned, es una expresión infernal. Sus pómulos son mucho más prominentes que antes. Sus ojos están horribles. Y su boca..., ¿ves cómo se tuerce hacia abajo del lado izquierdo? Quizá ha tenido un pequeño derrame. Pero se conserva bastante bien, supongo.

Desconcertado, Rawlings buscó los signos de la angustia de Muller. No los había visto antes y no los vio ahora. Pero, por supuesto, no recordaba cuál era antes su aspecto. Y, naturalmente, Boardman era mucho más experto que él interpretando los rasgos de una persona.

- No va a ser fácil sacarlo de ahí - dijo Boardman -. Querrá quedarse. Pero le necesitamos, Ned. Le necesitamos.

Muller, que andaba al mismo ritmo que la sonda, dijo con voz áspera y profunda:

- Tienes treinta segundos para decir qué es lo que te propones. Después será mejor que des la vuelta y te vayas por donde viniste.

- ¿Por qué no le habla? - preguntó Rawlings -. ¡Destruiré el robot!

- ¡Que lo haga! La primera persona que le hable será de carne y hueso y estará frente a él. Es la única manera. Esto va a ser como un galanteo, Ned. No podemos hacerlo a través de los parlantes de una sonda.

- Diez segundos - dijo Muller.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una esfera brillante de metal negro, del tamaño de una manzana, con una pequeña abertura cuadrada en un lado. Rawlings nunca había visto una cosa así. Pensó que debía de ser alguna arma que Muller había encontrado en la ciudad, ya que éste alzó la esfera y apuntó la abertura hacia la cara del robot.

La pantalla se oscureció.

- Parece que hemos perdido otra sonda - dijo Rawlings.

Boardman asintió.

- Sí, pero es la última. Ahora empezaremos a perder hombres.

2

Había llegado el momento de arriesgar vidas humanas en el laberinto. Era inevitable y Boardman lo lamentaba, de la misma forma que lamentaba pagar impuestos, o envejecer, o expulsar desechos, o experimentar la fuerza de la gravedad. Los impuestos, la vejez, la excreción y la gravedad eran aspectos permanentes de la condición humana, aunque los cuatro habían sido paliados por el progreso de la ciencia moderna. Con la muerte sucedía lo mismo. Había utilizado hábilmente las sondas y, probablemente, habían salvado una docena de vidas gracias a eso, pero ahora se perderían vidas de todos modos. Boardman lo lamentaba, pero no muy profundamente, ni por mucho tiempo. Hacía décadas que pedía a otros hombres que arriesgaran sus vidas y muchos habían muerto. Estaba pronto a arriesgar la suya, en el momento adecuado y por la causa adecuada.

Ahora disponían de un mapa muy detallado del laberinto. El cerebro de la nave disponía de un cuadro detallado de la ruta de entrada, en el que estaban señaladas las trampas conocidas. Boardman confiaba en que podía enviar exploradores mecánicos al laberinto con un 95 por ciento de probabilidades de que llegaran sanos y salvos a la zona A. Pero eso no significaba que un hombre pudiese recorrer el mismo camino en iguales condiciones de seguridad. Aun con el ordenador dando consejos paso a paso, un hombre que filtraba información por medio de un cerebro, falible y capaz de fatigarse, podía no ver las cosas igual que una sonda hecha por un torno, y quizá efectuara ajustes por su cuenta que podrían resultar fatales. De modo que los datos que habían reunido debían ser comprobados cuidadosamente antes de que él o Ned Rawlings se aventuraran en el laberinto.

Había voluntarios que se encargarían de eso.

Sabían que estaban arriesgando la vida. Nadie había intentado decir que las cosas eran de otra manera, ni ellos lo hubiesen aceptado. Se les había explicado que para la humanidad era muy importante lograr que Richard Muller saliera voluntariamente del laberinto y que eso se podía lograr si unos seres humanos concretos - Charles y Ned Rawlings - hablaban personalmente con Muller. Y como Boardman y Rawlings eran unidades irremplazables, era necesario que otros exploraran el camino antes que ellos. Muy bien. Los exploradores estaban dispuestos, sabiendo que no eran material sustituible. También sabían que el hecho de que los primeros murieran resultaría útil. Cada muerte Proporcionaba nuevas informaciones; en cambio, una entrada afortunada no agregaba nada, en aquel punto de las investigaciones.

Echaron suertes, para ver quién empezaba.

El hombre que fue elegido para entrar en primer término era un teniente, llamado Burke, que parecía muy joven y posiblemente lo era, ya que los militares no solían reformarse hasta que alcanzaban los escalones más altos de la jerarquía. Era un muchacho bajo, fuerte, de cabellos oscuros, que actuaba como si pudiese ser reemplazado por medio de un molde. Y ése no era el caso.

- Cuando encuentre a Muller - dijo Burke (no dijo si) - le diré que soy arqueólogo. Y que si no lo molesta, me gustaría que algunos de mis compañeros pudieran entrar. ¿Está bien así?

- Sí - dijo Boardman -. Y recuerde que cuanto menos jerga profesional utilice, menos sospechará de usted.

Burke no viviría lo suficiente como para decir nada a Richard Muller y todos lo sabían. Pero saludó elegantemente, de forma un poco teatral, al despedirse y entró en el laberinto. Estaba conectado con el cerebro de la nave a través de una mochila que llevaba a la espalda. El ordenador le transmitiría las órdenes de marcha y mostraría a los observadores que estaban en el campamento todo lo que pudiera pasarle.

Se desplazó limpiamente a través de los terrores de la zona H. Carecía de la colección de aparatos de investigación que habían ayudado a las sondas a encontrar las losas montadas sobre pivotes y las trampas mortales que había debajo de ellas, los chorros de energía ocultos, los dientes que se cerraban en las puertas y todas las otras pesadillas; pero, en cambio, llevaba algo mucho más útil: el conocimiento acumulado de esas pesadillas, reunido gracias al derroche de sondas que habían descubierto su existencia. Boardman, vigilando su pantalla, vio los pilares, los rayos y los acantilados que ya le resultaban familiares, los elegantes puentes, los montones de huesos y, de vez en cuando, los restos de una sonda. Silenciosamente exhortó a Burke a seguir avanzando; sabía que, dentro de poco, él mismo tendría que recorrer ese camino. Boardman se preguntó cuánto significaría la vida de Burke para Burke.

Burke tardó casi cuarenta minutos en pasar de la zona H a la zona G. No parecía muy eufórico cuando atravesó el pasaje; todos sabían que la zona G era casi tan dura como la zona H. Pero, por ahora, el sistema de guía estaba funcionando bien. Burke estaba ejecutando una especie de siniestro ballet, bailando alrededor de los obstáculos, contando los pasos, saltando aquí, girando allá, esforzándose por no pisar algún segmento traicionero del pavimento. Sus progresos eran muy positivos. Pero el ordenador no pudo advertirle la presencia de un animalito

lleno de dientes que aguardaba sobre una cornisa labrada, a cuarenta metros de la entrada de la zona G. Eso no formaba parte de los planes del laberinto.

Era una amenaza ocasional, que se ocupaba de sus propios asuntos, pero Burke sólo llevaba un registro de las experiencias anteriores en esa materia.

El animal no era mayor que un gato grande, pero sus colmillos eran largos y sus garras muy veloces. El ojo de la mochila de Burke lo vio cuando saltaba, pero ya era demasiado tarde. Burke, enterado a medias, intentó volverse y sacar su arma cuando el animal ya estaba sobre sus hombros, buscando su garganta.

Las mandíbulas se abrieron muchísimo. El ojo del ordenador transmitió un detalle anatómico del que Boardman hubiese podido prescindir: detrás de la hilera externa de dientes afilados como agujas había otra hilera interna y una tercera más atrás, quizás eran para masticar mejor la presa, o quizá se trataba de un par de juegos de repuesto, en caso de que los dientes externos se rompieran. Un momento después, las mandíbulas se cerraron.

Burke se derrumbó aferrando a su atacante. Brotó un chorro de sangre. El hombre y la bestia rodaron, oprimieron algún resorte oculto y desaparecieron en medio de una nube de humo oscuro. Cuando el aire recuperó la transparencia, ninguno de los dos era visible.

Algo después, Boardman dijo:

- Debemos recordar esto. Los animales no atacan a las sondas. Tendremos que llevar detectores de masa y entrar en grupos.

La siguiente vez lo hicieron así. Habían pagado un precio excesivo por la información, pero ahora sabían que tenían que enfrentarse con bestias salvajes, además de la astucia de los remotos ingenieros. Dos hombres armados, Marshall y Petrocelli, entraron juntos en el laberinto, mirando en todas direcciones. Ningún animal podría acercarse a ellos sin que su radiación térmica fuera captada por los fonosensores infrarrojos de los detectores de masas que llevaban. Mataron cuatro animales - uno de ellos inmenso - y no tuvieron más problemas en ese sentido.

En las profundidades de la zona G llegaron al sitio donde la pantalla distorsionadora se burlaba de todos los aparatos de recolección de datos.

Boardman se preguntó cómo funcionaría esa pantalla. Conocía distorsionadores hechos en la Tierra que actuaban directamente sobre los sentidos, transmitiendo mensajes totalmente correctos y mezclándolos dentro del cerebro, para destruir sus correlaciones. Pero aquella pantalla tenía que ser diferente. No podía atacar el sistema nervioso de una sonda, porque las sondas no tenían sistema nervioso en el sentido estricto de la palabra y sus ojos transmitían exactamente lo que veían. Pero de alguna forma, lo que habían visto los robots y lo que habían informado al ordenador no guardaba relación con la geometría real del laberinto en ese punto. Otras sondas, situadas más allá del alcance de la pantalla, habían transmitido descripciones totalmente distintas y mucho más exactas. De modo que la cosa debía trabajar a partir de algún principio óptico, influyendo directamente sobre el ambiente, modificando su orden, distorsionando la perspectiva, cambiando y ocultando sutilmente el contorno de las cosas, transformando una condición normal en un enigma. Cualquier órgano visual situado al alcance de la pantalla obtenía una imagen totalmente convincente y perfectamente incorrecta de área, tuviera o no una mente manipulable. Boardman pensó que era muy interesante. Quizás, más

adelante, los mecanismos del laberinto podrían ser estudiados y conocidos a fondo. Más adelante.

Para él era imposible saber qué aspecto tenía el laberinto para Marshall y Petrocelli cuando sucumbieron a la pantalla. A diferencia de los robots, que proporcionaban informes exactos de todo lo que había ante sus ojos, los dos hombres no estaban conectados directamente con el ordenador y no podían transmitir sus imágenes mentales a la pantalla. Lo mejor que podían hacer era describir lo que veían. Y no correspondía con las imágenes de los ojos sonda que estaban montados en sus mochilas ni con la configuración auténtica que se veía desde los lugares situados fuera del radio de acción de la pantalla.

Obedecieron las indicaciones del ordenador. Avanzaron, aun cuando sus ojos les decían que un enorme abismo se abría bajo sus pies. Se agacharon para deslizarse por un túnel en cuyo techo brillaban unas hojas de guillotina suspendidas. El túnel no existía.

- Supongo que en cualquier momento una de esas hojas se desprenderá y me partirá en dos - dijo Petrocelli.

No había hojas. Al final del túnel se movieron hacia la izquierda, acercándose a un enorme mayal que azotaba el pavimento. No había mayal. No muy convencidos, evitaron pisar una acera alfombrada que parecía conducir fuera de la región controlada por la pantalla, la acera era imaginaria; ellos no veían la piscina de ácido que estaba allí.

- Sería mejor que cerraran los ojos - dijo Boardman -. Y entraran como las sondas, prescindiendo de la visión.

- Dicen que eso les da miedo - dijo Hosteen.

- ¿Qué es mejor, carecer de información visual o tener datos erróneos? - preguntó Boardman -. Podrían seguir las indicaciones del ordenador con los ojos cerrados y sería lo mismo. Y así no habría probabilidades de que...

Petrocelli gritó. En la pantalla doble, Boardman vio la condición real - un trozo de camino plano e inocuo - y la visión distorsionada, transmitida por los ojos de la mochila: un geiser de llamas que hacía erupción a sus pies.

- Quédate donde estás - aulló Hosteen -. ¡No es real!

Petrocelli, que tenía un pie en el aire, volvió a bajarlo sufriendo una torcedura a causa del esfuerzo. Pero Marshall reaccionó más lentamente. Se había girado para escapar de la erupción cuando Hosteen gritó, y se movió hacia la izquierda, antes de detenerse. Estaba a unos doce centímetros del camino seguro. Un cable de metal brillante surgió de un bloque de piedra y se enroscó en sus tobillos. No tuvo dificultad para cortar los huesos. Marshall cayó y una brillante barra dorada lo clavó en el muro.

Sin mirar hacia atrás, Petrocelli atravesó la columna de fuego sin sufrir daños, anduvo unos metros tropezando y se detuvo, más allá del alcance de la pantalla de distorsión.

- ¿Dave? - dijo con voz ronca -. Dave, ¿estás bien?

- Se salió del sendero - dijo Boardman -. Fue una muerte rápida.

- ¿Qué quiere que haga ahora?

- Quédese donde está, Petrocelli. Cálmese y no intente ir a ningún lado. Mandaré a Chesterfield y a Walker a reunirse con usted. Aguarde donde está.

Petrocelli estaba temblando. Boardman pidió al cerebro de la nave que le diese una inyección y la mochila lo tranquilizó rápidamente con un pinchazo. Todavía rígido, incapaz de volverse hacia su empalado compañero, Petrocelli se quedó quieto, esperando.

Chesterfield y Walker necesitaron cerca de una hora para llegar hasta la pantalla de distorsión y casi quince minutos para atravesar los pocos metros cuadrados que ésta controlaba. Lo hicieron con los ojos cerrados y eso no les gustó, pero los fantasmas del laberinto no podían atemorizar a un ciego; por lo que Chesterfield y Walker quedaron fuera de su alcance. A esas alturas, Petrocelli se había tranquilizado y los tres continuaron avanzando cautelosamente hacia el corazón del laberinto.

Boardman pensó que habría que hacer algo para recuperar el cadáver de Marshall. En otro momento.

3

Los días más largos de la vida de Ned Rawlings habían sido los que había pasado viajando hacia Rigel, cuatro años antes, yendo a buscar el cuerpo de su padre. Pero estos días eran más largos aún. Estar parado junto a una pantalla, viendo como mueren unos hombres valientes, sentir que todos los nervios piden un descanso, hora tras hora...

Pero estaban ganando la batalla del laberinto. Ya habían entrado catorce hombres; cuatro habían muerto. Walker y Petrocelli habían parado en la zona E; otros cinco hombres habían instalado una base auxiliar en F y tres más estaban bordeando la pantalla de distorsión en G y se reunirían pronto con sus compañeros. Evidentemente, lo peor ya había pasado. De las observaciones de las sondas se deducía que la curva del peligro disminuía notablemente después de la zona F y que en las tres zonas interiores casi no había trampas. Con E y F virtualmente conquistadas, no sería muy difícil irrumpir en las zonas centrales, donde Muller, impasible y silencioso, acechaba y aguardaba.

Rawlings pensó que ahora conocía el laberinto como la palma de su mano. En la práctica, había penetrado en él más de cien veces, primero por medio de las sondas, luego a través de las transmisiones de los tripulantes. Por las noches, en sus sueños febriles, veía sus oscuros dibujos, sus paredes curvas, sus torres sinuosas. Encerrado en su propio cerebro, recorrió de alguna forma el itinerario de ese laberinto, rozando mil veces la muerte. El y Boardman serían los beneficiarios de esa experiencia tan duramente ganada cuando llegara el momento de entrar.

Y el momento se aproximaba.

En una fría mañana, bajo un cielo de hierro, estaba con Boardman justo fuera del laberinto, junto a los terraplenes ascendentes que bordeaban la ciudad. En las pocas semanas que habían estado allí, el año se había precipitado hacia lo que era el invierno en Lemnos. La luz solar duraba sólo seis horas diarias; luego venían dos horas de un pálido crepúsculo y los amaneceres eran tenues y prolongados, las lunas danzaban constantemente en el cielo, jugando a retorcer las sombras.

Después de tanto tiempo, Rawlings estaba casi deseoso de correr los riesgos del laberinto; sus deseos nacían de la impaciencia y la vergüenza. Había aguardado, observando las

pantallas, mientras otros hombres, algunos tan jóvenes como él, se jugaban la vida tratando de entrar. Le parecía que había pasado toda su vida aguardando la señal para entrar en escena.

En las pantallas vigilaban a Muller, que se desplazaba por el centro del laberinto. Las omnipresentes sondas lo observaban constantemente, siguiendo sus peregrinaciones con una línea irregular en el plano principal. Muller no había salido de la zona A desde su encuentro con la sonda, pero diariamente cambiaba su posición en el laberinto, yendo de una casa a otra, como si temiera dormir dos veces seguidas en la misma. Boardman se había preocupado de que no tuviera ningún contacto con ellos después del episodio con el robot. A Rawlings le parecía que Boardman estaba tratando de atrapar a algún animal frágil y raro.

Golpeando la pantalla con el dedo, Boardman dijo:

- Esta tarde entraremos, Ned. Pasaremos la noche en el campamento principal. Mañana tú seguirás adelante y te reunirás con Walker y Petrocelli en E. Y al día siguiente irás solo hasta el centro y verás a Muller.

- ¿Por qué va a entrar en el laberinto, Charles?

- Para ayudarte.

- Podría mantenerse en contacto conmigo desde aquí - dijo Rawlings -. No necesita arriesgarse.

Boardman tiró, pensativo, de su papada.

- Lo que estoy haciendo ha sido calculado; es lo que ofrece menores riesgos.

- ¿Cómo?

- Si tiene problemas - explicó Boardman - tendré que ir hasta donde estés para ayudarte. Si me necesitas, prefiero aguardar en la zona F a tener que entrar con prisa desde fuera, atravesando la zona más peligrosa del laberinto. ¿Comprendes lo que te digo? Desde allí puedo llegar rápidamente hasta ti sin mayores peligros. Desde aquí no.

- ¿Qué clase de problemas?

- La testarudez de Muller. No hay razones para que coopere con nosotros y no es un hombre fácil de tratar. Recuerdo los meses que pasaron después de su retorno de Beta Hydri IV. No tuvimos un instante de paz. Nunca había sido muy equilibrado, pero después se transformó en un volcán. Que conste, Ned, que no lo estoy juzgando. Tiene derecho a estar furioso con el universo. Pero es desagradable. Es un pájaro de mal agüero. Acercarse a él trae mala suerte. Tendrás mucho trabajo.

- Y entonces, ¿por qué no viene conmigo?

- Imposible - dijo Boardman -. Si supiera que estoy en este planeta se arruinaría todo el plan. No olvides que fui yo quien lo envió a Beta Hydri IV. Y yo quien lo obligó a venir a Lemnos. Creo que si me viera, podría matarme.

Rawlings rechazó la idea.

- No. No puede haberse vuelto tan salvaje.

- Tú no lo conoces. No sabes cómo era. Ni en qué se ha transformado.

- Si está tan lleno de rabia como usted dice, ¿cómo podré ganar su confianza?

- Acércate a él. Sé franco. No tendrás que esforzarte mucho, Ned; tienes una cara muy inocente. Dile que estás aquí en una misión arqueológica. No dejes que se dé cuenta de que

siempre supimos que estaba aquí. Dile que nos enteramos cuando la sonda tropezó con él, que lo reconociste, recordando el tiempo en que era amigo de tu padre.

- Entonces, ¿debo mencionar a mi padre?

- Por supuesto. Dile quién eres. Es la única forma. Dile que tu padre murió y que ésta es tu primera expedición al espacio. Gánate su simpatía, Ned. Despierta sus sentimientos paternales.

Rawlings meneó la cabeza.

- No se enfade conmigo, Charles, pero debo decirle que todo esto, estas mentiras, no me gustan nada.

- ¿Mentiras? - Los ojos de Boardman brillaron. - ¿Mentiras decir que eres el hijo de tu Padre, que esta es tu primera expedición?

- ¿Y que soy arqueólogo?

Boardman se encogió de hombros.

- ¿Prefieres decirle que llegaste aquí como parte de una expedición que viene a buscar a Richard Muller? ¿Te ayudaría eso a ganar su confianza? Piensa en nuestros propósitos, Ned.

- Sí. El fin y los medios. Ya lo sé.

- ¿Estás seguro de que lo sabes?

- Estamos aquí para conseguir la colaboración de Muller porque creemos que es la única persona que puede salvarnos de una terrible amenaza - dijo Rawlings con tono frío e indiferente - . Por lo tanto, debemos hacer todo lo necesario para obtener esa colaboración.

- Sí. Y preferiría que no pusieras cara de tonto cuando lo dices.

- Lo siento, Charles. Pero siento náuseas cuando pienso que tendremos que engañarle.

- Le necesitamos.

- Sí. Pero ya ha sufrido tanto...

- Le necesitamos.

- Está bien, Charles.

- También te necesito a ti - dijo Boardman -. Si pudiera hacerlo yo mismo, lo haría. Pero si me ve, me liquidará. Para él, soy un monstruo. Y sucede lo mismo con todos los que estuvieron vinculados a su carrera. Pero tú eres distinto. Quizás pueda confiar en ti. Eres joven, tienes una cara increíblemente virtuosa y eres el hijo de un buen amigo suyo. Podrás llegar a conmoverle.

- Y contarle un montón de mentiras... engañarle.

Boardman cerró los ojos. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

- Basta ya, Ned.

- No, continúe. Dígame qué debo hacer después de presentarme.

- Hazte amigo suyo. Tómate tu tiempo. Haz que espere tus visitas.

- ¿Y si no puedo soportar su presencia?

- Inténtalo. Eso es lo más difícil; lo sé.

- Lo más difícil es mentir, Charles.

- Como te parezca. De todos modos, demuéstrale que puedes tolerar su compañía. Haz un esfuerzo. Charla con él. Hazle comprender que estás robando tiempo a tu trabajo científico, que los bastardos que dirigen tu expedición no quieren que tengas nada que ver con él, pero que tú sientes afecto y simpatía por él y no permitirás que te aleje. Háblale de ti, de tus ambiciones, de

tu vida amorosa, de tus pasatiempos, de lo que quieras. Dale la lata; eso reforzará la imagen del chico ingenuo.

- ¿Debo mencionar a los extragalácticos? - preguntó Rawlings.

- No mucho. Mételes en la conversación con el pretexto de ponerlo al día en materia de noticias. Pero no le digas mucho. Y, sobre todo, no le digas que representan una amenaza. Y ni una palabra acerca de que le necesitamos, ¿entiendes? Si se le ocurre que queremos utilizarle, estamos perdidos.

- Y ¿cómo haré para que salga del laberinto si no le digo por qué le necesitamos?

- No te preocupes de eso, por ahora - dijo Boardman -. Te daré instrucciones para la segunda fase cuando hayas ganado su confianza.

- La traducción - dijo Rawlings - es que usted va a poner en mi boca una mentira tan colosal que ni siquiera se atreve a decírmela ahora por miedo a que renuncie a la misión.

- Ned...

- Discúlpeme, Charles. Pero... ¿por qué tenemos que engañarle para que salga? ¿Por qué no podemos decirle que la humanidad lo necesita y obligarle a salir?

- ¿Te parece que eso es más moral que engañarle?

- Me parece que es más limpio. Odio estas sucias intrigas. Preferiría ayudar a que alguien lo desmayase de un golpe y lo arrastrara fuera del laberinto, antes de tener que hacer lo que usted ha planeado. Estaría dispuesto a sacarlo por la fuerza, porque le necesitamos. Y tenemos suficientes hombres como para hacerlo.

- No - dijo Boardman -. No podemos sacarlo por la fuerza. Ese es nuestro problema. Sería demasiado peligroso. Podría encontrar la forma de suicidarse en el momento en que intentáramos cogerlo.

- Una pistola narcótica - dijo Rawlings -. Hasta yo podría hacerlo. Me pondría a tiro, dispararía, luego lo sacaríamos del laberinto y cuando se despertara le explicaríamos...

Boardman meció la cabeza con vehemencia.

- Ha tenido nueve años para resolver los problemas del laberinto. No sabemos qué trucos ha aprendido ni qué trampas defensivas ha instalado. Mientras esté allí no me atrevo a atacarle; es demasiado valioso para correr el riesgo. Por lo que sabemos, puede haber programado este sitio para que estalle si alguien le apunta con una pistola. Tendrá que salir del laberinto por su propia voluntad, Ned, y eso significa que tendremos que engañarle con falsas promesas. Ya sé que es repugnante. A veces todo el universo hiede. ¿No lo habías notado?

- ¡No tiene que heder! - dijo Rawlings levantando la voz -. ¿Eso es lo que ha aprendido en todos esos años? El universo no hiede; ¡el hombre el que hiede! Y lo hace voluntariamente; ¡porque prefiere heder a oler bien! ¡No tenemos que mentir! ¡No tenemos que hacer trampas! Podríamos elegir el honor y la decencia y...

Rawlings se detuvo bruscamente. En un tono diferente dijo:

- Debo sonar horriblemente joven, ¿no es cierto, Charles?

- Tienes derecho a equivocarte - dijo Boardman -. La juventud es para eso.

- ¿De veras cree que hay una malevolencia cósmica en el universo?

Boardman juntó las puntas de sus dedos.

- Yo no diría eso. Creo que no hay un poder de las tinieblas rigiendo el universo, tal como creo que no hay un poder de la luz. El universo es una inmensa máquina impersonal. Mientras funciona, tiende a recargar algunas piezas menores y esas piezas se desgastan y al universo le importa un bledo, porque puede generar repuestos. No hay nada inmoral en el desgaste de unas piezas, pero tendrás que admitir que, desde el punto de vista de la pieza, es un pésimo negocio. Y sucedió que dos piecitas del universo chocaron cuando dejamos caer a Dick Muller en el planeta de los hidranos. Tuvimos que llevarle allí porque por nuestra naturaleza nos gusta averiguar cosas y ellos hicieron lo que hicieron porque el universo desgasta sus piezas y el resultado fue que Dick salió de Beta Hydri IV en mal estado. Lo cogió la maquinaria del universo y lo deshizo. Ahora tenemos un nuevo choque, igualmente inevitable, y tendremos que meter a Dick en la máquina por segunda vez. Es muy posible que lo deshagan nuevamente (y eso es repugnante) y para que eso pueda suceder tú y yo tendremos que manchar un poquito nuestras almas (y eso también es repugnante) y no tenemos la menor posibilidad de elegir. Si no nos comprometemos y tratamos de engañar a Dick Muller podemos estar poniendo en marcha un nuevo giro de la máquina que destruiría a toda la humanidad... y eso sería aún más repugnante. Te estoy pidiendo que hagas una cosa desagradable por buenas razones. Tú no quieres hacerlo y yo comprendo cómo te sientes; sólo estoy tratando de que entiendas que tu código moral personal no es siempre el factor más importante. En tiempo de guerra, un soldado tira a matar porque el universo le impone esa situación. Puede ser una guerra injusta y su hermano puede estar a bordo del barco al que apunta, pero la guerra es real y él tiene su papel.

- ¿Y dónde está el libre albedrío en su universo mecánico, Charles?

- No lo hay. Por eso digo que el universo hiede.

- ¿No tenemos ninguna libertad?

- La libertad de retorcernos un poco en el anzuelo.

- ¿Se ha sentido así durante toda su vida?

- Durante la mayor parte - dijo Boardman.

¿- ¿Cuándo tenía mi edad?

- Antes.

Rawlings desvió la mirada.

- Creo que está completamente equivocado, pero no voy a gastar saliva tratando de convencerle. Me faltan las palabras. Me faltan los argumentos. Y, de todos modos, no me escucharía.

- Creo que no, Ned. Pero podemos discutir eso en otro momento. Digamos, dentro de veinte años. ¿De acuerdo?

Tratando de sonreír, Rawlings dijo:

- Claro. Si no he muerto a fuerza de sentirme culpable por esto.

- No morirás.

- ¿Y cómo cree que podré vivir conmigo mismo después de que haya sacado a Muller de su concha?

- Espera y verás. Descubrirás que, en el contexto, hiciste lo que debías. O, por lo menos, lo menos malo. Créeme, Ned. Ahora te parece que tu alma quedará corroída para siempre por este trabajo, pero no será así.

- Ya veremos - dijo Rawlings en voz baja.

Boardman parecía más resbaladizo que nunca cuando se ponía paternal. Rawlings pensó que morir en el laberinto era la única forma de evitar esas ambigüedades morales, y cuando se dio cuenta de que estaba pensando eso, borró la idea, horrorizado. Miró fijamente a la pantalla.

- Entremos - dijo -. Estoy cansado de esperar.

Muller vio cómo se acercaban, sin comprender por qué se sentía tan tranquilo. Había destruido a ese robot sí, y después de eso habían dejado de enviar robots. Pero sus pantallas mostraban a los hombres que acampaban en las zonas exteriores. No podía ver sus rostros con claridad y no podía ver qué era lo que estaban haciendo allí. Contó alrededor de una docena; algunos estaban instalados en la zona E y un grupo algo mayor en F. Muller había visto morir a algunos en las zonas exteriores.

Disponía de medios de ataque. Si se lo proponía podía inundar la zona E, gracias al acueducto. Una vez lo había hecho, por accidente, y la ciudad había tardado casi un día entero en limpiarlo todo. Recordaba que, durante la inundación, la zona E había quedado sellada por muros de contención, para evitar que el agua se desbordara. Si los intrusos no se ahogaban en el primer momento, seguramente caerían en alguna de las trampas, a causa de la confusión. Muller también podía hacer otras cosas para evitar que llegaran a la ciudad interior.

Pero no hizo nada. Sabía que en el centro de su pasividad estaba el ansia de romper su aislamiento de tantos años. Por mucho que los odiara, por mucho que los temiera, por mucho que lo inquietara su intrusión, Muller permitió que los hombres se fueran aproximando a él. El encuentro era ya inevitable. Sabían que estaba allí. (¿Sabrían quién era?) Lo hallarían, para su desgracia y para la de Muller. Sabría si su largo exilio lo habría librado de su aflicción, si nuevamente era apto para convivir con otros seres humanos. Pero Muller ya sabía cuál sería la respuesta.

Había pasado casi un año con los hidranos, y luego, viendo que no estaba obteniendo nada, entró en su cápsula autopropulsora, se dirigió hacia los cielos y recuperó su nave, que giraba en órbita. Si los hidranos tenían una mitología, él formaría parte de ella.

Dentro de la nave, Muller realizó las operaciones que lo devolverían a la Tierra. Cuando comunicó su presencia al cerebro de la nave, se vio reflejado en el pulido metal del banco de datos y se asustó un poco. Los hidranos no usaban espejos. Muller vio en su cara unas profundas arrugas nuevas que no le preocupaban, y una extraña expresión en sus ojos que sí le preocupó. «Mis músculos están tensos», se dijo. Terminó de programar su retorno y fue hacia la cámara médica; allí ordenó una disminución de cuarenta db en su nivel neutral, junto con un baño caliente y un masaje completo. Cuando salió sus ojos seguían raros y, además, tenía un tic facial. Se deshizo del tic con facilidad, pero no pudo hacer nada para mejorar sus ojos.

«Los ojos no tienen expresión - dijo Muller - son los párpados los que se la dan. Mis párpados deben de estar contraídos porque estuve demasiado tiempo con el traje espacial puesto. Eso es, fueron unos meses muy duros, pero ahora me repondré.»

La nave devoró energía de la estrella donante que le correspondía. Los rotores de la nave giraron a lo largo de los ejes de la trayectoria hiperespacial y Muller, junto con su contenedor de plástico y metal, fue despedido fuera del universo por uno de los atajos. Aun en la trayectoria hiperespacial se experimenta una cierta cantidad de pérdida de tiempo absoluto mientras la nave

zumba por el surco del contínuum. Muller leyó, durmió, escuchó música y puso un cubo femenino cuando la necesidad creció. Se dijo que la rigidez de su expresión facial estaba desapareciendo, pero que quizá necesitaría una pequeña reforma cuando llegara a la Tierra. Aquella excursión había agregado algunos años a su aspecto.

No tenía nada que hacer. La nave salió de la trayectoria hiperespacial con toda puntualidad dentro de los límites prescritos, a 100.000 kilómetros de la Tierra; varias luces de colores se encendieron en su tablero de comunicaciones cuando la estación de tráfico más próxima pidió sus coordenadas. Muller ordenó a la nave que respondiera.

- Ajuste su velocidad con la nuestra, señor Muller, y le enviaremos un piloto para que lo lleve a la Tierra - dijo el controlador de tránsito.

La nave de Muller se ocupó de eso. La burbuja cobriza de la estación de tránsito se hizo visible. Flotó delante de Muller durante un tiempo, pero gradualmente, su nave se adelantó.

- Tenemos un mensaje de la Tierra para retransmitirle - dijo el controlador -. Es una llamada de Charles Boardman.

- Adelante - dijo Muller.

La cara de Boardman llenó la pantalla. Estaba sonrosado, saludable, bien descansado. Sonrió y extendió la mano.

- Dick - dijo -. Dios mío, ¡es estupendo verte de nuevo!

Muller activó el táctil y puso su mano sobre la muñeca de Boardman a través de la pantalla.

- Hola, Charles. Una posibilidad entre sesenta y cinco, ¿eh? Bueno, estoy de vuelta.

- ¿Llamo a Marta?

- Marta - dijo Muller, pensando durante un momento. Sí. La joven de cabellos azules, caderas ondulantes y talones afilados -. Sí. Llama a Marta. Sería muy agradable que me recibiera cuando aterrice. Los cubos femeninos no son tan emocionantes.

Boardman soltó una carcajada tipo «de hombre a hombre». Luego cambió repentinamente de tono y preguntó:

- ¿Cómo te fue?

- No muy bien.

- Pero ¿estableciste contacto?

- Sí, encontré a los hidranos. Y no me mataron.

- ¿Eran hostiles?

- No me mataron.

- Sí, pero...

- Estoy vivo, Charles - Muller sintió que el tic empezaba nuevamente -. No aprendí su lenguaje. No puedo decir si aprobaron mi presencia. Parecían muy interesados. Me estudiaron de cerca durante mucho tiempo. No dijeron una palabra.

- ¿Qué son? ¿Telépatas?

- No puedo decírtelo, Charles.

Boardman guardó silencio durante un rato.

- ¿Qué te han hecho, Dick?

- Nada.

- Eso no es cierto.

- Lo que estás viendo es fatiga de viaje - dijo Muller -. Estoy en buena forma; sólo que me siento algo nervioso. Quiero respirar aire de verdad y comer carne de verdad y beber cerveza auténtica y me gustaría tener compañía en la cama; entonces estaré tan bien como siempre. Y después, quizá te sugiera algunas maneras de entrar en contacto con los hidranos.

- ¿Cómo está el amplificador de tu sistema, Dick?

- ¿Qué?

- Tu voz llega con mucha fuerza - dijo Boardman.

- Será la estación retransmisora. Por Dios, Charles. ¿Qué importancia tiene el amplificador de mi sistema?

- No estoy seguro - dijo Boardman -. Estoy tratando de saber por qué me gritas.

- No estoy gritando - gritó Muller.

Poco después interrumpieron el contacto. La estación de tránsito comunicó a Muller que estaban listos para enviar al piloto. Dispuso la compuerta e hizo entrar al hombre. El piloto era un joven rubio, con rasgos aquilinos y piel pálida. En cuanto se quitó el casco, dijo:

- Me llamo Les Christiansen, señor Muller, y quiero decirle que para mí es un honor y un privilegio ser el piloto del primer hombre que visitó a una raza extraterrestre. Espero que no estaré cometiendo una falta de discreción si le digo que me gustaría que me contara algo mientras descendemos. Quiero decir que éste es un momento histórico, en cierta forma, ya que soy la primera persona que lo ve después de su viaje, y si no le parece una indiscreción, le agradecería que me hablara de... los momentos culminantes... de su... de...

- Supongo que puedo decirle algunas cosas - dijo Muller afablemente -. En primer lugar, ¿vio usted el cubo de los hidranos? Sé que iban a exhibirlo y...

- ¿Le importa que me sienta un momento, señor Muller?

- Claro que no. Bueno, entonces los vio, esos seres flacos y alargados, con tantos brazos...

- Me siento confuso - dijo Christiansen -. No sé qué me pasa.

Su cara estaba roja, súbitamente, y las gotas de sudor brillaban en su frente.

- Creo que me he puesto enfermo. Yo... esto no tendría que haber sucedido... - El piloto se derrumbó en una litera de amortiguación y quedó allí, encogido, tembloroso, cubriéndose la cabeza con las manos. Muller, cuya voz todavía sonaba áspera a causa de los largos silencios de su misión, dudó, sintiéndose impotente. Extendió el brazo para coger al piloto por el brazo y guiarlo hasta la cámara médica. Christiansen se soltó como si lo hubiese tocado un hierro al rojo. El movimiento le hizo perder el equilibrio y cayó en el piso de la cabina. Se puso de rodillas y se escurrió por el suelo, hasta que quedó a la mayor distancia posible de Muller. Preguntó ahogadamente -: ¿Dónde está?

- Allí, en esa puerta.

Christiansen corrió hacia allí, cerró la puerta y la sacudió para asegurarse. Muller, estupefacto, oyó las arcadas y luego algo que se parecía a sollozos. Estaba a punto de comunicar a la estación de tránsito que el piloto estaba enfermo cuando la puerta se entreabrió y Christiansen dijo con voz velada:

- ¿Podría alcanzarme mi casco, señor Muller?

Muller se lo dio.

- Voy a tener que volver a la estación, señor Muller.

- Siento mucho que haya tenido esta reacción. Dios mío, espero no estar contagiando alguna enfermedad.

- No estoy enfermo. Es que me siento... horrible. - Christiansen ajustó el casco en su sitio. - No entiendo. Tengo ganas de acurrucarme y llorar. Por favor, señor Muller, déjeme partir. Es... yo... quiero decir... ¡es espantoso! ¡Eso es lo que siento!

Corrió hacia la compuerta. Desconcertado, Muller lo vio atravesar el vacío hacia la estación de tránsito.

Fue a la radio.

- Será mejor que no envíe otro piloto inmediatamente - dijo Muller al controlador -. Christiansen sufrió un ataque de peste instantánea en cuanto se quitó el casco. Puedo tener algún microbio. Será mejor comprobarlo.

El controlador estuvo de acuerdo; parecía preocupado. Pidió a Muller que fuera a la cámara médica, conectara el diagnosticador y transmitiera su informe. Unos momentos después la solemne cara color chocolate del médico de la estación apareció en la pantalla de Muller y dijo:

- Esto es muy raro, señor Muller.

- ¿Qué es lo raro?

- He hecho pasar la transmisión de su diagnosticador por nuestra máquina. No hay síntomas extraños. También revisé a Christiansen y no pude averiguar nada. Ahora se encuentra muy bien, según dice. Me dijo que sufrió una depresión aguda en el momento en que le vio y que se volvió cada vez más fuerte, hasta que llegó a una especie de parálisis metabólica. Quiero decir que estaba tan deprimido que ya no funcionaba.

- ¿Está sujeto a esos ataques?

- No - replicó el médico -. Nunca. Me gustaría comprobar esto personalmente. ¿Puedo ir a su nave?

El médico no se acurrucó llorando como Christiansen. Pero tampoco se quedó mucho tiempo, y cuando se marchó sus ojos estaban llenos de lágrimas. Parecía tan desconcertado como Muller. Cuando llegó un nuevo piloto, veinte minutos más tarde, no se quitó el traje y el casco mientras programaba la nave para un descenso planetario. Sentado rígidamente ante los controles, dando la espalda a Muller, actuó como si éste no estuviera presente y no le dirigió la palabra. Tal como indicaban las leyes, hizo descender la nave hasta que su sistema de conducción pudo ser controlado por un regulador de aterrizajes situado en tierra. Luego se marchó. Muller vio su cara tensa y sudorosa, sus labios apretados. El piloto lo saludó brevemente con la cabeza y desapareció por la compuerta. «Debo de oler muy mal - pensó Muller -, si puede olerme a través del casco. »

El aterrizaje fue rutinario.

En el astropuerto pasó rápidamente por inmigración. A la tierra sólo le llevó media hora decidir que era aceptable, y Muller, que había pasado cientos de veces por estos bancos de datos, supuso que estaba muy cerca del récord. Había temido que el gigantesco diagnosticador del astropuerto descubriera alguna enfermedad que su propio equipo y el médico de la estación de

tránsito no hubiesen podido encontrar, pero pasó por las entrañas de la máquina, permitiéndole hacer sondeos sónicos de sus riñones y extraer moléculas de sus varios fluidos corporales, y, finalmente, emergió sin que sonaran timbres y se encendieran luces de alarma. Aprobado. Habló con la máquina. «¿De dónde, viajero? ¿Hacia dónde?» Aprobado. Sus papeles estaban en orden. Una ranura de la pared se ensanchó hasta transformarse en una puerta y pasó por ella para enfrentarse con seres humanos, por primera vez desde el aterrizaje.

Boardman había acudido a recibirle. Marta estaba con él. Boardman estaba enfundado en un grueso ropaje marrón, adornado con metal opaco; parecía estar cargado de anillos y sus cejas melancólicas eran tupidas como un musgo tropical. Los cabellos de Marta eran cortos y verde mar; había plateado sus ojos y dorado la esbelta columna de su cuello, de modo parecía una estatuilla de sí misma. Recordándola desnuda y mojada al salir del lago cristalino, Muller no aprobó esos cambios. No creía que hubiesen sido hechos en beneficio suyo. Sabía que a Boardman le gustaban las mujeres muy adornadas; era posible que hubiesen dormido juntos durante su ausencia. Muller se hubiese sorprendido (y no poco) si no hubiese sido así.

La mano de Boardman rodeó la muñeca de Muller en un gesto de bienvenida que, increíblemente, se aflojó enseguida. La mano lo soltó antes de que Muller pudiera devolver el apretón.

- Me alegro de verte, Dick - dijo Boardman sin convicción, retrocediendo unos pasos. Sus mejillas parecieron hundirse, como si estuviera sometido a una fuerte gravedad. Marta se deslizó entre ellos y se apretó contra él. Muller la abrazó, tocando sus omóplatos y deslizando rápidamente las manos hasta sus delgadas nalgas. No la besó. Sus ojos lo encandilaron cuando los miró y sintió que se perdía en una serie de reflejos. La nariz de Marta se dilató. A través de su piel sintió que los músculos se contraían. Estaba tratando de liberarse de su abrazo.

- Dick - murmuró -. He rezado por ti cada noche. No sabes cuánto te he echado de menos.

Marta trataba de liberarse con más fuerza. Él movió las manos hasta sus caderas y las empujó hacia adelante, con tanta fuerza que pudo imaginar su pelvis cediendo y flexionándose. Sus piernas temblaban y pensó que si la soltaba se caería. Ella volvió la cabeza a un lado. Él puso su mejilla sobre su delicada oreja.

- Dick - murmuró ella -, me siento tan rara... estoy tan contenta de verte que me siento rara por dentro... suéltame, Dick. M estómago está mal...

Sí. Sí. Claro. La soltó.

Boardman, sudoroso, nervioso, secó su cara con un pañuelo, se inyectó alguna droga calmante, se movió intranquilo, se paseaba. Muller nunca lo había visto así antes.

- Bueno, supongo que os dejaré solos un rato, ¿eh? - sugirió Boardman; su voz era media octava más alta que de costumbre -. Este tiempo no me siento bien, Dick. Hablaré contigo. Te he reservado habitaciones.

Boardman huyó. Muller empezó a sentir pánico.

- ¿Adónde vamos? - preguntó.

- Hay góndolas de transporte ahí fuera. Tenemos una habitación en el hotel del astropuerto. ¿Tienes equipaje?

- Todavía está en la nave - respondió Muller -. Puede esperar.

Marta se mordía el labio inferior. La tomó de la mano y fueron en la alfombra hasta las góndolas de transporte. «Vamos - pensó -. Dime que no te sientes bien. Dime que, misteriosamente, has enfermado en los últimos diez minutos. »

- ¿Por qué te cortaste los cabellos? - preguntó.

- Es una prerrogativa femenina. ¿No te gusto así?

- No tanto - entraron en la góndola -. Más largos y más azules eran como el mar en un día de tormenta.

La góndola se puso en marcha en medio de una nube de mercurio. Ella se mantenía apartada, pegada a la portezuela.

- Y el maquillaje tampoco. Lo siento mucho, Marta; ojalá me gustara.

- Me había embellecido para recibirte.

- ¿Por qué te haces eso en el labio?

- ¿Que estoy haciendo?

- Nada - dijo él -. Aquí estamos. ¿La habitación está reservada?

- Sí; a tu nombre.

Entraron. Él puso su mano sobre la placa de inscripción, que lanzó un destello verde, y se dirigieron al ascensor. El hotel comenzaba en el quinto subnivel del astropuerto y tenía cincuenta subniveles más; su habitación estaba casi en el fondo. El mejor emplazamiento, pensó él; quizá fuera la suite nupcial. Entraron en una habitación provista de cortinajes caleidoscópicos y una amplia cama con toda clase de accesorios. El resplandor que iluminaba el cuarto era sugestivamente tenue. Muller pensó en sus meses de cubos femeninos y sintió una, salvaje palpitación en las ingles. Sabía que no era necesario explicar nada a Marta. Ella entró en el cuarto personal y se quedó allí durante un largo rato. Muller se desvistió.

Cuando salió, estaba desnuda. Todo el maquillaje había desaparecido y sus cabellos habían vuelto a ser azules.

- Como el mar - dijo -. Siento no haber podido hacerlos crecer. El cuarto no está programado para eso.

- Te queda mucho mejor así - dijo él.

Estaban a diez metros de distancia. Marta estaba de perfil y él estudió los contornos de sus formas frágiles y fuertes, los pechos que se curvaban hacia arriba, las nalgas de muchachito, las elegantes caderas.

- Los hidranos - dijo - tienen o cinco sexos o ninguno. No estoy seguro. Eso te dará una idea de lo poco que pude saber acerca de ellos mientras estaba allí. Pero, lo hagan como lo hagan, estoy seguro que los humanos se divierten más. ¿Por qué te quedas ahí?

En silencio, Marta se acercó a él. Muller la tomó por los hombros y ahuecó la mano sobre uno de sus pechos. En otras ocasiones, cuando hacía eso, sentía el pezón, duro como una piedra a causa del deseo. Ahora, no. Ella tembló como una yegua asustada a punto de desbocarse. La besó y los labios de la joven estaban secos, apretados, hostiles. Cuando acarició la delicada línea de su mandíbula, pareció estremecerse. La impulsó hacia abajo y quedaron sentados juntos en la cama. La mano de Marta lo tocó, como sin ganas.

Él vio el sufrimiento en sus ojos.

Ella se apartó de él, golpeando la cabeza con fuerza contra la almohada y él vio como se contraía su cara a causa de un dolor que era casi imposible de disimular. Luego lo tomó de las manos y tiró acercándole a ella. Levantó las rodillas y separó los muslos.

- Tómame, Dick - dijo con tono teatral -. ¡Ahora mismo!

- ¿Por qué tanta prisa?

Ella trató de obligarle a ponerse sobre ella, dentro de ella. Pero Muller no quería hacerlo de esa forma; se soltó y se sentó. La chica estaba roja y había lágrimas en su cara. Él sabía ya todo lo que tenía que saber, pero no pudo menos que preguntar.

- Dime qué sucede, Marta.

- No lo sé.

- Actúas como si te sintieras mal.

- Creo que me siento mal.

- ¿Cuándo empezaste a sentirte así?

- Yo..., oh, Dick, ¿por qué tantas preguntas? Por favor, querido, ven aquí.

- Tú no quieres eso. En realidad no. Estás siendo bondadosa.

- Estoy tratando de hacerte feliz, Dick. Duele..., duele tanto...

- ¿Qué es lo que duele?

Ella no quiso responder. Con un ademán lascivo, tiró de él nuevamente. Muller se alejó de la cama.

- Dick, Dick, ¡te advertí que no fueras! Te dije que podía ver un poco del futuro. Y que, además de morir, te podían pasar otras cosas.

- Dime qué es lo que te hace daño.

- No puedo. No lo sé.

- Estás mintiendo. ¿Cuándo empezó?

- Esta mañana cuando desperté.

- Esa es otra mentira. ¡Quiero saber la verdad!

- Hazme el amor, Dick. No puedo seguir esperando. Yo...

- Tú ¿qué?

- No puedo... soportar...

- ¿Qué es lo que no puedes soportar?

- Nada, nada. - Ella también se había levantado y se restregaba contra él como una gata en celo, temblando. Los músculos de su cara se contraían y sus ojos tenían una mirada extraviada.

Muller la cogió por las muñecas y las apretó.

- Dime qué es lo que no puedes soportar, Marta. Ella emitió un sonido entrecortado. Él apretó más fuerte. Ella se echó hacia atrás, la cabeza colgante, los pechos apuntando hacia el cielo raso. Su cuerpo brillaba de sudor. Su desnudez lo irritaba y lo excitaba.

- Dímelo. No puedes soportar...

- Estar cerca de ti.

Dentro del laberinto el aire parecía un poco más cálido y suave. «Seguramente los muros detienen el viento», pensó Rawlings. Andaba con cuidado, oyendo la voz que murmuraba en su oído:

«Gire a la izquierda... tres pasos... ponga el pie derecho junto a la franja negra que hay en el suelo gire a la izquierda cuatro pasos gire noventa grados a la derecha gire de nuevo noventa grados a la derecha. »

Era como un juego de niños; si pisas la raya, pierdes. Sólo que el riesgo era mayor. Se movía cautelosamente, sintiendo que la muerte arañaba sus tobillos. ¿Qué clase de gente habría construido aquel lugar? Delante de él, un chorro de energía brotó en medio de la senda. El ordenador midió el tiempo. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¡adelante!» Rawlings avanzó.

A salvo.

Al otro lado se detuvo, resuelto, y miró hacia atrás. Boardman no perdía terreno; la edad no lo había vuelto lento. Boardman saludó agitando el brazo y sonrió. Avanzó, siguiendo las indicaciones. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco, ¡adelante!» Boardman atravesó el lugar del chorro de energía.

- ¿Quiere detenerse aquí un momento? - preguntó Rawlings.
- No trates al viejecito con condescendencia, Ned. Sigue adelante. Aún no me he cansado.
- Nos espera un avance muy difícil.
- Bueno; hagámoslo, entonces.

Rawlings no podía dejar de mirar los huesos, esqueletos resecaos, muy antiguos, y algunos cuerpos que no eran nada viejos.

«¿Y si dentro de diez minutos estoy muerto?» Ahora había unas luces brillantes que se encendían y se apagaban muchas veces por segundo. Boardman, cinco metros más atrás, se transformó en una figura irreal que se movía dando pasos incoherentes. Rawlings se pasó la mano por la cara, tratando de ver los espasmódicos movimientos. Era como si una fracción de cada segundo hubiese sido suprimida de su conciencia.

El ordenador le dijo: «Camine diez pasos y deténgase. Uno. Dos. Tres. Camine diez pasos y deténgase. Uno. Dos. Tres. Siga rápidamente hasta el final de la rampa. »

Rawlings no recordaba qué le sucedería si no medía el tiempo con precisión. En la zona H, las pesadillas eran tan espantosas que no había podido fijarlas en su mente. ¿Era aquél el lugar donde una tonelada de roca caía sobre los descuidados? ¿El lugar donde se juntaban las paredes? ¿Dónde un elegante puente que no existía dejaba caer a sus víctimas en un lago de ácido?

Su esperanza de vida, en aquel momento, era de unos doscientos cinco años. Quería aprovechar esos años. «Soy demasiado poco complicado para morir», pensó Ned Rawlings.

Bailó a los sonos de la melodía del ordenador, atravesó el lago de fuego, las paredes que se juntaban.

Algo que tenía unos dientes muy largos estaba encaramado en el dintel de una puerta. Cuidadosamente, Charles Boardman sacó la pistola de su mochila y conectó el buscador de blancos próximos. Lo programó para treinta kilos de peso y una distancia de cincuenta metros.

- Ya lo tengo - dijo a Rawlings -. Y disparó.

El bólido de energía se estrelló contra la pared. Unas trémulas listas verdes brotaron junto al rojo profundo. La bestia saltó, con las patas estiradas en una agonía definitiva, y cayó. Unos animalitos pequeños de los que se alimentan de carroña aparecieron y comenzaron a desgarrarlo.

Boardman soltó una carcajada. Tenía que admitir que no hacía falta mucha habilidad para cazar con aquellas armas programadas. Pero hacía mucho tiempo que no cazaba. Cuando tenía treinta años había pasado una larga semana en la reserva del Sahara; era el miembro más joven de un grupo de ocho hombres de negocios y asesores del gobierno. Había participado en la cacería por la utilidad política del viaje. No le había gustado nada: ni el aire húmedo en su nariz, ni el brillo del sol, ni las bestias de color pardo muertas sobre la arena, ni las jactancias, ni la inútil carnicería. A los treinta años, uno no es muy tolerante con los irresponsables deportes de la gente madura. Pero se había quedado porque pensó que su amistad con esos hombres podía serle útil. Y había sido útil. Nunca más había cazado. Pero esto era diferente, aun con buscadores de blancos. Esto no era deporte.

Las imágenes jugaban en una pantalla dorada sujeta a una pared en el extremo interno de la zona H. Rawlings vio cómo el rostro de su padre tomaba forma, se unía con otro dibujo de barras y cruces y se incendiaba. La pantalla se alimentaba del exterior; mostraba lo que había en el ojo que la miraba. Los robots, al pasar por allí, no habían visto más que una pantalla lisa. Rawlings vio aparecer el rostro de una chica. Maribeth Chambers, dieciséis años, estudiante del colegio de Nuestra Señora de la Merced, Rockford, Illinois. Maribeth Chambers sonrió tímidamente y empezó a quitarse la ropa. Sus cabellos eran sedosos y suaves como una nube de oro; sus ojos, azules, y sus labios, redondeados y húmedos. Desenganchó su controlador de pecho y reveló dos globos blancos, firmes y erguidos, coronados por puntas del color de las llamas. Eran altos y estaban juntos, como si la gravedad no los afectara, y el valle que había entre ambos tenía quince centímetros de profundidad y un milímetro de anchura. Maribeth Chambers se sonrojó y descubrió la parte inferior de su cuerpo. Llevaba unos granates en los hoyuelos que se formaban justo encima de sus nalgas rosadas. Un crucifijo de marfil colgaba de una cadena dorada que rodeaba sus caderas. Rawlings trató de no mirar la pantalla. El ordenador dirigía sus pasos; avanzó, obediente, arrastrando los pies.

- Soy la Resurrección y la Vida - dijo Maribeth Chambers con voz sensual y apasionada.

Le llamó con la punta de tres dedos. Le hizo un guiño íntimo. Canturreó dulces obscenidades.

- ¡Vuelve aquí, guapo! Verás cómo te haré pasar un buen rato...

Maribeth rió. Se retorció. Levantó los hombros y sacudió sus pechos como si fueran campanas doblando.

Su piel se volvió verde oscuro y sus ojos se deslizaron por la cara. Su labio inferior se estiró, como una pala. Sus caderas empezaron a derretirse. Unos dibujos ígneos danzaron en la pantalla. Rawlings oyó unos acordes profundos y vibrantes que provenían de un órgano invisible. Escuchó el susurro del cerebro que le guiaba y pasó frente a la pantalla sin sufrir daños.

4

La pantalla mostraba dibujos abstractos: una geometría de poder, rígidas líneas que avanzaban y figuras inmóviles. Charles Boardman se detuvo un momento, para admirarlas. Luego, siguió adelante.

5

Un bosque de cuchillos que giraban, cerca del borde interno de la zona H.

6

El calor se volvió extrañamente intenso. Había que caminar de puntillas sobre el pavimento. Eso era inquietante, porque ninguno de los que habían pasado por allí lo había experimentado. ¿Acaso el camino variaba? La ciudad, ¿podría crear variantes? ¿Cuánto subiría la temperatura? ¿Dónde terminaría la zona cálida? Luego, ¿haría frío? ¿Llegarían vivos a la zona E? ¿Estaría Richard Muller haciendo esto para detenerles?

7

«Quizá ha reconocido a Boardman y está tratando de matarle. Es una posibilidad. Muller tiene todas las razones para odiar a Boardman y no ha tenido la oportunidad de ser sometido a un ajuste social. Quizá debería moverme más velozmente y dejar más espacio entre Boardman y yo. Me parece que hace más calor. Pero, por otra parte, él me acusaría de cobarde. Y desleal.

»Maribeth Chambers nunca hubiera hecho esas cosas.

»¿Las monjas siguen afeitándose la cabeza?»

8

A Boardman le pareció que la pantalla distorsionadora de la zona G era quizá lo peor de todo. Los peligros no le atemorizaban; Marshall era el único que no había podido sobrevivir a la pantalla. Lo que le inspiraba temor era entrar en un lugar donde los datos de sus sentidos no corresponderían al universo real. Boardman dependía de sus sentidos; ya iba por su tercer juego

de retinas. No se puede hacer una buena evaluación del universo si no se tiene la seguridad de verlo con claridad.

Ahora estaba dentro del campo de la pantalla de distorsión.

Las líneas paralelas se juntaban. Las figuras triangulares pintadas en las paredes húmedas y temblorosas tenían todos los ángulos obtusos. Un río corría de lado a través del valle. Las estrellas estaban muy cerca y las lunas giraban unas alrededor de otras.

«Lo que debemos hacer ahora es cerrar los ojos, para no ser engañados. »

«Pie izquierdo. Pie derecho. Pie izquierdo. Pie derecho. Muévase ligeramente hacia la izquierda..., deslice su pie. Más. Más. Un poco más. Retroceda hacia la derecha. Así. Eche a andar de nuevo. »

La fruta prohibida lo tentaba. Toda su vida se había esforzado por ver con claridad. El atractivo de la distorsión era irresistible. Boardman se detuvo apoyándose con firmeza en los dos pies. «Si quieres salir vivo de esto - se dijo -, mantendrás los ojos cerrados. Si abres los ojos te confundirás y morirás. No tienes derecho a morir como un tonto, después de que tantos hombres lucharon tan duramente para enseñarte la forma de sobrevivir. »

Boardman se mantuvo inmóvil. La voz silenciosa del ordenador intentó agujonearlo, sonando como una avispa.

- Espera - dijo Boardman en voz baja -. Si no me muevo puedo echar un vistazo. Lo importante es eso: no moverse. Si no te mueves no puedes meterte en líos.

El cerebro de la nave le recordó el géiser de llamas que había causado la muerte de Marshall.

Boardman abrió los ojos.

Se cuidó de no moverse. A su alrededor vio la negación de la geometría. Era como el interior de la botella de Klein, mirando hacia afuera. El rechazo se levantó en su interior como una columna vertebral.

«Tienes ochenta años y sabes qué aspecto debe tener el universo. Ahora cierra los ojos, Charles. Cierra los ojos y sigue andando. Estás corriendo riesgos innecesarios. »

Primero buscó a Ned Rawlings. El chico estaba veinte metros más adelante, arrastrándose lentamente frente a la pantalla. ¿Con los ojos cerrados? Miró. Los dos. Ned era un chico obediente. O asustado. «Quiere sobrevivir a esto y prefiere no saber cómo es el universo visto en una pantalla de distorsión. Me hubiera gustado tener un hijo como él. Pero a estas alturas le hubiera modificado. »

Boardman empezó a levantar la pierna derecha, pero se contuvo y volvió a apoyarla. Ante él unas pulsaciones de luz dorada saltaban en el aire tomando ahora la forma de un cisne, ahora la de un árbol. El hombro izquierdo de Ned Rawlings estaba demasiado alto. Su espalda tenía una joroba. Una de sus piernas se movía hacia adelante y la otra hacia atrás. A través de nieblas doradas, Boardman vio el cadáver de Marshall clavado en la pared. En Lemnos, ¿no habría bacterias? Los ojos de Marshall estaban muy abiertos. Mirando esos ojos, Boardman vio su propio reflejo curvado. Sin nariz, sin boca. Cerró los ojos.

El ordenador le dijo que avanzara.

Un mar de sangre. Una copa de linfa.

10

Morir sin haber amado...

11

Esta es la entrada de la zona F. Estoy abandonando otro reino de la muerte. ¿Dónde está tú pasaporte? ¿Necesito un visado? No tengo nada que declarar. Nada. Nada. Nada. »

3

Un viento frío que sopla desde el...

7

«Los muchachos que están acampados en F iban a venir a recibirnos y a conducirnos hasta allí. Espero que no se molesten. Podemos hacerlo sin necesidad de ellos. Tenemos que sobrepasar la pantalla y luego ya está. »

5

«He soñado tan a menudo con este camino. Y ahora lo odio, aunque es hermoso. No hay más remedio que reconocerlo: es hermoso. Y probablemente parece más hermoso aún justo antes de matarte. »

«Los muslos de Maribeth tienen bultitos en la carne. Antes de cumplir treinta años será una gorda. »

10

«Uno hace toda clase de cosas en una carrera. Podría haberme detenido hace mucho. Nunca he leído a Rousseau. Nunca tuve tiempo para Donne. No sé nada de Kant. Si vivo, los leeré. Hago esta promesa sano de cuerpo y alma, a los ochenta años de edad, yo Ned Rawlings leeré yo Richard Muller lo haré yo yo leeré yo Charles Boardman. »

13

14

Al otro lado de la entrada, Rawlings se detuvo en seco y preguntó al ordenador si podía ponerse en cuclillas y descansar un poco. El cerebro dijo que sí. Cuidadosamente, Rawlings se agachó, se balanceó un momento sobre los talones y apoyó una rodilla sobre el fresco pavimento de piedra. Miró hacia atrás. Detrás de él, unos bloques de piedra colosales, unidos sin cemento y perfectamente ajustados, formaban un montón de cincuenta metros de altura, franqueando una abertura alta y estrecha por donde pasaba en ese momento Charles Boardman. Boardman parecía sudoroso y aturdido; eso le resultó fascinante a Rawlings. Nunca le había visto perder su aire de complacencia antes. Pero antes nunca habían entrado en el laberinto.

Rawlings tampoco se sentía muy bien. Había venenos metabólicos hirviendo en los tubos y canales de su cuerpo. Estaba tan empapado por el sudor que sus ropas trabajaban horas extra para extraerlo, destilando la humedad y volatilizándolo el substrato de componentes químicos. Era demasiado pronto para alegrarse. Brewster había muerto allí, en la zona F, pensando que sus problemas habían terminado después de sortear los peligros de G. Bueno; habían terminado.

- ¿Descansando? - preguntó Boardman. Su voz parecía débil y fuera de tono.

- ¿Por qué no? He trabajado muy duro, Charles. - Rawlings sonrió de manera poco convincente -. Usted también. El ordenador dice que podemos quedarnos aquí un rato. Le haré sitio.

Boardman se puso a su lado y se agachó. Rawlings tuvo que sostenerle mientras se balanceaba antes de arrodillarse.

- Muller entró solo por aquí y lo consiguió - dijo Rawlings.

- Muller siempre fue un hombre extraño.

- ¿Cómo cree que lo habrá hecho?

- ¿Por qué no se lo preguntas a él?

- Pienso hacerlo - dijo Rawlings -. Quizá mañana esta hora, estaré hablando con él.

- Ahora tendríamos que seguir andando.

- Como quiera.

- Pronto vendrán a recibirnos. Ya deben de tener imágenes nuestras. Debemos de estar apareciendo en sus detectores de masa. Arriba, Ned. Arriba.

Se pusieron de pie. Una vez más, Rawlings tomó la delantera.

En la zona F las cosas eran menos desordenadas, pero también menos atractivas. El tono que prevalecía en la arquitectura era regular, con una línea confusa que generaba una tensión, como un grupo de objetos mal ordenados. Aunque sabía que allí había menos trampas, Rawlings seguía teniendo la sensación de que la tierra podía abrirse bajo sus pies en cualquier momento. Allí el aire era más fresco; tenía el mismo gusto cortante que el aire de la llanura abierta. En cada una de las esquinas se levantaban enormes tubos de cemento en los que crecían plantas plumosas y dentadas.

- ¿Qué parte le ha parecido la peor, hasta ahora? - preguntó Rawlings.

- La pantalla de distorsión - respondió Boardman.

- Eso no fue tan malo, a menos que uno se sienta raro andando por un lugar peligroso con los ojos cerrados. ¿Sabe? Uno de esos tigres pequeñitos podría haber saltado sobre nosotros y no nos hubiésemos enterado hasta sentir sus dientes.

- Yo miré un poco - dijo Boardman.

- ¿En la zona distorsionada?

- Sólo un momento. No pude resistirlo, Ned. No trataré de describir lo que vi, pero fue una de las experiencias más extrañas de mi vida.

Rawlings sonrió. Hubiese querido felicitar a Boardman por haber hecho algo tonto, peligroso y humano, pero no se atrevió. Dijo:

- ¿Qué hizo? ¿Se quedó quieto, miró y luego siguió andando? ¿Corrió algún peligro serio?

- Una vez. Me distraje y empecé a dar un paso, pero no seguí. Mantuve los pies inmóviles y miré a mí alrededor.

- Quizá lo intente, cuando salgamos - dijo Rawlings -. Una miradita no me hará daño.

- ¿Cómo sabes que la pantalla actúa en la dirección opuesta?

Rawlings frunció el ceño.

- Nunca lo pensé. Todavía no hemos intentado salir del laberinto. ¿Y si la salida es completamente distinta? No tenemos diagramas en esa dirección. ¿Y si nos atrapa al salir?

- Usaremos las sondas de nuevo - dijo Boardman -. No te preocupes por eso. Cuando estemos listos para salir, traeremos unas cuantas sondas al campamento de la zona F y revisaremos el camino de la misma manera que cuando entramos.

Después de un momento, Rawlings dijo:

- De todos modos, ¿por qué tendría que haber trampas en el camino de salida? Eso significaría que los constructores del laberinto estaban encerrándose, además de cerrando el paso a los enemigos. ¿Por qué iban a hacer eso?

- ¡Quién sabe, Ned! Eran extraños.

- Sí. Extraños.

15

Boardman recordó que la charla no estaba completa. Trató de ser afable; eran camaradas que afrontaban un peligro.

- ¿Cuál ha sido la peor parte para ti? - preguntó.

- La otra pantalla, la más alejada - dijo Rawlings -. La que refleja todas las cosas bajas e inmundas que hay dentro de la mente de uno.

- ¿Qué pantalla es ésta?

- Está a la entrada de la zona H. Es una pantalla dorada que está sujeta a la pared por listones de metal. La miré y durante un par de segundos vi a mi padre. Luego vi a una chica que conocía, una chica que se hizo monja. En la pantalla, se quitó la ropa. Supongo que eso quiere decir algo acerca de mi subconsciente, ¿eh? Un pozo de víboras. ¿Y quién no?

- Yo no ví nada de eso.

- No puede haberla pasado por alto. Estaba..., bueno, a unos cincuenta metros del sitio en que usted mató el primer animal. Un poco a la izquierda, a la mitad de la altura de la pared, una pantalla rectangular (en realidad era trapezoidal), con bordes de metal brillante y colores que se mueven y formas...

- Sí; eso es. Formas geométricas.

- Yo vi a Maribeth desvistándose - dijo Rawlings, que parecía desconcertado -. ¿Y usted vio formas geométricas?

16

La zona F también podía ser letal. Una pequeña burbuja irisada se abrió en el suelo y un torrente de bolitas centelleantes salieron rodando. Corrían hacia Rawlings. Se movían con la maligna decisión de un torrente de hormigas hambrientas. Picaban como agujijones. Pisó una buena cantidad, pero a causa de su irritación y su fervor, casi se acercó demasiado a una luz azul que destelló súbitamente. Pateó tres bolitas hacia la luz y se disolvieron.

17

Boardman ya estaba hasta la punta de los pelos.

18

El tiempo que había transcurrido desde su entrada en el laberinto era sólo de una hora y cuarenta y ocho minutos, aunque pareciera mucho más. La ruta que atravesaba la zona F conducía a una habitación de paredes color rosa, donde unos chorros de vapor surgían de aberturas ocultas. En el extremo más alejado de la habitación había una ranura irisada. Y si no se pasaba por ella en el momento justo, uno era aplastado. La ranura daba acceso a un pasaje largo, cubierto por una bóveda baja, opresivamente caliente y estrecho, cuyas paredes eran color rojo sangre y latían de una forma muy desagradable. Más allá del pasaje había una plaza en la que seis láminas de metal blanco se mantenían en equilibrio sobre un extremo, como espadas que aguardaran. Una fuente arrojaba un chorro de agua a cien metros de altura. Flanqueando la plaza había tres torres con muchas ventanas, todas de diferentes tamaños. Unos reflectores prismáticos proyectaban luces contra las ventanas. Ninguna ventana estaba rota. En los escalones de una de las torres yacía el esqueleto articulado de una criatura que medía cerca de diez metros. La burbuja de lo que, indudablemente, había sido un casco espacial cubría su cráneo.

19

Alton, Antonelli, Cameron, Greenfield y Stein constituían el campamento de la zona F, la base auxiliar del grupo que iba a la vanguardia. Antonelli y Stein retrocedieron hasta la plaza que había en el medio de F y encontraron allí a Rawlings y Boardman.

- Es sólo un trecho - dijo Stein -. ¿No quiere descansar unos minutos, señor Boardman?

Boardman le miró ceñudo. Siguieron avanzando.

- Davis, Ottavio y Reynolds pasaron a E esta mañana, cuando Alton, Cameron y Greenfield llegaron aquí - dijo Antonelli -. Petrocelli y Walker están haciendo un reconocimiento en el borde interno de E y mirando un poco hacia D. Dicen que tiene mucho mejor aspecto.

- Si entran, les haré desollar - dijo Boardman.

Antonelli sonrió preocupado.

La base auxiliar consistía en un par de cúpulas de metal, instaladas una junto a otra en un pequeño espacio abierto, junto a un jardín. El lugar había sido revisado a fondo y suponían que no habría sorpresas desagradables. Rawlings entró en una de las cúpulas y se quitó los zapatos. Cameron le alcanzó un limpiador. Greenfield le dio un paquete de comida. Rawlings se sentía incómodo entre aquellos hombres. No habían tenido las oportunidades que la vida le había proporcionado a él. No habían recibido una buena educación. No vivirían tanto como él, aun si podían evitar los peligros a que estaban expuestos. Ninguno de ellos tenía cabellos rubios, ni ojos azules, y posiblemente carecían de los medios necesarios para pagarse una reforma que les proporcionara esos atributos. Y sin embargo, parecían contentos. Quizá era porque nunca habían tenido que detenerse a considerar las implicaciones morales de atraer a Richard Muller fuera del laberinto.

Boardman entró en la cúpula. Rawlings estaba asombrado; el anciano era incansable. Boardman dijo, riendo:

- Díganle al capitán Hosteen que perdió su apuesta. Hemos llegado.

- ¿Qué apuesta? - preguntó Antonelli.

- Creemos que, de algún modo, Muller debe de estar rastreándonos - dijo Greenfield -. Sus movimientos son muy regulares. Ahora está en el cuadrante posterior de la zona A, en el lugar más apartado de la entrada... Si es que ésa es la entrada que usa... y se desplaza en un pequeño arco con respecto a la patrulla que avanza.

- Hosteen apostó tres a uno a que no llegaríamos aquí; yo lo oí - dijo Boardman -. ¿Cree que Muller puede estar usando algún tipo de sistema de observación?

- Es bastante posible.

- ¿Que sirva para ver caras?

- Quizá, por momentos. No podemos estar seguros. Ha tenido mucho tiempo para aprender a usar este laberinto, señor.

- Si ve mi cara podemos irnos a casa - dijo Boardman -. Nunca pensé que podría estar observándonos. ¿Quién tiene los termoplásticos? Necesito una cara nueva. Y rápido.

No intentó dar explicaciones. Pero, cuando terminó, tenía una nariz larga y puntiaguda, labios finos y curvados hacia abajo y un mentón de bruja. No era un rostro atractivo. Pero tampoco era el rostro de Charles Boardman.

21

Después de una noche de sueño intranquilo, Rawlings se preparó para seguir hasta el campamento de la zona E. Boardman no iría con él, pero estarían permanentemente en contacto directo. Boardman vería lo que viera Rawlings y podría darle instrucciones en voz baja.

La mañana era seca y ventosa. Probaron los circuitos de comunicación. Rawlings salió de la cúpula y se alejó diez pasos. Iba solo, hacia dentro y contemplando el brillo anaranjado de la luz del día en los muros aporcelanados y picados por la viruela que había ante él. Los muros parecían de un negro profundo, recortados contra el verde lustroso del cielo.

Boardman dijo:

- Levanta la mano derecha si me oyes, Ned. Rawlings levantó la mano derecha - Ahora hálame.

- ¿Dónde dijo que había nacido Richard Muller?

- En la Tierra. Te oigo muy bien.

- ¿En qué parte de la Tierra?

- En algún lugar del Directorio Norteamericano.

- Yo soy de allí - dijo Rawlings.

- Sí, lo sé. Creo que Muller es de la zona occidental del continente, pero no estoy seguro. He pasado poco tiempo en la Tierra y no recuerdo bien la geografía. Si es importante, puedo hacer que la nave lo averigüe.

- Más adelante - dijo Rawlings -. ¿Me pongo en marcha?

- Primero escúchame. Hemos estado muy ocupados entrando en este sitio y no quiero que olvides que todo lo que hemos hecho hasta este momento son los preliminares de nuestro verdadero propósito. Estamos aquí por Muller; recuérdalo.

- ¿Cómo voy a olvidarlo?

- Hemos estado preocupados por problemas de supervivencia personal y eso puede distorsionar tu perspectiva: personal, ¿vivirás o morirás? Ahora debemos usar un criterio más amplio. Lo que tiene Richard Muller, sea un don o un castigo, es de un enorme valor potencial, y tu trabajo consiste en poder usarlo. El destino de las galaxias depende de lo que suceda entre vosotros dos en los próximos días, las eras cambiarán. Billones de personas que aún no han nacido verán alteradas sus vidas para bien o para mal por lo que va a pasar.

- Suena completamente serio, Charles.

- Hablo completamente en serio. A veces llega un momento en que toda la palabrería hinchada, tonta y retórica quiere decir algo; éste es uno de esos momentos. Estás en una encrucijada de la historia galáctica. Y por esa razón, Ned, vas a entrar allí y a mentir y a engañar y a cometer perjurio, y supongo que tu conciencia quedará muy dolorida por un tiempo y te despreciarás a ti mismo de forma exagerada, pero finalmente te darás cuenta de que hiciste algo

heroico. Hemos terminado de comprobar tu equipo de comunicaciones. Vuelve aquí y te prepararemos para la partida.

22

Esta vez anduvo solo por poco tiempo. Stein y Alton le acompañaron hasta la entrada de la zona E. No hubo incidentes. Le señalaron la dirección correcta y atravesó una rueda que giraba despidiendo una lluvia de fulgurantes chispas azules para entrar en la austera zona funeral que había luego. Mientras trepaba por la empinada rampa de la entrada, vio un alvéolo montado en una enhiesta columna de piedra. Dentro de la oscuridad del alvéolo había una cosa móvil y brillante que podía haber sido un ojo.

- Creo que he encontrado una pieza del sistema de vigilancia de Muller - informó Rawlings -. En la pared hay una cosa que me mira.

- Rocíala con tu pulverizador - sugirió Boardman.

- Creo que eso le parecería una acción hostil. ¿Por qué iba a mutilar un objeto así? Soy un arqueólogo.

- Sí; tienes razón sigue adelante.

La zona E tenía un aire menos amenazador. Estaba compuesta por edificios bajos, largos y muy apretados que parecían un grupo de tortugas aburridas. Rawlings distinguía una topografía distinta a lo lejos: muros altos y una torre brillante. Cada una de las zonas era tan diferente de las demás que empezó a pensar que debían de haber sido construidas en épocas diferentes: un núcleo de sectores residenciales y luego un gradual aumento de anillos exteriores cargados de trampas, a medida que los enemigos se volvían más molestos. Era la clase de idea que se le puede ocurrir a un arqueólogo; la archivó para su uso futuro.

Hizo un poco de camino y vio la figura sombría de Walker que venía hacia él. Walker era delgado, hosco, frío. Sabía que se había casado varias veces con la misma mujer. Tenía unos cuarenta años; era un profesional.

- Me alegro de verle, Rawlings. Tenga cuidado allí, a su izquierda. Esa pared gira.

- ¿Todo bien aquí?

- Más o menos, Perdimos a Petrocelli, hace una hora.

Rawlings se puso rígido.

- ¡Pero se supone que esta zona es segura!

- No lo es. Es más peligrosa que F, y casi tan mala como G. la subestimamos no usábamos las sondas. En realidad, no hay razones para que las zonas sean cada vez más seguras a medida que se acercan al centro, ¿verdad? Esta es una de las peores.

- Para calmarnos - dijo Rawlings - una falsa noción de seguridad.

- Seguro. Ahora, venga. Sígame y no utilice mucho su cerebro. Aquí la originalidad no tiene mucho valor. O se sigue el sendero o no se llega a ninguna parte.

Rawlings le siguió. No vio ningún peligro evidente, pero saltó donde Walker saltaba y se desvió donde Walker se desviaba. No mucho más lejos estaba el campamento de avanzada. Allí encontró a Davis, Ottavio y Reynolds, y también la parte superior de Petrocelli.

- Estamos esperando órdenes para enterrarlo... - dijo Ottavio. Por debajo de la cintura no quedaba nada -. Pero apuesto a que Hosteen nos dirá que le llevemos fuera.

- Cúbranle, por lo menos - respondió Rawlings.

- ¿Va a entrar en D hoy? - preguntó Walker.

- Sí.

- Le diremos qué debe evitar. Es una trampa nueva. Allí fué donde murió Petrocelli, muy cerca de la entrada a D. estaría a unos cinco metros. Pisó algún tipo de campo y te corta en dos. Los robots no lo pisaron.

- ¿Y si corta en dos a todo lo que pasa por allí menos a las sondas? - preguntó Rawlings.

- No cortó a Muller - dijo Walker -. Y no le cortará a usted si le da la vuelta. Le mostraremos cómo hacerlo.

- ¿Y después?

- Eso es cosa suya.

23

- Si estás fatigado quédate allí toda la noche - dijo Boardman.

- Prefiero seguir adelante.

- Tendrás que hacerlo solo, Ned. ¿Por qué no descansas?

- Pida al cerebro una lectura mía. Vea qué nivel de fatiga tengo. Yo estoy listo para continuar.

Boardman lo comprobó. Estaban haciendo una telemetría completa de Rawlings: sabían el ritmo de su pulso, de su respiración, su nivel hormonal y muchas cosas más, muy íntimas. El ordenador no encontró razones para que Rawlings no continuara inmediatamente.

- Muy bien - dijo Boardman -. Adelante.

- Estoy a punto de entrar en la zona D, Charles. Aquí fue donde murió Petrocelli. Allí está la línea donde se tropieza, muy sutil, muy bien oculta. Ahora voy a pasar por encima de ella. Sí. Esta es la zona D. Estoy deteniéndome y dejando que el ordenador me indique la dirección que debo seguir. La zona D. tiene un aspecto algo más acogedor que E. Creo que no tardaré mucho en atravesarla.

24

Las llamas rojizas que protegían la zona C eran falsas.

25

Rawlings dijo suavemente:

- Digan a la galaxia que su destino está en buenas manos.
Tendría que encontrar a Muller dentro de quince minutos.

Con frecuencia, Muller había estado solo durante períodos largos. Al redactar el contrato de su primer matrimonio insistió en una cláusula de separación, la habitual, y Lorayn no había puesto objeciones porque sabía que, ocasionalmente, su trabajo podría llevarle a sitios donde ella no querría o no podría ir. Durante los ocho años de ese matrimonio había puesto la cláusula en vigor en tres oportunidades, por un total de cuatro años.

Las ausencias de Muller no fueron un factor decisivo cuando dejaron expirar el contrato. En esos años había comprendido que podía soportar la soledad y que, de alguna extraña manera, le sentaba bien. «Desarrollamos todo en la soledad, excepto el carácter», escribió Stendhal; Muller no estaba seguro de eso, pero, en cualquier caso, su carácter estaba ya formado antes de empezar a aceptar misiones que le llevaron en solitario a mundos vacíos y peligrosos. Esas misiones habían sido voluntarias. En un sentido diferente, se había encerrado de forma voluntaria en Lemnos, y este exilio era más doloroso para él que en esas otras ausencias. Sin embargo, no lo pasaba mal. Su capacidad de adaptación le asombraba y le asustaba. No había supuesto que podría anular tan fácilmente su naturaleza social, la tarea era difícil, pero no tanto como había creído, y el resto - los debates estimulantes, los cambios de ambiente, la acción recíproca de las personalidades - había dejado de importarle muy pronto. Tenía suficientes cubos como para mantenerse entretenido y suficientes desafíos, tratando de sobrevivir en aquel mundo. Y tenía recuerdos.

Podía conjurar escenas de cien mundos, que guardaba en su memoria. El hombre se extendía por todas partes, plantando la semilla de la tierra en colonias de cien estrellas. Delta Pavonis VI, por ejemplo, a veinte años luz de distancia, volviéndose cada vez más extraño. Llamaban Loki al planeta, cosa que a Muller le pareció un error monumental, ya que Loki era ágil, astuto y delicado, mientras que los colonos de Loki, aislados de la tierra por cincuenta años, cultivaban la obesidad artificial por medio de la regulación glucostática. Muller les había visitado diez años antes de su desafortunado viaje a Beta Hydri. Había sido esencialmente una misión pacificadora a un planeta que había perdido el contacto con el planeta madre. Recordaba un planeta caliente, que sólo era habitable en una estrecha franja templada. Recordaba muros de jungla verde que bordeaban un río negro, bestias con ojos que parecían piedras preciosas empujándose en las orillas pantanosas, la llegada al caserío donde unos Budas sudorosos que pesaban centenares de kilos cada uno estaban sentados, meditando solemnemente ante sus cabañas de techo de paja. Nunca había visto tanta carne por metro cúbico. Los lokitas alteraban sus glucorreceptores periféricos para provocar la acumulación de grasa. Era una adaptación inútil que no tenía relación con un problema ambiental; simplemente, les gustaba ser gordos. Muller recordaba brazos que parecían muslos, muslos que parecían pilares, vientres que se curvaban agresivos y triunfales.

Hospitalarios, habían ofrecido una mujer al espía de la tierra. Para Muller fue una lección de relatividad cultural, ya que en el pueblo había dos o tres mujeres que, aunque eran enormes,

resultaban flacas para el gusto local y, por lo tanto, estaban más cerca de las pautas del gusto de Muller. Pero los lokitas no le dieron una de esas mujeres, esas lamentables ruinas subdesarrolladas de cien kilos de peso; hubiese sido una falta de cortesía proporcionar a un huésped una compañera situada por debajo de las normas. En cambio, le proporcionaron una rubia colosal, con pechos como balas de cañón y nalgas como continentes de carne temblorosa.

Bueno, por cierto, había sido inolvidable.

Y había tantos otros mundos. Había sido un viajero incansable, que dejaba las sutilezas de la manipulación política en manos de los hombres como Boardman; Muller podía ser muy útil, casi un estadista, cuando era necesario, pero se veía a sí mismo más como un explorador que como un diplomático. Había tiritado en lagos de metano, se había cocido en desiertos postsaharianos, había seguido a colonos nómadas a través de una llanura purpúrea tratando de hallar su ganado artropódico. Había naufragado en mundos sin aire por un fallo del ordenador. En Damballa, había visto los acantilados de cobre de noventa kilómetros de altura. Había nadado en el lago gravitatorio de Mordred. Había dormido junto a un arroyo multicolor bajo un cielo donde brillaban tres soles y había cruzado los puentes de cristal en Proción XIV. Lamentaba pocas cosas.

Ahora, acurrucado en el centro del laberinto, miraba las pantallas y esperaba que el extranjero le hallase. Un arma, pequeña y fría, descansaba en su mano.

2

La tarde pasó velozmente. Rawlings comenzó a pensar que hubiera sido mejor hacer caso a Boardman y pasar una noche en el campamento, antes de salir a buscar a Muller. Por lo menos, tres horas de sueño profundo para limpiar las tensiones de su mente; una pequeña zambullida bajo el cable del sueño, siempre útil. Bueno. No lo había hecho. Y ahora no podía hacerlo. Sus sensores le decían que Muller estaba muy cerca.

Súbitamente, problemas de moralidad y problemas de puro y simple valor comenzaron a inquietarle.

Nunca había hecho nada importante, todavía. Había estudiado, había efectuado tareas de rutina en la oficina de Boardman, alguna vez había manejado algún problema delicado. Pero siempre pensó que su verdadera carrera no había comenzado aún, que todo eso eran los preliminares. Esa sensación de un futuro comienzo le acompañaba todavía, pero era hora de admitir que ya estaba en el punto de partida. Esto no era un entrenamiento. Allí estaba, alto y rubio y joven y testarudo y ambicioso, al borde de una acción que (Charles Boardman no había sido totalmente hipócrita cuando se refirió al tema) podía influir en el futuro curso de la historia.

Ping.

Miró a su alrededor. Los sensores habían hablado. De las sombras emergió la figura de un hombre. Muller.

Se miraron, a través de veinte metros de distancia. Rawlings recordaba a Muller como un gigante y se sorprendió al descubrir que los dos medían más o menos lo mismo, un poco más de dos metros. Muller vestía un mono oscuro y brillante, y bajo aquella luz y a aquella hora, su cara era un estudio de prominencias y planos en conflicto, de picos y valles.

En la mano de Muller estaba el aparato, parecido a una manzana, conque había destruido la sonda.

La voz de Boardman zumbó en el oído de Rawlings:

- Acércate. Sonríe. Tienes que parecer tímido e inseguro y muy preocupado. Y mantén siempre las manos donde él pueda verlas.

Rawlings obedeció. Se preguntó cuando empezaría a sentir los efectos de estar cerca de Muller. Le resultaba difícil quitar los ojos del globo brillante que descansaba, como una granada, en la mano de Muller. Cuando estuvo a diez metros de distancia empezó a recibir la emanación. Sí. Sin duda era eso. Decidió que, si no se acercaba más, podría tolerarla.

Muller dijo:

¿- ¿Qué quiere...?

Sus palabras salieron roncadas y chillonas. Muller se detuvo, con las mejillas rojas, y pareció tratar de ajustar los engranajes de su laringe. Rawlings se mordió el labio y sintió que uno de sus párpados se contraía. En el audio se sentía la pesada respiración de Boardman.

Muller inquirió nuevamente:

- ¿Qué pretende usted de mí? - Esta vez con su verdadera voz, profunda y vibrante de furor apenas disimulado.

- Hablar. De veras. No quiero causarle ninguna molestia, señor Muller.

- ¿Me conoce?

- Claro que sí. Todos conocen a Richard Muller. Quiero decir que usted era el héroe de la galaxia cuando yo iba a la escuela. Escribí acerca de usted. Ensayos. Nosotros...

- ¡Váyase de aquí! - aquella vez la voz era chillona.

- ...Y soy hijo de Stephen Rawlings. Yo le conocía a usted señor Muller.

La oscura manzana se estaba levantando. La pequeña abertura cuadrada estaba frente a él. Rawlings recordó la forma súbita en que se había detenido la transmisión de la sonda.

- ¿Stephen Rawlings? - La manzana descendió.

- Mi padre. - La pierna izquierda de Rawlings parecía estar licuándose. El sudor volatilizado flotaba sobre sus hombros formando una nube. El chorro que brotaba de Muller le llegaba con más fuerza, como si hubiese necesitado unos minutos para sintonizar su longitud de onda. Ahora, Rawlings sentía el torrente de angustia, la tristeza, la atracción de un abismo que se abría junto él. - Yo le conocí, hace mucho tiempo - dijo Rawlings. -. Usted volvía de..., Eridiani 82, creo; estaba tostado y quemado por el viento. Yo tenía unos ocho años y usted me cogió y me tiró hacia arriba, pero no estaba habituado a la gravedad terrestre y me tiró demasiado fuerte y yo me di contra el cielo raso y empecé a llorar y usted me dio algo para que me callara, una cuenta que cambiaba de color...

Las manos de Muller colgaban a los costados. La manzana había desaparecido en sus vestiduras.

Dijo, secamente:

- ¿Cómo te llamabas?, Ted, Ed. Eso. Sí. Ed. Edward Rawlings.

- Un tiempo después empezaron a llamarme Ned. De modo que ¿me recuerda?

- Un poco. Recuerdo mucho mejor a tu padre. - Muller dio la vuelta y tosió. Su mano se deslizó en un bolsillo, levantó la cabeza y el sol que se ponía iluminó extrañamente su cara, tiñéndola de color naranja profundo. Hizo un gesto rápido con un dedo -. Vete, Ned. Di a tus amigos que no quiero que me molesten. Estoy muy enfermo y quiero estar solo.

- ¿Enfermo?

- Enfermo de una misteriosa descomposición del alma. Mira, Ned: eres un muchacho guapo, estupendo y yo quiero mucho a tu padre, si lo que me has dicho es verdad, pero no quiero que andes cerca de mi. Te arrepentirías. No es una amenaza; estoy exponiendo un hecho. Vete. Vete lejos de aquí.

- Quédate donde estás - dijo Boardman -. Acércate. Bien cerca. Donde duela.

Rawlings dio un paso cauteloso, Pensando en el globo que había en el bolsillo de Muller y viendo en sus ojos que el hombre no era necesariamente racional. Disminuyó en un diez por ciento la distancia que había entre ellos. El impacto de la emanación pareció duplicarse.

- Por favor, señor Muller - dijo -, no me eche. Sólo quiero ser amable. Mi padre no me hubiese perdonado si hubiera sabido que le encontré aquí, en este estado, y no intenté ayudarlo.

- ¿Hubiese perdonado? ¿Si hubiera sabido? ¿Qué le pasó a tu padre?

- Murió.

- ¿Cuándo? ¿Dónde?

- Hace cuatro años, en Rigel I. Estaba colaborando en la instalación de una red cerrada de rayos radiogoniométricos que comunicaría a todos los mundos de Rigel. Hubo un accidente con un amplificador. El foco se invirtió y él recibió toda la descarga.

- ¡Dios mío! ¡Todavía era joven!

- Le faltaba un mes para cumplir los cincuenta. Íbamos a ir a visitarlo y a organizar una fiesta sorpresa. En cambio fui yo solo, para recoger su cuerpo.

La expresión de la cara de Muller se dulcificó. De pronto desapareció de sus ojos. Sus labios se volvieron más móviles. Era como si el dolor de otra persona hiciera que olvidase momentáneamente el suyo.

- Acércate a él - ordenó Boardman.

Otro paso. Y luego, como Muller no parecía haberse dado cuenta, otro más. Rawlings sintió calor: no un calor físico sino psíquico, como un horno que despidiese emociones. Tembló, despavorido. En realidad, nunca había creído verdaderamente que la historia de lo que había sufrido a Muller con los hidranos fuera cierta. Estaba demasiado limitado por el pragmatismo que había heredado de su padre. Si no se puede reproducir en el laboratorio, no es real. Si no se puede hacer un gráfico, no es real. Si no hay circuitos, no es real. ¿Cómo es posible que un ser humano sea modificado para que transmita sus propias emociones? No hay circuitos capaces de cumplir esa función. Pero Rawlings estaba experimentando los efectos de esa transmisión.

- ¿Que estás haciendo en Lemnos, muchacho? - preguntó Muller.

- Soy arqueólogo - dijo torpemente la mentira -. Esta es mi primera expedición de campo. Estamos tratando de hacer un examen a fondo del laberinto.

- Pero sucede que el laberinto es la casa de alguien. Estáis entrometiéndoos.

Rawlings vaciló.

- Dile que no sabíamos que estaba aquí - apuntó Boardman.
- No sabíamos que había alguien aquí - dijo Rawlings -. No podíamos suponer que...
- Pero enviasteis vuestros malditos robots, ¿no? Cuando supisteis que había alguien aquí, alguien que no tenía malditas las ganas de ver a nadie...
- No entiendo - dijo Rawlings -. Teníamos la impresión de que estaba preso aquí. Queríamos ofrecerle nuestra ayuda.

«Con qué facilidad estoy haciendo esto», se dijo.

Muller frunció el ceño.

- ¿No sabes por qué estoy aquí?

- No.

- Supongo que no lo sabes. Eras demasiado joven. Pero los otros, cuando vieron mi cara, los otros lo saben. ¿Por qué no te lo dijeron? Vuestro robot transmitió mi cara, ¿no? Sabían quién estaba aquí ¿Y no te dijeron nada?

- Realmente, no comprendo...

- ¡Ven aquí! - vociferó Muller.

Rawlings sintió que se deslizaba hacia adelante; aunque no tuvo conciencia de haber dado pasos definidos. Bruscamente se encontró cara a cara con Muller; tenía conciencia del enorme cuerpo, de su frente cubierta de arrugas, de sus ojos airados que le miraban con fijeza. La inmensa mano de Muller cogió de un zarpazo la muñeca de Rawlings y éste se balanceó atontado por el impacto, traspasado por una desesperación tan inmensa que parecía abarcar universos enteros. Trató de no tambalearse.

- ¡Y ahora, aléjate de mí! - gritó ásperamente Muller -. ¡Vamos! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera! - Rawlings no se movió.

Muller aulló una blasfemia y corrió pesadamente hacia un edificio bajo, de paredes de cristal, cuyas ventanas opacas eran como ojos ciegos. La puerta se cerró, sellándose sin dejar abertura perceptible. Rawlings tomó aliento y luchó por mantener el equilibrio. Su frente latía como si algo que estaba detrás de ella luchara por libertarse.

- Quédate donde estás - dijo Boardman - Deja que se le pase el berrinche. Todo va bien.

3

Muller se puso en cuclillas detrás de la puerta. El sudor corría por sus flancos. Tuvo un escalofrío. Se abrazó con tanta fuerza que sus costillas se quejaron.

No había querido tratar al intruso de ese modo.

Una breve conversación; una petición muy clara de que respetaran su soledad y, si el hombre no se marchaba, el globo destructor. Así lo había planeado Muller. Pero había discutido. Había hablado demasiado, había averiguado demasiado. ¿El hijo de Stephen Rawlings? ¿Un grupo de arqueólogos? Aparentemente, el muchacho no se había visto afectado por la radiación, salvo a muy poca distancia. ¿Estaría perdiendo su poder, con el paso de los años?

Muller luchó por recuperar el dominio de sí mismo y por allanar su hostilidad. ¿Por qué tenía tanto miedo? ¿Por qué se aferraba a su soledad? No tenía nada que temer de los terráqueos;

ellos y no él sufrirían por el contacto mutuo. Era comprensible que evitaran su presencia. Pero no existían razones para que él se comportara así, excepto alguna desconfianza que le paralizaba, la inflexibilidad incrustada por nueve años de aislamiento. ¿Había negado a eso, a amar la soledad por la soledad misma? ¿Era un ermitaño? Al principio había pretendido enclaustrarse allí por consideración a sus congéneres, porque no estaba dispuesto a infligir su dolorosa fealdad a los demás. Pero el chico había intentado ser amable y amistoso. ¿Por qué huir? ¿Por qué reaccionar tan groseramente?

Lentamente, Muller se puso de pie y abrió la puerta. La noche había caído con la rapidez del invierno; el cielo estaba negro y las lunas lo cruzaban velozmente. El chico seguía en la plaza; parecía un poco aturdido. La mayor de las lunas, Clotho, le bañaba con su luz dorada, de modo que sus cabellos rizados parecían despedir chispas. Su cara estaba muy pálida y los pómulos muy marcados. Sus ojos azules brillaban a causa de la conmoción, como si le hubiera abofeteado.

Muller avanzó, no muy seguro de su táctica se sentía como una gran máquina oxidada, que debía ponerse en marcha después de años de inactividad.

- ¿Ned? - dijo -. Ned, quiero pedirte disculpas. Tienes que comprender que no estoy acostumbrado a la gente. No estoy acostumbrado a... la... gente.

- No se preocupe, señor Muller. Me doy cuenta de que lo ha pasado muy mal.

- Dick. Llámame Dick. - Muller extendió las dos manos abiertas, como al quisiera atrapar los rayos de las lunas. Sentía mucho frío. En el muro que cerraba la plaza había pequeñas formas animales que saltaban y danzaban. Muller continuó -: He llegado a amar mi soledad. Uno puede encariñarse hasta con el cáncer, si adopta la actitud mental correcta. Mira, hay algo que debes entender. Vine aquí deliberadamente. No fue un naufragio. Elegí el lugar del universo donde era menos probable que me molestaran, y me oculté en él. Pero, por supuesto, tú tenías que venir con tus astutos robots y encontrar el camino de entrada.

- Si no quiere que esté aquí, me marcharé - dijo Rawlings.

- Quizá eso sea lo mejor para los dos. No. Aguarda. ¿Es muy malo estar tan cerca de mí?

- Bueno..., no es muy cómodo - dijo Rawlings -. Pero no es tan malo como..., como..., bueno, no sé. A esta distancia me siento solamente un poco deprimido.

- ¿Sabes la razón? - preguntó Muller -. Por la forma en que me hablas, creo que sí, Ned: Estás fingiendo que no sabes qué me sucedió en Beta Hydri IV.

Rawlings se sonrojó.

- Bueno, supongo que recuerdo algo. ¿Actuaron sobre su mente?

- Sí, fue eso. Lo que estás sintiendo, Ned, soy yo, mi maldita alma que se sale al aire. Estás recibiendo el flujo de corriente neural que brota de mi cerebro. ¿No es maravilloso? Trata de acercarte un poco... así. - Rawlings se detuvo -. ¿Ves? Ahora es más fuerte. Estás recibiendo una dosis más potente. Ahora recuerda cómo era cuando estabas parado allá. No era muy agradable, ¿verdad? A diez metros de distancia puedes tolerarlo. A un metro es intolerable. ¿Puedes imaginar la posibilidad de tomar en tus brazos a una mujer, cuando emites un hedor mental como éste? No se puede hacer el amor a diez metros de distancia. Yo no puedo.

Sentémonos, Ned. Aquí estamos seguros. Tengo detectores conectados, por si alguno de los animales peligrosos llega hasta aquí y en esta zona no hay trampas. Siéntate.

Muller se instaló en el suave piso lechoso de piedra blanca, el extraño mármol que daba un aspecto tan bruñido a la plaza. Después de pensarlo un momento, Rawlings se colocó ágilmente en la posición del loto, a doce metros de distancia.

- ¿Cuántos años tienes, Ned? - Inquirió Muller.

- Veintitrés.

- ¿Casado?

Una sonrisa tímida.

- Todavía no.

- ¿Tienes una chica?

- Había una chica; teníamos un contrato de vinculación, pero lo anulamos cuando acepté este trabajo.

- Ah, ¿Hay mujeres en esta expedición?

- Solo cubos femeninos - dijo Rawlings.

- No son muy buenos, ¿verdad, Ned?

- No mucho. Podríamos haber traído algunas mujeres, pero...

- Pero ¿qué?

- Demasiado peligroso. El laberinto...

- ¿Cuántos hombres habéis perdido hasta ahora? - preguntó Muller.

- Cinco, creo. Me gustaría conocer la clase de gente que puede construir un lugar como éste. Les debe de haber llevado como cinco siglos planear una cosa tan diabólica.

- Más - dijo Muller -. Creo que éste fue el gran triunfo creador de su raza. Su obra maestra, su monumento. Debían sentirse orgullosos de este lugar asesino, la esencia de su filosofía: matar a los extranjeros.

- ¿Está haciendo suposiciones o ha encontrado algunas claves de su cultura?

- La única clave de su cultura que tengo está a nuestro alrededor. Pero yo soy un experto en psicología extraterrestre, Ned. Sé más de eso que cualquier otro ser humano, porque soy el único que alguna vez saludó a una raza diferente. Matar al extranjero: ésa es la ley del universo. Y al que no matas, tortúralo un poco.

- Nosotros no somos así - dijo Rawlings -. Nosotros no somos instintivamente hostiles a...

- Tonterías.

- Pero...

- Si una nave estelar extraterrestre aterrizara alguna vez en uno de nuestros planetas - dijo Muller -, la pondríamos en cuarentena, apresaríamos a la tripulación y la interrogaríamos hasta destruirla. Los buenos modales que hemos aprendido de la decadencia y la complacencia. Fingimos que somos demasiado nobles para odiar a los extranjeros, pero tenemos la cortesía de los débiles. Fíjate en los hidranos. Una facción importante de nuestro Gobierno quería generar fusión en su capa de nubes y dar otro sol a su sistema antes de mandar a un emisario a observarles.

- No.

- Fueron derrotados y se envió un emisario y los hidranos lo destruyeron. Era yo.
Súbitamente, Muller tuvo una idea. Aterrado, preguntó:
- ¿Qué ha pasado entre nosotros y los hidranos en estos nueve años? ¿Algún contacto?
¿Guerra?
- Nada - dijo Rawlings - Nos hemos mantenido a distancia.
- ¿Me estás diciendo la verdad o liquidamos a esos bastardos? Dios sabe que no lo sentiría, pero la verdad es que no eran responsables de lo que me hicieron. Reaccionaron con la xenofobia corriente. Ned, ¿hubo una guerra?
- No. Lo juro.
Muller se relajó. Después de un momento dijo:
- Muy bien. No te pediré que me relates todos los últimos acontecimientos. En realidad, no me interesan. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar en Lemnos?
- Aún no lo sabemos. Unas semanas, supongo. En realidad, todavía no hemos comenzado a explorar el laberinto. Y, además, está la zona externa. Queremos hacer una investigación comparativa con los trabajos de los arqueólogos que vinieron antes y...
- Y estaréis un tiempo aquí. Los otros, ¿también vendrán hasta el centro del laberinto?
Rawlings se humedeció los labios.
- Me enviaron en primer término para que estableciera contacto con usted. Todavía no tenemos proyectos concretos; todo depende de usted. No queremos imponerle nuestra presencia. De modo que si no quiere que trabajemos aquí...
- No; no quiero - dijo secamente Muller -. Díselo a tus amigos. Dentro de cincuenta o sesenta años estaré muerto; entonces podrán husmear por aquí. Pero mientras esté vivo, no quiero que me molesten. Que trabajen en las cuatro o cinco zonas externas. Pero si alguno pone el pie en A, B, o C, le mataré. Puedo hacerlo, Ned.
- Y yo, ¿seré bien venido?
- Ocasionalmente. No puedo prever mis estados de ánimo. Si quieres hablar conmigo, date una vuelta por aquí. Y si te digo que te marches, entonces te irás volando. ¿De acuerdo?
Rawlings exhibió una alegre sonrisa.
- De acuerdo. - Se puso en pie. Muller, a quien molestaba que el chico le mirase desde arriba, también se levantó. Rawlings dio unos pasos hacia él.
- ¿Dónde vas? - dijo Muller.
- No me gusta tener que hablar a esta distancia gritando. Puedo acercarme un poco a usted, ¿no?
Instantáneamente receloso, Muller replicó:
- ¿Eres alguna clase de masoquista?
- Lo siento, pero no.
- Bueno, yo tampoco soy sádico. No quiero que te acerques a mí.
- En realidad no es tan desagradable, Dick.
- Estás mintiendo. Te parece tan espantoso como a todos los demás. Soy como un leproso, y si te gusta la lepra lo siento por ti, pero no te acerques más. Me resulta muy incómodo ver sufrir a los demás por mi causa.

Rawlings se detuvo.

- Como quiera, Dick. Mire, yo no quiero crearle problemas. Estoy tratando de ser amigo suyo, de ayudarlo. Si al hacer eso le hago sentirse incómodo... bueno, dígamelo y cambiaré de actitud. No gano nada con empeorar las cosas.

- Eso te ha salido un poco confuso, chico. De todos modos, ¿qué quieres de mí?

- Nada.

- ¿Por qué no me dejas en paz?

- Porque es un ser humano y ha estado aquí, solo, durante mucho tiempo. Mi impulso natural es ofrecerle compañía. ¿Le parece demasiado tonto?

Muller se encogió de hombros.

- No soy muy buena compañía. Quizá tendrías que recoger todos tus dulces impulsos cristianos y marcharte. Tú no puedes ayudarme, Ned. Sólo puedes hacerme sufrir, recordándome todo lo que ya no puedo tener o conocer.

Muller se enderezó y miró las figuras sombrías que saltaban junto a las paredes. Tenía hambre y era la hora de ir a cazar la cena. Dijo bruscamente:

- Hijo, creo que se me ha vuelto a acabar la paciencia. Es hora de que te vayas.

- Muy bien. Pero ¿puedo volver mañana?

Quizá.

Rawlings sonrió ingenuamente.

- Gracias por permitirme hablar con usted, Dick. Volveré.

4

A la complicada luz de las lunas, Rawlings salió de la zona A. La voz del cerebro de la nave le guió por el mismo sendero que había usado para entrar y, de vez en cuando, en los sitios más seguros, la voz de Boardman se superpuso.

- Has empezado muy bien - dijo - Es muy positivo que te haya tolerado. ¿Cómo te sientes?

- Fatal Charles.

- ¿Por haber estado tan cerca de él?

- Porque estoy haciendo algo repugnante.

- Termina de una vez con eso, Ned. Si cada vez que sales voy a tener que masajearte la moral...

- Haré mi trabajo - dijo Rawlings - Pero no me gusta.

Escombros sobre un bloque de piedra con resortes que era capaz de arrojarle a un precipicio si apoyaba su peso incorrectamente. Un animalito lleno de dientes se rió de él viéndole pasar. Del otro lado, Rawlings empujó la pared en un lugar donde cedía y fue admitido a la zona B. Echó una mirada al dintel y vio el escondrijo del ojo; le sonrió, por si Muller estaba controlando su retirada.

Ahora comprendía por qué Muller había decidido enterrarse allí. En circunstancias similares, él podría haber hecho lo mismo. O algo peor. Gracias a los hidranos, Muller llevaba una deformidad en el alma, en una era en que la deformidad había caído en desuso. La falta de un miembro o de

una nariz o de un ojo era un crimen estético; esas cosas se reparaban fácilmente y uno debía a los demás la atención de reformarse y hacer desaparecer las imperfecciones desagradables. Infligir los defectos propios a los demás era una actitud claramente antisocial.

Pero ningún cirujano podía hacer un trabajo cosmético en el defecto de Muller. La única cura era la separación de la sociedad. Un hombre más débil podía haber elegido la muerte; Muller prefirió el exilio.

Rawlings seguía sintiendo el impacto de aquel breve momento de contacto directo. Por un instante había recibido de Muller una emanación informe e incoherente de emociones crudas; el ser interior brotando involuntariamente y sin palabras. Ese flujo de interioridad incontrolable era doloroso y deprimente.

Lo que los hidranos le habían dado no era una verdadera telepatía. Muller no podía «leer» mentes ni podía comunicar sus pensamientos a los demás. Lo que salía era como un chorro de personalidad; un torrente de cruda desesperación, un río de penas y remordimientos, el contenido de las cloacas del alma. No podía contenerlo. Durante aquel momento eterno, Rawlings había estado sumergido en el torrente; el resto del tiempo había recibido solamente una sensación vaga y general de zozobra.

Las penas de Muller no eran exclusivamente suyas; lo que ofrecía no era más que la conciencia de lo que el universo idea para sus habitantes. En aquel momento, Rawlings había sentido que estaba sintonizando todos los conflictos de la creación: las oportunidades perdidas, los amores fallidos, las palabras apresuradas, los dolores injustos, las apetencias, el hambre, la codicia, el pinchazo de la envidia, el ácido de la frustración, la mordedura del tiempo, la muerte de los insectos pequeños en invierno, las lágrimas de las cosas. Había conocido el envejecimiento, la carencia, la impotencia, la furia, la soledad, la desolación, el automenosprecio y la locura. Había sido un aullido silencioso de ira cósmica.

«¿Somos todos así?» Se lo preguntaba. «Esa misma transmisión, ¿brota de mí, y de Boardman, y de mi madre y de la chica de quien estaba enamorado? ¿Andamos por ahí como transmisores fijados a una frecuencia que no podemos sintonizar? Gracias a Dios. Es una canción demasiado dolorosa de escuchar. »

- Despierta, Ned - dijo Boardman - Deja de cavilar y vigila el camino, ya estás casi en la zona C.

- Charles, ¿cómo se sintió la primera vez que se acercó a Muller?

- Luego hablaremos de eso.

- ¿No sintió como al supiera por primera vez lo que es un ser humano?

- Te dije que hablaremos más...

- Déjeme decir lo que quiero decir, Charles, aquí no corro ningún riesgo. Acabo de mirar el alma de un hombre y estoy conmovido. Pero... escuche, Charles. En realidad, él no es así; es un hombre bueno. La cosa que irradia es solo ruido. Es una especie de sedimento, que no dice nada acerca de Richard Muller. Es un ruido que no se ha hecho para ser oído y la señal es completamente distinta, como cuando se dirige un amplificador hacia las estrellas, Esa cosa que irradia es sólo ruido. Y algunas de las estrellas más hermosas transmiten unos ruidos horribles,

pero eso es sólo lo que reproduce el amplificador, no tiene nada que ver con la calidad de la estrella, es... es...

- Ned.

- Discúlpeme, Charles.

- Vuelve al campamento. Todos estamos de acuerdo en que Dick Muller es un ser humano estupendo. Por eso le necesitamos. Y a ti también te necesitamos, de modo que cállate y mira dónde pisas. Despacio. Calma. Calma. Calma. ¿Qué es ese animal que está a tu izquierda? Deprisa, Ned. Pero mantén la calma. Así, hijo. Con calma.

A la mañana siguiente el encuentro resultó más fácil para ambos. Rawlings, que había dormido bien bajo el cable del sueño, fue al corazón del laberinto y encontró a Muller, de pie junto a una elevada pieza de metal oscuro que estaba en un extremo de la gran plaza.

- ¿Qué crees que será esto? - preguntó Muller con naturalidad, mientras Rawlings se acercaba -. Hay ocho, uno en cada esquina. Los estoy controlando desde hace años. Giran. Mira esto.

Muller señaló una de las caras del pilón. Rawlings se aproximó y, cuando estuvo a diez metros de distancia, comenzó a percibir la emanación. Pese a eso, se obligó a seguir acercándose. El día anterior no había estado tan cerca de Muller, salvo en el momento escalofriante en que Muller lo había cogido, colocándole a su lado.

- ¿Ves esto? - preguntó Muller, golpeando el metal.

- Una marca.

- Me llevó cerca de seis meses hacerla. Usé una esquirra del brote cristalino que hay en aquella pared. Rasqué todos los días, durante una o dos horas, hasta que hubo una marca visible en el metal. Y he estado vigilando la marca. En un año local da una vuelta completa. De modo que estos pernos giran. No puedes verlo, pero lo hacen. Son alguna clase de calendario.

- ¿Estas cosas... usted puede... alguna vez ha...?

- Chico, no eres muy preciso.

- Lo siento. - Rawlings retrocedió, haciendo un enorme esfuerzo por ocultar el impacto de la proximidad de Muller. Había enrojecido y temblaba. A cinco metros el efecto no era tan doloroso y se quedó allí, haciendo un esfuerzo, tratando de convencerse de que estaba desarrollando una tolerancia a la emanación.

- ¿Qué decías?

- ¿Este es el único que ha controlado?

- He hecho marcas en algunos de los otros. Estoy convencido de que todos giran. No he hallado el mecanismo. ¿Sabes?, debajo de esta ciudad hay un cerebro fantástico. Tiene millones de años Y sigue funcionando. Quizá sea alguna clase de metal líquido, con elementos de cognición que flotan en él. Hace girar estos pilones y maneja el suministro de agua y limpia las calles.

- Y hace funcionar las trampas.

- Y hace funcionar las trampas - repitió Muller -. Pero no he podido encontrar ni trazas de él. He excavado un poco, por aquí y por allá, pero lo poco que encontré fue basura. Quizá vosotros, los arqueólogos, podréis localizar el Cerebro de la ciudad. - ¿Eh? ¿Hay alguna Pista?

- Creo que no - dijo Rawlings.

- No eres muy concreto.

- No. No he tomado parte en el trabajo que se está realizando en la ciudad. - Rawlings sonrió tímidamente. Su rápido movimiento facial le incomodó y mereció un reproche de Boardman,

quien le hizo notar, a través del circuito de control, que la sonrisa tímida siempre anunciaba una mentira y que no pasaría mucho tiempo hasta que Muller lo descubriera -. La mayor parte del tiempo estuve fuera de la ciudad, dirigiendo las operaciones de entrada. Y luego, cuando entré, vine directamente aquí. De modo que no sé qué es lo que los demás pueden haber hallado. Si es que han hallado algo.

- ¿Van a romper las calles? - preguntó Muller.

- Creo que no. Ya no cavamos tanto. Usamos sensores y registradores y rayos sonda. - Impresionado por sus propias improvisaciones, continuó volublemente -: La arqueología solía ser destructora, por supuesto. Para descubrir qué había debajo de una pirámide, teníamos que desarmar la pirámide. Pero ahora podemos hacer mucho con las sondas. Es la nueva escuela, que estudia el terreno sin excavar y de esa forma preserva los monumentos del pasado...

- En uno de los planetas de Epsilon Indi - dijo Muller - un grupo de arqueólogos desmanteló por completo un pabellón fúnebre, hace unos quince años, y luego descubrió que era imposible volver a armarlo porque no comprendían la estructura del edificio. Cuando lo intentaron, se derrumbó y se perdió totalmente. Yo vi las ruinas, unos meses después. Bueno, tú conocerás el caso.

Rawlings no lo conocía. Sonrojándose, dijo:

- Bueno, en todas las profesiones hay chapuceros...

- Espero que aquí no haya ninguno. No quiero que hagan daño al laberinto, aunque eso no sería muy fácil. El laberinto se defiende muy bien.

Muller se alejó unos pasos del pión. Rawlings se sintió mejor a medida que la distancia entre ellos aumentaba, pero Boardman le advirtió que siguiera a Muller. La táctica para hacerle olvidar su desconfianza incluía una exposición deliberada y rigurosa a la emanación emocional. Muller no miró hacia atrás y dijo, como si hablara solo:

- Las Jaulas están cerradas de nuevo.

- ¿Jaulas?

- Mira allá, en aquella calle que sale de la pared.

Rawlings vio una especie de alcoba contra la pared de un edificio. Había más de una docena de barrotes curvos que salían de la tierra y desaparecían en la pared a unos cuatro metros de altura, formando una especie de jaula. Pudo ver una segunda jaula calle abajo.

- Hay unas veinte - dijo Muller -, colocadas de forma simétrica en las calles que salen de la Plaza. Desde que estoy aquí, las jaulas se han abierto tres veces. De algún modo, esos barrotes se deslizan dentro de la calle y desaparecen. La tercera vez fue hace dos noches. Nunca he visto cómo se abren o se cierran y he vuelto a perdmelo.

- ¿Para qué usarían las jaulas? - preguntó Rawlings.

- Para encerrar animales peligrosos. O prisioneros enemigos. ¿Para qué otra cosa usarías una jaula?

- Y, cuando se abren, ahora...

- La ciudad sigue intentando servir a su pueblo. Hay enemigos en las zonas exteriores. Las jaulas están prontas, en caso de que alguno de los enemigos sea capturado.

- ¿Quiere decir... nosotros?

- Sí. Enemigos. - Los ojos de Muller brillaron con una súbita furia paranoica; era alarmante ver con qué facilidad pasaba del discurso racional a la furia helada -. Homo sapiens. ¡El más peligroso, el más despiadado, el más despreciable animal del universo!

- Dice eso como si lo creyera.

- Lo creo.

- Vamos - dijo Rawlings. - Usted dedicó su vida al servicio de la humanidad. Es imposible que crea...

- Yo dediqué mi vida - dijo Muller lentamente al servicio de Richard Muller.

Se volvió y se enfrentó a Rawlings. Estaban a solo cinco o seis metros de distancia, pero la emanación parecía casi tan fuerte como si estuvieran tocándose.

Muller dijo:

- Me importaba mucho menos de lo que tú crees la piojosa humanidad. Veía las estrellas; las quería. Quería ser como un dios. Un mundo no era suficiente para mí; tenía hambre de todos. De modo que hice una carrera que me llevara a las estrellas. Mil veces arriesgué mi vida. Soporté excesos de temperatura fantásticos. Pudrí mis pulmones con gases absurdos y tuvieron que reconstruirme íntegro. Comí cosas que te provocarían vómitos si te las describiera. Los chicos como tú me adoraban y escribían ensayos sobre mi altruista dedicación a la humanidad y mi incansable búsqueda de nuevos conocimientos. Para que lo entiendas de una vez, te diré que soy tan altruista como Colón, Magallanes y Marco Polo. Eran grandes exploradores, por supuesto, pero buscaban una buena ganancia. La ganancia que yo buscaba está aquí. Quería medir cien kilómetros de estatura. Quería estatuas mías en mil mundos. ¿Te gusta la poesía? La fama es el acicate; la última debilidad de una mente noble. Milton. ¿Has leído a los griegos? Cuando un hombre se sobrepasa los dioses lo castigan, rebajándolo. Se llama hybris. A mí me dio muy fuerte. Cuando caía entre las nubes para visitarlos me sentía como un dios. ¡Por Cristo! Era un dios. Y cuando me marché, de nuevo a través de las nubes. Seguramente, para los hidranos soy un dios. Lo pensé en aquel momento: formo parte de sus mitos, siempre contarán mi historia. El dios mutilado. El dios martirizado. El ser que descendió hasta ellos y les hizo sentir tan incómodos que tuvieron que arreglarlo. Pero...

- La jaula...

- ¡Déjame terminar! - dijo vivamente Muller -. Como comprenderás, la verdad es que yo no era un dios, sólo un ser humano podrido que tenía delirios de grandezas, y los verdaderos dioses se ocuparon de darme una lección. Decidieron recordarme la existencia del animal velludo dentro de las vestiduras de plástico... la atención acerca del cerebro que hay bajo el majestuoso cráneo. De modo que permitieron que los hidranos hicieran un astuto truco quirúrgico en mi cerebro, una de sus especialidades, supongo. No sé si los hidranos fueron malvados por gusto, o si te intentaron curarme de un defecto, de mi incapacidad para dejar salir mis emociones. Trata de averiguarlo tú. Pero hicieron su trabajito. Y entonces volví a la tierra. Un héroe y un leproso al mismo tiempo. Ponte cerca de mí y te enfermas. ¿Por qué? Porque te recuerdo que tú también eres un animal, cuando recibes una dosis de mí, y seguimos girando en nuestro interminable círculo vicioso. Tú me odias porque aprendes cosas acerca de tu alma cuando te aproximas a mí. Y yo te odio porque recibes eso de mí. ¿Lo ves? Soy un transmisor de la peste y la peste que

contagio es la verdad. Mi mensaje es que la humanidad tiene mucha suerte, porque cada uno de sus miembros está encerrado dentro de su propio cerebro. Porque si tuviéramos una gotita de telepatía, simplemente la facultad inarticulada que tengo yo, seríamos incapaces de soportarnos. La sociedad humana sería imposible. Los hidranos pueden llegar a las mentes ajenas y, aparentemente, les gusta. Pero a nosotros no. Y por eso digo que el hombre es el más despreciable del universo. ¡No puede soportar el tufo de su propia raza, del alma de las razas!

- La jaula se está abriendo - dijo Rawlings.

- ¿Qué? ¡Déjame ver! - Muller se adelantó, dándole un empujón. Como no pudo hacerse a un lado con rapidez, Rawlings recibió el embate más fuerte de la emanación. Esta vez no fue tan doloroso. Recibió unas imágenes otoñales: hojas marchitas, flores moribundas, un viento polvoriento, un crepúsculo temprano. Más tristeza que angustia, a causa de la brevedad de la vida, de la necesidad de someterse a la propia condición. Mientras tanto, Muller, olvidado de todo, observaba atentamente los barrotes de alabastro de la jaula -. Ya se han retirado varios centímetros. ¿Por qué no me avisaste?

- Lo intenté. Pero no me escuchó.

- No. No. Mis malditos soliloquios. - Muller rió -. Ned, hace años que estoy esperando ver esto. ¡La jaula está moviéndose! Mira con qué suavidad lo hace, deslizándose en la tierra. Es muy extraño, Ned. Nunca se había abierto dos veces en el mismo año y aquí la tienes, abriéndose por segunda vez en una semana.

- Quizá usted no lo notó y se ha abierto muchas veces - sugirió Rawlings -. Mientras dormía, por ejemplo.

- Lo dudo. ¡Mira eso!

- ¿Por qué lo estará haciendo ahora mismo?

- Enemigos por todas partes - dijo Muller -. La ciudad ya me acepta como a un nativo; ¡he estado tanto tiempo aquí! Pero debe de estar tratando de meterte en una jaula. Un hombre. El enemigo.

La jaula estaba completamente abierta. No había ni rastro de los barrotes, excepto la hilera de agujeros en el pavimento.

- ¿Alguna vez ha tratado de poner algo en las jaulas? - preguntó Rawlings -. ¿Animales?

- Sí. Una vez arrastré una enorme bestia muerta dentro de una jaula. No pasó nada. Luego puse animales pequeños, vivos. No pasó nada. - Frunció el ceño -. Una vez pensé entrar yo mismo en la jaula, para ver si se cerraba automáticamente cuando sentía a un ser humano. Pero no lo hice. Cuando estás solo no haces experimentos de esa clase.

Se detuvo un momento y preguntó:

- ¿No te gustaría ayudarme en un pequeño experimento, Ned?

Rawlings contuvo el aliento. El aire ligero se transformó súbitamente en fuego dentro de sus pulmones.

- Solo tienes que entrar en la alcoba y esperar un par de minutos - dijo Muller en voz baja -. Veremos si la jaula se cierra sobre ti. Es importante saberlo.

- Y si se cierra - dijo Rawlings, tomándolo a broma -, ¿tiene la llave para dejarme salir?

- Tengo algunas armas. Siempre podremos cortando los barrotes con un láser.

- Eso es destructivo. Me advirtió que no destruyera nada aquí.
- A veces hay que destruir para aprender. Vamos, Ned. Entra en la alcoba.
La voz de Muller se volvió extraña y sin relieve. Estaba semiagachado, las manos en los lados, las puntas de los dedos apoyadas en las caderas. «Como si estuviera a punto de arrojarme dentro de la Jaula», pensó Rawlings.
En voz baja, Boardman habló en su oído:
- Haz lo que te pide, Ned. Entra en la jaula. Muestra que tienes confianza en él.
«Tengo confianza en él - se dijo Rawlings, pero no tengo confianza en la jaula»
Tuvo unas incómodas visiones del suelo de la jaula hundiéndose en cuanto los barrotes volvieron a su sitio, de sí mismo arrojado en algún pozo de ácido o lago de fuego subterráneo. «El cubo de la basura para los enemigos atrapados. ¿Qué seguridad puedo tener de que no es así?»
- Hazlo, Ned - murmuró Boardman.
Fue un gesto grandioso y tonto. Rawlings pasó sobre la hilera de orificios y se detuvo con la espalda apoyada en la pared. Casi inmediatamente, los barrotes se levantaron y se cerraron por sobre su cabeza. El sitio parecía sólido. Ningún rayo de la muerte se disparó sobre él. Sus peores temores no se concretaron, pero estaba prisionero.
- Fascinante - dijo Muller -. Funciona con seres inteligentes. Cuando la probé con animales no pasó nada, vivos o muertos. ¿Qué te parece eso, Ned?
- Me alegro de haber podido ayudarle en sus investigaciones. Pero estaría más contento si pudiera salir ahora.
- No puedo controlar los movimientos de los barrotes.
- Dijo que los abriría con un láser.
- Pero ¿por qué tanta prisa en destruir algo? Será mejor que aguardemos un poco. Quizá los barrotes se abrirán nuevamente, por su propia voluntad. Estás perfectamente seguro ahí dentro. Si deseas comer, te traeré alimentos. ¿Tu gente se alarmará si no vuelves cuando anochezca?
- Les enviaré un mensaje - dijo tristemente Rawlings -. Pero espero estar fuera a esa hora.
- No te pongas nervioso - aconsejó Boardman -. Si es necesario, nosotros mismos te sacaremos de ahí. Es importante seguirle la corriente a Muller en todo, hasta que tengas una verdadera amistad con él. Si me oyes, tócate la barbilla con la mano derecha.
Rawlings llevó su mano derecha hasta el mentón.
- Fue un gesto muy valeroso, Ned - dijo Muller -. O muy tonto. A veces no estoy muy seguro de que exista una diferencia. Pero, de todos modos, te estoy muy agradecido. Tenía que saber cómo funcionan estas jaulas.
- Me alegro de haber sido útil. Ya ve que los seres humanos no son tan monstruosos.
- Conscientemente, no. Lo feo es el sedimento que llevan dentro. Permíteme que te lo recuerde. - aproximó a la jaula y cogió los pulidos barrotes, blancos como huesos. Rawlings sintió que la emanación se intensificaba -. Eso es lo que está dentro del cráneo. Por supuesto, yo mismo nunca lo he sentido. Puedo extrapolarlo de las reacciones ajenas. Debe de ser asqueroso.

- Creo que yo podría acostumbrarme - dijo Rawlings, y se sentó, con las piernas cruzadas. ¿Trató de librarse de eso cuando volvió a la Tierra desde Beta Hydri IV?

- Hablé con los cirujanos. No podían ni imaginar qué cambios habían efectuado en mi flujo neural y, por lo tanto, no podían ni pensar cómo arreglar las cosas. Bonito, ¿eh?

- ¿Cuánto tiempo se quedó en la tierra?

- Unos pocos meses. El tiempo suficiente para descubrir que todos los seres humanos que yo conocía se ponían verdes después de estar unos minutos cerca de mí. Empecé a hundirme en la autocompasión y en el autodesprecio, que son más o menos lo mismo. Iba a suicidarme, ¿sabes?, para que el mundo dejara de sufrir.

- No lo creo - dijo Rawlings -. Algunos hombres son incapaces de suicidarse. Y usted es uno de ellos.

- Eso fue lo que descubrí..., y muchas gracias. Como verás, no me suicidé. Probé algunas drogas fantásticas y luego probé la bebida y luego traté de vivir peligrosamente. Y al final, seguía vivo. Entré y salí de cuatro sanatorios psiquiátricos en un mes. Intenté usar un casco de plomo acolchado para detener las radiaciones; era como intentar coger neutrinos con un cubo. Una vez provoqué el pánico en un prostíbulo de Venus. Todas las chicas salieron corriendo desnudas cuando empezaron los gritos. - Muller escupió -. ¿Sabes?, siempre pude prescindir de la sociedad. Cuando estaba entre la gente me sentía feliz, era cordial tenía éxito. No era un artículo tan bien terminado; risueño como tú, desbordante de bondad y nobleza, pero podía relacionarme con los demás y actuar sin problemas. Luego me iba de viaje por un año y medio y no veía a nadie; eso también me gustaba. Sin embargo, cuando ví que había quedado aislado de la sociedad para siempre, me di cuenta de que, después de todo, la necesitaba. Pero eso ya pasó. Ya superé esa necesidad. Puedo pasar cien años solo y nunca echaré de menos a nadie. Me he adiestrado para ver a la humanidad como la humanidad me ve a mí: como una cosa asquerosa, viscosa, mutilada y agazapada, que es mejor evitar. Podéis ir al diablo. No os debo nada, a ninguno; ni siquiera amor. No tengo obligaciones. Podría dejarte pudriéndote en esa jaula, Ned, y no me sentiría inquieto. Pasaría frente a la jaula dos veces por día y sonreiría a tu calavera. No es que sienta odio; no os odio, ni a ti ni a la galaxia que está llena de gente como tú. Es, simplemente, que os desprecio. No sois nada para mí. Menos que nada. Sois basura. Os conozco, ahora, y vosotros me conocíais a mí.

- Habla como si perteneciera a otra raza - dijo Rawlings, maravillado.

- No. Pertenezco a la raza humana. Soy el ser más humano que existe, porque soy el único que no puede ocultar su humanidad. ¿La sientes? ¿Recibes su fealdad? Lo que está dentro de mí está también dentro de ti. Ve con los hidranos; te ayudarán a liberarlo y entonces la gente huirá de ti igual que huye de mí. Hablo en nombre de los hombres. Digo la verdad. Soy la calavera que hay detrás de la cara. Soy los intestinos ocultos. Soy la basura que fingimos ignorar, toda la sucia parte animal, la lascivia, los pequeños odios, las envidias, las enfermedades. Y soy el que pretendía ser un dios. Hybris. Me recordaron qué soy, en realidad.

- ¿Por qué decidió venir a Lemnos? - preguntó Rawlings en voz baja.

- Un hombre que se llama Charles Boardman me metió la idea en la cabeza.

Rawlings dio un respingo ante la mención del nombre.

- ¿Le conoces? - preguntó Muller.
- Bueno... sí. Claro. Es... es un hombre muy importante dentro del gobierno.
- Desde luego. ¿Sabes que fue Boardman quien me envió a Beta Hydri IV? No, no me engañó; no tuvo que persuadirme con sus métodos hipócritas. Me conocía muy bien. Simplemente, explotó mi ambición. «Hay un mundo habitado por seres inteligentes, y queremos que un hombre lo visite. Probablemente sea una misión suicida, pero será el primer contacto del hombre con otra especie inteligente; ¿te interesa?» Y, por supuesto, fui. Él sabía que yo no podría resistir semejante oferta. Y luego, volví, en este estado, trató de evitarme durante un tiempo, porque no podía soportarme, o porque no podía soportar sus sentimientos de culpa. Finalmente lo atrapé y le dije: «Mírame, Charles, así soy ahora, ¿adónde puedo ir, qué puedo hacer?» Me acerqué a él. A esta distancia. Su cara cambió de color. Tuvo que tomar píldoras. Podía ver la náusea en sus ojos. Y me recordó el laberinto de Lemnos.
- ¿Por qué?
- Me lo ofreció como un buen escondite. No sé si estaba siendo cruel o bondadoso. Supongo que pensó que moriría intentando entrar; hubiera sido un buen final para un tipo como yo, o por lo menos, un final mejor que un trago de carnífago y disolverse por una tubería. Por supuesto, dije a Boardman que ni pensarlo. Quería disimular mi rastro. Grité y dije que lo último que haría en el mundo sería venir aquí. Luego pasé un mes en los muelles subterráneos de Nueva Orleans y cuando volví a la superficie alquilé una nave y me vine. Usé el máximo posible de tácticas de desviación, para asegurarme que nadie conocía mi verdadero destino. Boardman tenía razón. Este era el lugar.
- ¿Cómo hizo para entrar en el laberinto? - preguntó Rawlings.
- Pura mala suerte.
- ¿Mala suerte?
- Estaba tratando de morir de forma gloriosa - dijo Muller -. No me importaba sobrevivir. Simplemente entré y me dirigí al centro.
- ¡No puedo creerlo!
- Bueno, es más o menos cierto. El problema, Ned, es que soy de los que sobreviven. Es un don innato; quizá sea algo paranormal. Poseo excelentes reflejos. Tengo una especie de sexto sentido, como un dios. Además, mi instinto de supervivencia está muy bien desarrollado. Y tenía detectores de masa y algunas otras herramientas útiles. De modo que entré en el laberinto y cada vez que veía un cadáver tirado por allí miraba con más atención que de costumbre y me detenía cuando me parecía que mi visualización del lugar empezaba a fallar. Estaba convencido de que moriría en la zona H. Quería morir. Pero quiso la suerte que triunfara donde todos los demás habían fracasado; supongo que fue porque me daba igual. Eso hizo desaparecer las angustias. Me movía como un gato, con todos los músculos en tensión; de algún modo pasé por las partes más duras del laberinto, lamentándolo bastante, y aquí estoy.
- ¿Ha salido alguna vez?
- No. De vez en o voy hasta la zona E, donde están tus amigos. También fui dos veces a F. Pero casi siempre estoy en las tres zonas interiores. He acomodado todo muy bien Tengo una alacena radiactiva para mi provisión de carne, un edificio que uso como biblioteca, un lugar

donde guardo mis cubos y también hago un poco de taxidermia en otro edificio. Voy de caza con frecuencia. Y examino el laberinto, tratando de descubrir la forma en que funciona. He dictado varios cubos de memorias acerca de mis descubrimientos. Apuesto a que a tus amigos les encantaría recibir esos cubos.

- No dudo que nos enseñarían muchas cosas - dijo Rawlings.
- Seguro que sí, los destruiré antes de permitir que nadie los vea. ¿Tienes hambre, chico?
- Un poco.
- No te vayas. Te traeré el almuerzo.

Muller se fue, andando a zancadas, hasta los edificios más próximos y desapareció. Rawlings dijo en voz baja:

- Esto es horrible, Charles. Es evidente que está loco.

- No estés tan seguro - replicó Boardman -. No hay duda de que nueve años de aislamiento pueden afectar el equilibrio mental y la última vez que vi a Muller no parecía muy equilibrado. Pero puede estar jugando contigo..., fingiendo estar loco para comprobar tu buena fe.

- ¿Y si no es eso?

- Considerando lo que queremos de él, no importa que se haya vuelto loco. Hasta puede ser útil.

- No entiendo.

- No hace falta - dijo Boardman apaciblemente -. No te pongas nervioso, lo estás haciendo muy bien, por ahora.

Muller volvió, trayendo un plato de carne y una hermosa copa de cristal llena de agua.

- Es lo mejor que puedo ofrecerte - dijo, empujando un trozo de carne entre los barrotes -. Un mal local. Comes alimentos sólidos, ¿verdad?

- Sí.
- A tu edad, lo suponía. ¿Cuántos años dijiste que tenías? ¿Veinticinco?
- Veintitrés.

- Eso es aún peor. - Muller le dio el agua. Tenía un agradable sabor, o ausencia de sabor. Muller se sentó frente a la jaula y comió en silencio. Rawlings notó que el efecto de la emanación ya no parecía tan molesto, aun a menos de cinco metros de distancia. «Es obvio que uno se va habituando, pensó. Si uno quiere intentarlo. »

Después de un rato, Rawlings dijo:

- Dentro de unos días, ¿querrá salir y conocer a mis compañeros?

- De ninguna manera.

- Les interesaría mucho hablar con usted.

- No tengo interés en hablar con ellos. Prefiero hablar con animales salvajes.

- Pero habla conmigo - señaló Rawlings.

- Por novelería. Y porque tu padre era un buen amigo mío. Y porque, considerando lo que son los seres humanos, eres bastante aceptable. Pero no quiero verme rodeado por una masa de arqueólogos con ojos de cucaracha.

- Bueno, podría conocer a dos o tres - sugirió Rawlings -. Hacerse a la idea de estar de nuevo con la gente.

- No.
- No entiendo por qué...
Muller le interrumpió:
- Espera un momento. ¿Por qué tendría que hacerme a la idea de estar de nuevo con la gente?

Incómodo, Rawlings dijo:
- Bueno, porque hay gente aquí, porque no es bueno estar demasiado aislado de...
- ¿Estás planeando alguna jugada sucia? ¿Quieres atraparme y sacarme del laberinto? Vamos, vamos, muchacho, dime qué idea tienes en tu pequeño cerebro. ¿Qué razones hay para que quieras volver a acostumbrarme a la compañía de los hombres?

Rawlings vaciló. En el incómodo silencio Boardman habló velozmente, proporcionándole la insidia de que carecía, haciendo de apuntador. Rawlings escuchó e hizo lo que pudo.
- Me está transformando en un intrigante, Dick. Pero le juro que no tengo ningún plan siniestro. Admito que he estado tratando de ablandarle, de hacerle sentir más alegre, de hacerme amigo suyo; será mejor que le diga por qué.
- ¡Será mejor que lo hagas!
- Es a causa de las investigaciones arqueológicas. Sólo podremos quedarnos unas semanas en Lemnos. Usted ha estado aquí..., son nueve años, ¿verdad? Sabe tanto de este lugar, Dick, y creo que es injusto que guarde esos conocimientos para usted solo. De modo que he estado tratando de que se sienta cómodo y sea amigo mío para que luego, quizá, venga a la zona E, hable con los demás, responda a sus preguntas y les explique lo que sabe del laberinto.
- ¿Es injusto que guarde esos conocimientos?
- Bueno; sí. Esconder conocimiento es lamentable.
- ¿Es justo que la humanidad me llame sucio y huya de mí?
- Eso es diferente - dijo Rawlings -. Está más allá de toda justicia. Usted está en un estado..., un estado poco afortunado, que no mereció y todo el mundo siente mucho que esté así, pero, por otra parte, seguramente se da cuenta de que desde el punto de vista de los otros seres humanos es muy difícil tener una actitud indiferente hacia su... su...
- Hacia mi hedor - completó Muller -. Muy bien. Es bastante difícil soportar mi presencia. Por lo tanto, estoy muy dispuesto a ahorrársela a tus amigos. Quítate de la cabeza la idea de que hablaré con ellos, o beberé té con ellos o tendré algo que ver con ellos. Y el hecho de que te haya concedido el privilegio de molestarme es irrelevante. Además, ya que estoy instruyéndote, quiero recordarte que mi poco afortunado estado fue merecido. Me lo gané metiendo las narices en lugares donde no tenía nada que hacer y pensando que por ir a esos lugares era más que humano. Hybris. Ya te había dicho la palabra.

Boardman continuaba dándole instrucciones. Rawlings continuó hablando, con el acre gusto de la mentira en la lengua:
- No lo culpo por estar amargado, Dick. Pero sigo pensando que está mal que nos rehuse información. Quiero decir..., recuerde sus tiempos de viajero. Si aterrizaba en un planeta y alguien tenía la información vital que usted había ido a buscar, ¿no hubiera hecho cualquier

esfuerzo por obtener esa información? Aunque la otra persona hubiera tenido ciertos problemas personales que...

- Lo siento - dijo Muller - Ya no me importa.

Y se alejó, dejando a Rawlings solo en la jaula, con dos trozos de carne y la copa de agua casi vacía.

Cuando Muller se perdió de vista, Boardman dijo:

- Sin duda es muy susceptible. Pero nunca esperé dulzura de él. Le estás conmoviendo, Ned. Eres la mezcla justa de astucia e ingenuidad.

- Y estoy en una jaula,

- Eso no es grave. Podemos enviar un robot para que te libere si la jaula no se abre pronto.

- Muller no va a colaborar - murmuró Rawlings - parece lleno de odio, le sale por todas partes. Nunca va a cooperar. Nunca había visto tanto odio en un hombre.

- Tu no sabes qué es el odio - dijo Boardman -. Y él tampoco. Te digo que todo va bien. Es lógico que haya tropiezos, pero el hecho de que hable contigo es muy importante en sí mismo. No quiere estar lleno de odio. Dale una pequeña oportunidad de dejar su postura indiferente y lo hará.

- ¿Cuándo enviará la sonda a liberarme?

- Más tarde - dijo Boardman -. Si es necesario.

Muller no regresó. La tarde se volvió oscura y el aire más frío. Rawlings se acurrucó, incómodo, en la jaula. Trató de imaginar la ciudad cuando estaba viva, cuando aquella jaula se usaba para recibir los prisioneros capturados en el laberinto. Con los ojos de la mente vio un tropel de los constructores de la ciudad, bajos y gruesos, con matas de pelo cobrizo y cutis verdoso, agitando sus largos brazos y señalando hacia la jaula y en la jaula, acurrucada, una cosa parecida a un escorpión gigante, con color cera que rascaba los bloques de piedra del pavimento, y ojos salvajes y una peligrosa cola que aguardaba a cualquiera que se pusiese a su alcance. Una música estridente resonaba en la ciudad. Risas extrañas. El cálido hedor a almizcle de los pobladores. Niños escupiendo a la cosa de la jaula. Sus salivazos eran como llamaradas. Luz de luna brillante; sombras danzando. Una criatura atrapada, horrible y malevolente, echando de menos a sus hermanos, a su colmena en un mundo de Alpheca o Markab, donde unos seres cerúleos con cola se movían por unos túneles brillantes. Durante muchos días los constructores de la ciudad vinieron, se burlaron, reprocharon. La criatura de la jaula no aguantaba más sus cuerpos macizos y su dedos de araña que se enredaban, sus caras chatas y sus colmillos salientes. Y llegó un día en que el suelo del laberinto cedió, porque estaban fatigados del cautivo del otro mundo, y éste cayó, agitando furiosamente la cola, en un pozo lleno de cuchillos.

Era de noche. Rawlings no había sabido nada de Boardman en las últimas horas. No había visto a Muller desde las primeras horas de la tarde. Rawlings estaba desarmado. Había animales en la plaza, animales pequeños que no tenían más que dientes y garras. Estaba dispuesto a pisotear a cualquier bestia que se deslizara entre los barrotes de la jaula.

Sentía frío y hambre. Miró hacia la oscuridad, tratando de distinguir a Muller. Aquello ya era demasiado.

- ¿Me oye? - preguntó a Boardman.

- Te sacaremos pronto.
- Sí. ¿Pero?
- Mandamos una sonda, Ned.
- Una sonda tendría que llegar aquí en quince minutos. Estas zonas no son peligrosas.
Boardman tardó en responder:
- Muller interceptó la sonda y la destruyó hace una hora.
- ¿Por qué no me lo había dicho?
- Hemos enviado varias sondas simultáneamente - dijo Boardman -. Muller no podrá interceptarlas a todas. Todo va muy bien, Ned. No estás en peligro.
- Hasta que pase algo - repitió Rawlings - lúgubramente.
Pero no insistió. Hambriento, con frío, se tendió, apoyándose en la pared y esperó. Vio como un animal pequeño y ágil acechaba y mataba a otro mucho más grande a cien metros de distancia, en la plaza.
Vio como las hienas llegaban corriendo para arrancar trozos de carne ensangrentada. Oyó los sonidos de la carne lacerada y tironeada. Su área de visión estaba parcialmente obstruida y torcía el cuello tratando de ver el robot que lo liberaría. Pero no apareció ningún robot.
Se sintió como la víctima de un sacrificio, empalado y aguardando la muerte.
Los devoradores de carroña habían terminado su trabajo. Atravesaron la plaza y se acercaron a él; se parecían a comadrejas con grandes cabezas ahusadas y patas en forma de remos, de las que salían unas garras amarillentas y abultadas. Tenían las pupilas rojas sobre un fondo amarillo. Lo estudiaron con interés, solemnes y pensativos. Había espesas manchas de sangre en sus hocicos.
Se aproximaron más. Un hocico largo y estrecho se metió entre dos barrotes. Rawlings le dio una patada. El hocico se retiró. A su izquierda penetró otro. Luego hubo tres. Y entonces las Comadrejas comenzaron a entrar en la jaula por todos lados.

Boardman se había preparado un confortable nidito en el campamento de la zona F. A su edad, no pedía excusas. Nunca había sido un espartano, y el precio que cobraba por sus peligrosos y agotadores viajes era la posibilidad de llevar consigo sus placeres. Los robots habían traído sus pertenencias de la nave. Bajo la curva blanco lechosa de la cúpula tensada a presión, había arreglado un sector privado con calefacción radiante, cortinas fosforescentes, un supresor de gravedad y hasta una consola de licores. El café y otras delicias nunca estaban muy lejos. Dormía en un cómodo colchón inflable, cubierto por una gruesa manta roja rellena de fibras precalentadas. Sabía que los demás integrantes del campamento, que se las arreglaban con mucho menos, no le guardaban rencor; sabían que Charles Boardman lo pasaba bien estuviera donde estuviera.

Greenfield entró.

- Hemos perdido otro robot, señor - dijo secamente -. Ahora sólo quedan tres en las zonas interiores.

Boardman colocó la cabeza de ignición en la punta de su puro. Inhaló el humo durante unos momentos, cruzó y descruzó las piernas, exhaló el humo y sonrió.

- ¿Muller también va a cazar esos tres?

- Creo que sí. Conoce las rutas de acceso mejor que nosotros. Y las cubre todas.

- ¿Y no han enviado robots por rutas que no hayamos explorado?

- Dos, señor. Fueron destruidos.

- Hummn. Será mejor enviar una buena cantidad de sondas al mismo tiempo y confiar en que una, por lo menos, podrá evitar a Muller. Ese chico está un poco harto de estar en la jaula. Por favor, cambie el programa. El cerebro es capaz de cambiar las tácticas si se le indica. Digamos que veinte sondas que entren simultáneamente.

- No tenemos más que tres - dijo Greenfield.

Boardman mordió convulsivamente su puro.

- ¿Tres aquí, en el campamento, o tres en total?

- Tres en el campamento. Y cinco más fuera del laberinto que están entrando ahora.

- ¿Y quién permitió que sucediera esto? ¡Llame a Hosteen! ¡Ponga en funcionamiento a esos patrones! ¡Quiero que mañana por la mañana haya cincuenta sondas! ¡Qué estupidez, Greenfield!

- Sí, señor.

- ¡Váyase!

- Sí, señor.

Boardman chupó el cigarro, furioso. Marcó, pidiendo coñac, ese producto rico, espeso y viscoso que destilaban los padres prolepticalistas en Deneb XIII.

La situación se estaba poniendo exasperante. Vació de un golpe la mitad del coñac que había en su copa, jadeó y volvió a llenarla. Sabía que estaba a punto de perder la perspectiva... y ése

era el peor de los pecados. La complejidad de la misión le estaba agotando. Todos los pasos cautelosos, las pequeñas complicaciones, los esmerados acercamientos a la finalidad propuesta. Rawlings en la jaula. Rawlings y sus conflictos morales. Muller y su visión neurótica del mundo. Animalitos que te mordisqueaban los talones mientras contemplaban pensativos tu garganta. Las trampas que habían construido esos demonios. Y los extragalácticos que aguardaban, con sus ojos como platos y sus sentidos radiales; para ellos, alguien como Charles Boardman no era más que un vegetal muerto. La sentencia de muerte suspendida sobre la humanidad. Boardman sacudió la ceniza de su puro y miró asombrado lo que quedaba de él. La cabeza de ignición no funcionaba. Se inclinó hacia adelante, extrajo un rayo de infrarrojos del generador portátil y volvió a encenderlo, chupando enérgicamente para asegurar la combustión. Con un gesto petulante de la mano, reactivó la comunicación con Ned Rawlings.

La pantalla mostró el claro de luna, los barrotes y unos hocicos peludos llenos de dientes.

- ¿Ned? - dijo -. Soy Charles. Ya te hemos enviado las sondas. Te sacaremos de esa estúpida jaula dentro de cinco minutos, ¿lo oyes? ¡cinco minutos!

2

Rawlings estaba muy ocupado.

Casi resultaba gracioso. El flujo de pequeños animales era muy abundante. Llegaban y olfateaban entre los barrotes, en grupos de dos y de tres, comadrejas, hurones, visones o lo que fueran, todos dientes y ojos. Pero eran comedores de carroña, no cazadores. Sólo Dios sabía por qué se acercaban a la jaula. Se amontonaban alrededor de Rawlings, rozándole los tobillos con sus pieles toscas, lo arañaban, lo pateaban, le clavaban las garras, mordisqueaban sus tobillos.

Pisoteaba. Aprendió rápidamente que una bota apoyada justo detrás de la cabeza podía partir una columna vertebral rápida y eficazmente. Luego con una veloz patada enviaba a su víctima a un rincón de la jaula, donde los demás lo devoraban prontamente. Rawlings trabajaba siguiendo un ritmo: vuélvete, pisa, pateo. Vuélvete, pisa, pateo. Vuélvete, pisa, pateo.

Pero, con todo, lo estaban lastimando mucho.

Durante los primeros cinco minutos apenas si tuvo tiempo de tomar aliento. Vuélvete, pisa, pateo. En ese tiempo mató a unos veinte. En el fondo de la jaula había un montón de cadáveres alrededor de los cuales sus camaradas se disputaban los bocados más tiernos. Llegó un momento en que todos los animales que habían entrado en la jaula estaban ocupados con sus congéneres fallecidos y no se veían refuerzos en el exterior. Rawlings tuvo un respiro. Se agarró a los barrotes con una mano y levantó la pierna izquierda para examinar la miscelánea de cortes, mordiscos y arañazos. «¿Te darán una medalla estelar póstuma si mueres de rabia?» Su pierna estaba ensangrentada de la rodilla hasta el pie y las heridas, aunque no eran profundas, ardían y eran dolorosas. De golpe, comprendió por qué habían ido allí los comedores de carroña. Mientras descansaba tuvo tiempo de respirar hondo y olfateó el penetrante olor de la carne podrida. Casi podía verlo: el enorme cadáver de una bestia, abierto en la panza, exhibiendo los

pegajosos órganos internos, unas grandes moscas negras girando por encima y quizá uno o dos gusanos circunnavegando el Monte de carne...

Allí no había nada podrido. Los animales muertos no habían tenido tiempo de descomponerse y, de todos modos, ya no quedaban más que unos pocos huesos roídos.

Rawlings comprendió que se trataba de una ilusión olfativa; una trampa creada por la jaula, evidentemente. La jaula transmitía olor a podrido. ¿Por qué? Obviamente, para atraer a las comadrejas. Una refinada forma de tortura. Se preguntó si Muller no habría sido el responsable, yendo al centro de control cercano a conectar el olor.

No tuvo más tiempo para la contemplación. Un batallón de refresco atravesaba la plaza a toda velocidad en hacia la jaula. Parecían un poco mayores, aunque no tanto como para no pasar entre los barrotes, y sus colmillos tenían un brillo de sable a la luz de las lunas. Apresuradamente, Rawlings desnucó a tres de los saciados caníbales que estaban en su jaula y, en un maravilloso raptó de inspiración, los hizo pasar entre los barrotes y los arrojó a ocho o diez metros de la jaula. Muy bien. Los recién llegados se detuvieron, resbalando, y comenzaron inmediatamente a devorar los cuerpos agonizantes que se retorcían delante de ellos. Sólo unos pocos se molestaron en entrar en la jaula, y llegaron lo suficientemente espaciados como para que Rawlings tuviera la posibilidad de atraparlos por turno y arrojarlos fuera para alimentar a la nueva horda. «A este ritmo - pensó -, si no llegan otros podré deshacerme de todos. »

Afortunadamente, dejaron de llegar. A esas alturas, había matado setenta u ochenta animales. El tufo de la matanza cubría el hedor sintético de la jaula; a causa de la batalla le dolían las piernas y su cabeza giraba como la de un borracho. Pero, por fin, la noche se había vuelto pacífica. Algunos cuerpos, que conservaban la piel, y otros, que no eran más que un armazón de huesos, yacían en un amplio círculo frente a la jaula. Un charco espeso y oscuro de sangres mezcladas manchaba una docena de metros cuadrados. Los pocos sobrevivientes se marcharon lentamente, su glotonería ya saciada, sin intentar siquiera amenazar al ocupante de la jaula. Cansado, sin fuerzas, a punto de reír o de llorar, Rawlings se aferró a los barrotes sin mirar sus piernas que latían bañadas en sangre, las sentía febriles. Se imaginó a unos extraños microorganismos soltando sus valiosos cargamentos en su torrente. Por la mañana sería un cadáver púrpura e hinchado, un mártir del exceso de astucia, del extravío de Charles Boardman ¡Qué idiotez había sido meterse en esa jaula! ¡Qué forma tan estúpida de ganar la confianza de Muller! Pero la jaula tenía alguna utilidad, comprendió súbitamente Rawlings.

Tres enormes bestias se encaminaban hacia él desde tres direcciones diferentes. Andaban como leones, pero tenían el aspecto de jabalíes: eran criaturas alargadas, con lomos fuertes, de unos cien kilos de peso. Sus cabezas eran piramidales; sus bocas estrechas soltaban babas y tenían dos juegos de dos ojos estrábicos y pequeños, a ambos lados de la cabeza, debajo de sus orejas caídas. Unos colmillos curvados hacia abajo interceptaban los caninos más pequeños y filosos que nacían en sus poderosas mandíbulas.

Los tres monstruos se inspeccionaron uno a otro con aire desconfiado y realizaron una compleja serie de evoluciones circulares que mostraban con toda claridad el problema de los tres predadores, mientras trotaban e intentaban demarcar sus respectivos territorios. Rozaron un momento el montón de cadáveres, pero era evidente que no comían carroña; estaban buscando

carne viva y su desdén por los cuerpos deshechos y semidevorados era evidente. Cuando dieron por terminada su inspección se volvieron para contemplar a Rawlings, parados de tres cuartos de perfil, de modo que cada uno lo miraba fijamente con un par de ojos. Rawlings se alegró de contar con la protección de la jaula. No le hubiera gustado estar fuera, agotado y sin protección, con aquellos tipos recorriendo la ciudad en busca de la cena.

Y, por supuesto, en ese momento los barrotes de la jaula comenzaron a retirarse.

3

Muller, que llegó justo en ese momento, observó la totalidad de la escena. Se detuvo brevemente para admirar la seductora desaparición de los barrotes en los agujeros del suelo. Contempló a los tres cerdos hambrientos y el perfil aturdido y ensangrentado de Rawlings de pie frente a ellos, súbitamente indefenso.

- ¡Agáchate! - gritó Muller.

Rawlings se agachó: corrió cuatro pasos hacia la izquierda, resbaló en el pavimento cubierto de sangre y aterrizó sobre un montón de pequeños cadáveres que estaban tirados en la calle. En ese mismo momento, Muller disparó sin molestarse en conectar el visor manual; aquellos animales no eran comestibles. Tres rápidos golpes tumbaron a los jabalíes; no volvieron a moverse. Muller se dirigió hacia Rawlings, pero, en ese momento, uno de los robots del campamento de la zona F apareció, deslizándose alegremente hacia ellos. Muller maldijo en voz baja. Sacó el globo destructor del bolsillo y dirigió la abertura hacia el robot. La sonda volvió su inexpresivo cabeza a Muller mientras éste disparaba.

El robot se desintegró. Rawlings había logrado ponerse de pie.

- No debía haberlo destruido - dijo, ofuscado -. Venía a ayudarme.

- No necesitabas ayuda - dijo Muller -. ¿Puedes andar?

- Creo que sí.

- ¿Estás malherido?

- Me han mordisqueado; eso es todo. No estoy tan mal como parece.

- Ven conmigo - dijo Muller. Ya había más comedores de carroña en la plaza, que habían sido convocados por el misterioso telégrafo de la sangre. Unos bichos pequeños y llenos de dientes estaban realizando un trabajo concienzudo en los tres jabalíes. Rawlings se tambaleaba y parecía hablar solo. Olvidando su emanación, Muller lo tomó del brazo; Rawlings dio un respingo y se soltó, pero luego, como si se arrepintiera de haber sido grosero, dio el brazo a Muller. Cruzaron la plaza juntos. Rawlings temblaba y Muller no supo si se sentía mal a causa de su aventura o por la ruidosa proximidad de una mente al desnudo.

- Aquí - dijo Muller secamente.

Entraron en la celda hexagonal donde guardaba su diagnosticador. Muller selló la puerta y Rawlings se dejó caer pesadamente en el suelo desnudo. Sus cabellos rubios estaban pegados a su frente por el sudor. Su mirada era inquieta y tenía las pupilas dilatadas.

- ¿Cuánto tiempo duró el ataque? - preguntó Muller.

- Quince, veinte minutos. No lo sé. Eran cincuenta, o cien. Les rompía la nuca. Hacían un ruido cascado, ¿sabe?, como cuando uno rompe una ramita. Y luego la jaula se retiró - Rawlings rió histéricamente -. Esa fue la parte mejor. Justo había terminado de liquidar a esos pequeños bastardos y estaba recuperando el aliento y entonces llegaron los tres monstruos y, claro, la jaula se desvaneció y...

- Tranquilo - dijo Muller -. Hablas tan rápido que no te entiendo. ¿Puedes quitarte las botas?

- Lo que queda de ellas.

- Sí. Quítatelas y remendaremos tus piernas. En Lemnos hay una gran abundancia de bacterias infecciosas. Y protozoarios, y algas y tripanosomas, por lo que sé.

Rawlings trató de abrir los corchetes.

- ¿Puede ayudarme? Me parece que no puedo...

- Si me acerco no te gustará - advirtió Muller.

- ¡Al diablo con eso!

Muller se encogió de hombros. Se aproximó a Rawlings y manipuló los cierres de resorte de las botas. Los refuerzos metálicos estaban llenos de marcas de diente, las botas y las piernas también. En unos momentos, Rawlings fue despojado de botas y polainas. Yacía en el suelo haciendo muecas y tratando de parecer heroico. Sus piernas estaban en mal estado, aunque ninguna de las heridas parecía grave; lo malo era que había muchas. Muller puso en marcha el diagnosticador. Las lámparas brillaron y el canal receptor indicó que el paciente debía acercarse.

- Es un modelo antiguo - dijo Rawlings -. No sé cómo se usa.

- Coloca las piernas frente al examinador.

Rawlings giró sobre sí mismo. Una luz azul se movió sobre sus heridas. Las entrañas del diagnosticador crujieron y chirriaron. Apareció una esponja, en el extremo de un brazo articulado, que corrió suave y hábilmente sobre su pierna izquierda hasta un punto situado justo encima de la rodilla. La máquina tragó la esponja y empezó a digerirla, reduciéndola a sus elementos constitutivos, mientras otra esponja limpiaba la pierna derecha. Rawlings se mordió el labio. Le estaban aplicando un coagulante y un desinfectante, de modo que cuando las esponjas terminaron su trabajo la sangre desapareció y los estrechos surcos y mordidas quedaron a la vista. Tenían mal aspecto, pensó Muller, pero no tanto como antes.

El diagnosticador generó un nódulo ultrasónico e inyectó un líquido dorado en la rabadilla de Rawlings. Un sedante, supuso Muller. Una segunda inyección, color ámbar, era, probablemente, un antibiótico de espectro amplio, para evitar infecciones. Era evidente que Rawlings estaba más tranquilo. Una variedad de brazos brotó de varios sectores del aparato, inspeccionando con detalle las lesiones de Rawlings y realizando las reparaciones necesarias. Se oyó un zumbido y tres chasquidos. Luego el diagnosticador empezó a cerrar las heridas, asegurándolas firmemente.

- Quédate quieto - le dijo Muller -. Dentro de un par de minutos te sentirás bien.

- No tendría que hacer esto - dijo Rawlings -. En el campamento tenemos suministros médicos y a usted no deben sobrarle. Hubiese sido suficiente con dejar que la sonda me llevara hasta el campamento y...

- No quiero que esos robots anden arrastrándose por aquí. Y el diagnosticador tiene reservas para cincuenta años más. Yo no enfermo con frecuencia. Puede sintetizar la mayor parte de las cosas que necesita para tratarme. Mientras le suministre protoplasma de vez en cuando, hace el resto.

- Pero necesitará reemplazar los medicamentos especiales.

- No necesariamente. No quiero favores. ¡Ah! Ya ha acabado contigo. Lo más probable es que no queden cicatrices.

La máquina soltó a Rawlings, que se apartó de ella y miró a Muller. El rostro del muchacho estaba en calma. Muller se apoyaba contra la pared y frotaba sus omóplatos en el sitio donde se juntaban dos caras del hexágono.

- No imaginé que serías atacado por esos animales - dijo -. No te hubiese dejado solo tanto tiempo. ¿No llevas arma?

- No.

- Esos animales nunca atacan a seres vivos. ¿Por qué te atacaron a ti?

- Fue la jaula - explicó Rawlings -. Empezó a emitir olor a carne podrida. Un señuelo. De golpe, se me echaron encima. Creí que iban a comerme vivo.

Muller sonrió.

- Muy interesante. De modo que la jaula está programada como trampa, además. Hemos obtenido información útil de este pequeño incidente. No te imaginas qué interesado estoy en esas jaulas. En cada una de las partes de este maravilloso lugar. El acueducto. Los calendarios. El aparato que limpia las calles. Te estoy muy agradecido por ayudarme a saber un poco más.

- Conozco otra persona con la misma actitud - dijo Rawlings. - No le preocupa el riesgo o el precio, siempre que la experiencia sirva para saber un poco más. Board...

Cortó la palabra con un gesto brusco.

- ¿Quién?

- Bordoni - dijo Rawlings -. Emili Bordoni, mi profesor de epistemología en la universidad. Nos dio un curso maravilloso. En realidad era hermeneútica aplicada, un curso sobre el arte de aprender.

- Eso es heurística - corrigió Muller.

- ¿Está seguro? A mí me parece que...

- Te equivocas - dijo Muller -. Estás hablando con un experto. La hermeneútica es el arte de la interpretación. Originalmente se aplicaba a las escrituras, pero ahora se usa para todas las formas de comunicación. Tu padre lo hubiera sabido. Mi misión ante los hidranos fue un experimento de hermeneútica aplicada. No tuvo éxito.

- Heurística. Hermeneútica. - Rawlings rió -. Bueno, de todos modos me alegro de haberle ayudado a aprender algo sobre las jaulas. Mi buena obra heurística. Espero haber cubierto el cupo por el momento.

- Supongo que sí - dijo Muller. De algún modo sentía una extraña sensación de bienestar. Casi había olvidado que era muy agradable poder ayudar a otra persona. O poder charlar, sin prisas, de cosas sin importancia -. ¿Bebes, Ned? - preguntó.

- ¿Bebidas alcohólicas?

- Eso quise decir.
- Moderadamente.
- Este es nuestro licor local - dijo Muller -. Lo producen unos gnomos, en las entrañas del planeta.

Extrajo un frasco muy delicado y dos copas de boca ancha. Cuidadosamente sirvió unos veinte centilitros en cada copa.

- Esto lo consigo en la zona C - explicó, mientras le alcanzaba su copa a Rawlings -. Brota de una fuente. En realidad, tendría que llamarse bebeme, supongo.

Cautelosamente, Rawlings lo probó.

- ¡Es fuerte!

- Sí. Alrededor de un sesenta por ciento de alcohol. Dios sabe qué es el resto, o cómo lo sintetizan, o por qué. Yo me limito a aceptarlo. Me gusta su sabor dulce y picante al mismo tiempo. Por supuesto, es muy fuerte. Supongo que pretende ser otra trampa. Te emborrachas, muy feliz, y entonces el laberinto te liquida - Alzó su copa con gesto amistoso -. ¡Salud!

Los dos rieron del brindis arcaico y bebieron.

«Cuidado, Dick - se dijo Muller -. Te estás poniendo muy sociable con este chico. Recuerda quién eres. Y por qué. ¿Qué clase de ogro eres, para actuar así?»

- ¿Podría llevar un poco de esto al campamento? - preguntó Rawlings.

- Supongo que sí. ¿Por qué?

- Hay un tipo allí que lo apreciaría. Es una especie de gourmet. Viaja con una consola llena de licores que sirve unas cien bebidas de cuarenta mundos diferentes. Ni siquiera recuerdo sus nombres.

- ¿Tiene algo de Marduk? - preguntó Muller -. ¿De los mundos de Deneb? ¿De Rigel?

- No estoy seguro. Quiero decir que me gusta beber una copa de vez en cuando, pero no soy un entendido.

- Si tu amigo estuviese dispuesto a hacer un trueque... - Muller se interrumpió -. No. No. Olvídalo. No voy a entrar en tratos.

- Pueda volver al campamento conmigo - dijo Rawlings -. Estoy seguro de que le dejaría usar libremente la consola.

- Eres muy sutil. No. - Muller miró ceñudo su copa -. No vas a convencerme, Ned. No quiero tener que ver con los otros.

- Lamento que piense así.

- ¿Otra copa?

- No - Tengo que volver al campamento. Es muy tarde. No estaba previsto que pasara el día aquí y me van a echar una bronca por no haber hecho mi parte del trabajo.

- Estuviste casi todo el día en la jaula. No pueden culparte por eso.

- Ayer se quejaron, creo que no quieren que venga a visitarle.

Muller sintió que algo se endurecía en su interior.

Rawlings continuó:

- Hoy no hice nada en todo el día; no me sorprendería que mañana no me dejaran venir. Se ponen muy tontos, a veces. Quiero decir que como usted no parece muy deseoso de cooperar, consideran que pierdo el tiempo viniendo a verle, en vez de controlar la maquinaria en E o en F.

Rawlings terminó su copa y se puso en pie, con un gemido. Miró sus piernas desnudas. El diagnosticador había cubierto las heridas con una espuma nutritiva color carne; era casi imposible darse cuenta de que su piel había sufrido heridas. Con dificultad volvió a ponerse las estropeadas polainas.

- No me pondré las botas - dijo -. Están rotas y no sería agradable intentar caminar. Supongo que podré volver descalzo hasta el campamento.

- El pasto es muy liso - dijo Muller.

- ¿Me dará un poco de ese licor para mi amigo?

En silencio, Muller le dio el frasco, lleno hasta la mitad.

Rawlings lo metió en su cinturón.

- Fue un día muy interesante. Espero poder volver.

4

Mientras Rawlings cojeaba, dirigiéndose hacia la zona E, Boardman preguntó:

- ¿Cómo están tus piernas?

- Cansadas. Están curando muy rápido. Estoy bien.

- Ten cuidado. No dejes caer el frasco.

- No se preocupe, Charles. Lo tengo bien sujeto. No le privaría de esa experiencia.

- Escucha, Ned. Tratamos de que los robots llegaran hasta la jaula. Vi todo lo que sucedió cuando esos animales horribles te atacaron. Pero no podíamos hacer nada. Muller interceptaba las sondas y las destruía.

- Está bien - dijo Rawlings.

- Es evidente que no está en sus cabales. No quería que una sonda entrara en las zonas interiores.

- Está bien, Charles. No estoy muerto.

Pero Boardman no podía dar por terminado el tema.

- Se me ocurrió que si no hubiésemos intentado enviar las sondas hubiese sido mejor, Ned. Las sondas mantuvieron ocupado a Muller durante mucho rato. Si no, hubiese vuelto a la jaula. Te hubiera ayudado. O hubiese matado a los animales. El...

Deteniéndose, Boardman contrajo los labios y se reprochó interiormente el ponerse a divagar. Un síntoma de vejez. Sintió los pliegues de carne en su estómago. Necesitaba otra reforma. Adelantar su edad exterior hasta los sesenta años, más o menos, corrigiendo el deterioro fisiológico hasta volver a los cincuenta. Más viejo por fuera que por dentro. Una frase astuta para ocultar la astucia.

Después de un rato, dijo:

- Parece que Muller y tú ya sois buenos amigos. Me alegro. Ya es hora de que le tientes para que salga.

- ¿Y cómo lo lograré?
- Prométele una cura.

Volvieron a encontrarse tres días después, a mediodía, en la zona B. Muller pareció aliviado al verle; era lo que se pretendía. Rawlings entró caminando en diagonal por la pista de baile ovalada (o lo que fuera) que había entre dos torres chatas de color azul oscuro y Muller le saludó con la cabeza.

- ¿Cómo están tus piernas?

- Estupendamente.

- Y a tu amigo..., ¿le gustó el licor?

- Le pareció magnífico - dijo Rawlings, recordando el resplandor de los ojos astutos de Boardman -. Le manda su frasco lleno de un coñac muy especial y espera que usted le envíe otra ronda.

Muller miró el frasco que le tendía Rawlings.

- Que se vaya al infierno - dijo fríamente -. No voy a hacer intercambios. Si me das ese frasco lo romperé.

- ¿Por qué?

- Dámelo y te mostraré. No. Espera. Espera. No lo romperé. Dámelo.

Rawlings se lo entregó. Muller miró el hermoso frasco en sus manos, activó la tapa y la llevó a los labios.

- Sois unos demonios - dijo en voz baja -. ¿Qué es esto? ¿Es del monasterio de Deneb XIII?

- No me lo dijo. Dijo sólo que le gustaría.

- Demonios. Tentaciones. Es un negocio, ¡maldita sea! Pero sólo por esta vez. Si apareces de nuevo por aquí con más licor..., con cualquier cosa... el elixir de los dioses, lo rechazaré. Y, además, ¿dónde has estado toda la semana?

«Me echó de menos - pensó Rawlings. Charles tiene razón; estoy empezando a importarle. ¿Por qué será una persona tan complicada?»

- ¿Dónde están excavando? - preguntó Muller.

- No están excavando. Están usando sondas sonoras en el límite entre las zonas E y F, tratando de determinar la cronología... de saber si todo el laberinto se edificó al mismo tiempo o si fueron ampliándolo progresivamente a partir del centro. ¿Usted qué cree, Dick?

- Vete al diablo. ¡Nada de arqueología gratis! - Y Muller bebió otro trago de coñac -. Estás muy cerca de mí, ¿no?

- Cuatro o cinco metros, supongo.

- Estabas más cerca cuando me diste el coñac. ¿Por qué no te sentiste mal? ¿No te llegó el efecto?

- Sí, me llegó.

- ¿Y ocultaste tu reacción, porque eres un gran estoico?

Encogiéndose de hombros, Rawlings dijo cordialmente:

- Supongo que el efecto pierde impacto con las exposiciones, repetidas. Sigue siendo fuerte, pero no tanto como el primer día. ¿Alguna vez notó que sucediera eso con otra persona?

- No hubo exposiciones repetidas con nadie más - dijo Muller -. Ven aquí, chico. Te mostraré las vistas. Este es mi suministro de agua. Muy elegante. Esta tubería negra corre alrededor de la zona B. Creo que es de ónice. Piedra semipreciosa. Y de todos modos, muy hermosa.

Muller se arrodilló y, acarició el acueducto.

- Hay un sistema de bombeo que trae el agua desde alguna fuente subterránea que quizá esté a mil kilómetros de profundidad. No lo sé. Este planeta no tiene aguas superficiales, ¿no?

- Tiene océanos.

- Aparte de..., bueno, lo que sean. Aquí, como ves, está una de las espitas. Hay una cada cincuenta metros. Por lo que sé, esto trae agua a toda la ciudad, de modo que, quizá, sus constructores no necesitaban mucha. No podía ser muy importante si lo acondicionaron así. No he encontrado tubería. Ni trabajo de fontanería. ¿Tienes sed?

- En realidad, no.

Muller ahuecó la mano debajo de la espita, adornada con grabados que formaban bordes concéntricos. El agua brotó. Muller bebió unos tragos rápidos; el flujo de agua cesó en el momento en que retiró la mano de la zona que estaba debajo de la espita. «Alguna clase de sistema de detección - pensó Rawlings -. Muy inteligente. ¿Cómo puede haber durado tantos millones de años?»

- Bebe - dijo Muller -. Luego tendrás sed.

- Es que no puedo quedarme mucho rato. - Pero bebió, de todos modos. Luego fueron andando hasta la zona A, un agradable paseo. Las jaulas estaban cerradas nuevamente. Rawlings las vio y se estremeció. Hoy no pensaba participar en experimentos. Encontraron bancos: losas de piedra pulida que se curvaban en sus lomos, formando asientos que se enfrentaban, pensados para una especie cuyas posaderas eran mucho mayores que las del hombre.

Rawlings sólo sentía una vaga incomodidad a causa de la emanación de Muller y no se sentía demasiado distante de él.

Muller tenía ganas de conversar.

La conversación fue espasmódica y de vez en cuando evolucionaba hacia una, ácida lucha de ira o autocompasión, pero durante la mayor parte del tiempo, Muller estuvo sereno y hasta agradable. Era un hombre maduro que disfrutaba de la compañía de un muchacho, del intercambio de opiniones y experiencias, mendrugos de filosofía. Muller habló mucho de su carrera pasada, de los planetas que había visitado, de las delicadas negociaciones en defensa de los intereses de la Tierra con los susceptibles mundos coloniales. Mencionó con frecuencia el nombre de Boardman; Rawlings mantuvo cuidadosamente una expresión de indiferencia. La actitud de Muller hacia Boardman parecía combinar una profunda admiración con una furiosa desconfianza. Aparentemente, no podía perdonar a Boardman que hubiese explotado sus debilidades para enviarlo a Hydris. «No es una actitud racional - pensó Rawlings -. Considerando la insaciable curiosidad de Muller, hubiera luchado por obtener esa misión, con Boardman o sin él, con riesgos o sin ellos. »

- ¿Y tú? - preguntó finalmente Muller -. Eres más inteligente de lo que pretendes. La timidez te obstaculiza un poco, pero tienes un buen cerebro, cuidadosamente oculto detrás de tus virtudes de escolar. ¿Qué quieres para ti, Ned? ¿Qué significa para ti la arqueología?

Rawlings le miró a los ojos.

- La posibilidad de recuperar un millón de pasados. Soy tan ambicioso como usted. Quiero saber cómo sucedieron las cosas, cómo llegaron a ser como son ahora. Y no sólo en la tierra y en el sistema. En todas partes.

- ¡Bien dicho!

«Sí, yo creo lo mismo», pensó Rawlings, esperando que Boardman estuviera complacido con su nueva elocuencia.

- Supongo que podría haber elegido la carrera diplomática, como usted - dijo -. En cambio, elegí ésta. Creo que saldré adelante. Hay tanto por descubrir, aquí y en todas partes. Sólo hemos empezado a buscar.

- Veo que quieres consagrarte a tu carrera.

- Supongo que sí.

- Me gusta oírte hablar así. Me recuerda la forma en que yo hablaba antes.

- Para que no piense que soy irremediamente puro - dijo Rawlings -, debo decirle que lo que me impulsa es la curiosidad personal y no el amor abstracto por la sabiduría.

- Comprensible. Perdonable. En realidad, no somos muy diferentes, salvo por los cuarenta años de diferencia que hay entre nosotros. No te preocupes mucho por tus motivaciones, Ned. Ve a las estrellas, mira cosas, haz cosas. Diviértete. Finalmente la vida te aplastará, tal como me aplastó a mí, pero eso está lejos. Algún día, o nunca..., ¿quién sabe? Olvídate de eso.

- Lo intentaré - dijo Rawlings.

Sintió la calidez de Muller, la simpatía genuina que negaba hasta él. La onda que transmitía las penurias seguía presente, la transmisión interminable desde el fondo cenagoso del alma, atenuada a esa distancia, pero inconfundible. Sintiendo piedad, Rawlings dudó en decir lo que tenía que decir ahora. Boardman le apuró, impaciente:

- ¡Vamos, Ned! ¡Saca el tema!

- Parece que estuvieras muy lejos - dijo Muller.

- Estaba pensando... pensando que es muy triste que usted no confíe en nosotros, que tenga una actitud tan negativa con respecto a la humanidad.

- Soy honesto.

- Pero no necesita pasar el resto de su vida en este laberinto. Hay una, salida.

- Tonterías.

- Escuche - dijo Rawlings. Respiró hondo y desplegó su sonrisa rápida y transparente -. Hablé de su problema con el médico de la expedición. Estudió neurocirugía. Conocía su caso. Dice que ahora hay una forma de curarlo. Un sistema muy nuevo, de los dos últimos años. Se... interrumpe la transmisión. Dick. Me pidió que se lo dijera. Le llevaremos a la tierra, Dick. Para operarle. Existe una cura.

La palabra cortante, incisiva, resplandeciente, llegó nadando en medio de un torrente de sonidos blandos y atravesó sus entrañas. ¡Cura! Miró fijamente hacia adelante. Los edificios oscuros que se cernían sobre él reverberaban. Cura. Cura. Cura. Muller sintió la ponzoñosa tentación oyendo su hígado.

- No - dijo -. Eso es una tontería. La cura es imposible.

- ¿Cómo puede estar tan seguro?

- No lo sé.

- La ciencia ha progresado en nueve años. Ahora saben cómo funciona el cerebro, comprenden su naturaleza eléctrica. Lo que hicieron fue construir un enorme simulador en uno de los laboratorios lunares... Oh, fue hace unos años y lo revisaron todo, de la A a la Z. En realidad, estoy seguro de que están encantados por tenerle al alcance de la mano, por que con usted podrían comprobar todas sus teorías. Tal como está ahora. Y si le operan y hacen desaparecer su emisión, podrán demostrar que tenían razón. Lo único que tiene hacer es volver con nosotros.

Metódicamente, Muller hizo chasquear sus nudillos.

- ¿Por qué no mencionaste esto hasta ahora?

- Porque no lo sabía.

- No, claro.

- De verdad. Comprenda que no esperábamos encontrarle aquí. Al principio nadie estaba seguro de quién era usted, ni de por qué estaba aquí. Yo lo expliqué. Y entonces el médico recordó la existencia de este tratamiento. ¿Que pasa, no me cree?

- Tienes un aspecto tan angelical - dijo Muller -. Esos dulces ojos azules, esos cabellos rubios, ¿Qué juego te traes, Ned? ¿Por qué estás soltando todos esos disparates?

Rawlings se sonrojó.

- ¡No son disparates!

- No te creo. Y no creo en esa cura.

- Tiene todo el derecho. Pero saldrá perdiendo si...

- ¡No me amences!

- Disculpe.

Hubo un silencio largo y pegajoso.

Muller se debatía en un laberinto de ideas. ¿Dejar Lemnos? ¿No ser más un maldito? ¿Volver a estrechar a una mujer entre sus brazos? ¿Pechos ardientes contra su piel? ¿Labios? ¿Caderas? Reconstruir su carrera. Atravesar nuevamente los cielos. ¿Anular nueve años de angustia? ¿Creer? ¿Marcharse? ¿Someterse?

- No - dijo cuidadosamente -. No hay cura para mi enfermedad.

- No hace más que repetir eso. Pero no puede saberlo.

- No encaja en el modelo. Yo creo en el destino, Ned. En la tragedia que compensa. En la caída de los soberbios. Los dioses no ponen en escena tragedias temporales. No retiran su castigo después de unos pocos años. Edipo no recuperó sus ojos. Ni a su madre. No soltaron a Prometeo de su roca. Ellos...

- Esto no es una tragedia griega - le interrumpir Rawlings -. Este es el mundo real. Los modelos no son perfectos. Quizá los dioses han decidido que usted ya ha sufrido bastante. Y, ya que estamos manteniendo una discusión literaria... ¿A Orestes le perdonaron o no? De modo que nueve años pueden ser suficientes para usted.

- Pero ¿hay una cura?

- El médico dice que sí.

- Ned, creo que estás mintiendo.

Rawlings desvió la mirada.

- ¿Y qué ganaría con mentirle?

- No lo sé.

- Está bien. Estoy mintiendo - dijo bruscamente Rawlings -. No existe ninguna forma de ayudarlo. Hablemos de otra cosa. ¿Por qué no me enseña la fuente donde brota ese licor?

- Esta en la zona C. Ahora no tengo ganas de ir hasta allí. ¿Por qué me dijiste eso si no era cierto?

- Dije que era mejor cambiar de tema.

- Supongamos por un momento que es cierto - insistió Muller -. Que si vuelvo a la tierra podré curarme. Quiero que sepas que no me interesa, ni siquiera si me ofrecen una garantía. Sé cómo son los terráneos. Me golpearon cuando caí. No son deportivos, Ned. Hieden. Tienen un vaho desagradable. Disfrutaron mucho con lo que me sucedió.

- ¡Eso no es cierto!

- ¿Tú qué sabes? Eras un niño. Más niño aún que ahora. Me trataron como si fuera basura porque les mostraba lo que había en su interior. Era un espejo para sus sucias almas. ¿Por qué tendría que volver ahora? ¿Para qué los necesito? Cerdos. Los vi tal como son durante esos pocos meses que estuve en la tierra, después de Beta Hydri IV. La forma en que me miraban, la sonrisa nerviosa mientras retrocedían. «Sí, señor Muller. » «Claro, señor Muller. » «Por favor, señor Muller, no se acerque tanto. » Ven por aquí alguna noche y te enseñaré las constelaciones de Lemnos, chico. Yo mismo las he bautizado. La Daga, larga y afilada. Está a punto de clavarse en la espalda. Y la Saeta. Y también puedes ver el Mono y el Sapo; están mezcladas. La misma estrella está en la frente del Sapo y en el ojo izquierdo del Mono, Esa estrella, amigo mío, es el Sol. Una estrellita amarilla y fea, color vómito. Cuyos planetas están poblados por unas gentecitas feas que se han esparcido por el universo como si fueran gotas de orina.

- ¿Puedo decir algo que podría ofenderle? - preguntó Rawlings.

- No puedes ofenderme. Pero puedes intentarlo.

- Creo que su punto de vista está distorsionado. Después de tantos años aquí, ha perdido la perspectiva.

- No. Por primera vez he visto con claridad.

- Usted culpa a la humanidad por ser humana, pero no es fácil aceptar a alguien como usted. Si usted estuviera sentado aquí, en mi lugar, y yo en el suyo, lo comprendería. Duele estar cerca de usted. Duele. En este mismo momento siento que cada uno de mis nervios me hace daño. Si me acercara más, sentiría ganas de llorar. No puede pretender que la gente se adapte rápidamente a una cosa así. Ni siquiera sus seres queridos...

- No tenía seres queridos.
- ¿No estaba casado?
- Terminado.
- Un vínculo, entonces.
- Cuando volví, no podía soportarme.
- ¿Amigos?
- Huyeron - dijo Muller -. Huyeron a toda velocidad sobre sus seis patas.
- Es que no les dio tiempo.
- Todo el necesario.
- No - persistió Rawlings, que cambiaba de postura, incómodo, en su asiento -. Ahora voy a decir una cosa que no va a gustarle, Dick. Lo siento mucho, pero tengo que hacerlo. Lo que me está diciendo es lo mismo que solía oír en la universidad. Cinismo estudiantil. Usted dice que el mundo es despreciable. Maldad, maldad, maldad. Usted ha visto la verdadera naturaleza de la humanidad y no quiere tener nada más que ver con ella. Todo el mundo dice esas cosas a los dieciocho años. Pero es una etapa que se supera, la confusión de la adolescencia, y descubrimos que el mundo es un lugar bastante decente, que la gente trata de hacer las cosas bien, que no somos perfectos, pero no odiosos...
- Un chico de dieciocho años no tiene derecho a pensar así. Yo llegué a mis odios por el camino más difícil.
- Pero ¿por qué se aferra a ellos? Parece que disfrutara con su propia miseria. ¡Suéltese! ¡Libérese! Vuelva a la Tierra con nosotros y olvide el pasado. O, por lo menos, perdone.
- Ni olvido ni perdón - dijo Muller enfurruñado.
- Un temblor de pánico le estremeció. ¿Y si fuera cierto? ¿Una cura genuina? ¿Dejar Lemnos? Se sentía un poco incómodo. El chico había dado en el blanco con esa frase sobre el cinismo estudiantil. Lo era. «¿Soy un misántropo? Una pose. Me forzó a adoptarla. Razones polémicas. Ahora me ahogo en mi propia testarudez. Pero no existe la cura. El chico es transparente; está mintiendo, aunque no sé por qué. Quiere atraparme, meterme dentro de su nave. Pero ¿y si fuera cierto? ¿Por qué no volver?» Muller conocía la respuesta. Lo que le retenía era el miedo. Miedo de ver los millones de habitantes de la Tierra. De entrar en el torrente de la vida. Nueve años en una isla desierta; temía el regreso. Cayó en una profunda depresión, reconociendo algunas verdades desagradables. El hombre que había querido ser un dios no era más que un neurótico patético que se aferraba a su aislamiento y escupía sus desafíos a un posible salvador. «Triste - pensó Muller -. Muy triste. »
- Siento que el tono de sus pensamientos está cambiando - dijo Rawlings.
- ¿Puedes distinguirlo?
- Bueno, no es nada específico. Pero antes estaba enfadado y amargado. Ahora estoy recibiendo algo... como ansiedad.
- Nadie me dijo nunca que se podían distinguir matices - dijo Muller, maravillado -. Bueno, no me dijo gran cosa. Sólo que era doloroso estar cerca de mí. Desagradable.
- Pero ¿por qué se puso ansioso hace un momento? Si es que lo hizo. ¿Pensó en la Tierra?

Muller quiso remendar a toda prisa las grietas de su armadura. Su rostro se oscureció. Apretó los dientes. Se puso de pie y se acercó deliberadamente a Rawlings observando cómo el muchacho luchaba por ocultar su incomodidad. Muller dijo:

- Creo que será mejor que sigas con tu arqueología, Ned. Tus amigos se enfadarán de nuevo.
- Todavía tengo tiempo.
- No, no lo tienes. ¡Vete!

3

Contrariando las órdenes expresas de Charles Boardman, Rawlings insistió en volver hasta el campamento de la zona F. El pretexto fue que debía entregarle a Boardman el nuevo frasco de licor que, finalmente, había obtenido de Muller. Boardman quería que uno de sus hombres recogiera el frasco, para que Rawlings no tuviera que afrontar las trampas de la zona F. Pero Rawlings necesitaba del contacto personal. Estaba demasiado conmovido y su determinación estaba derrumbándose.

Cuando llegó, Boardman estaba cenando. Una pulida mesa de madera oscura taraceada con maderas más claras, cubierta con un elegante juego de porcelana, sostenía las frutas escarchadas, las verduras al coñac, los extractos de carne y los zumos picantes que estaba bebiendo. Una jarra de vino color verde oliva estaba al alcance de su mano carnosa. Había unas misteriosas píldoras de varios tipos en las concavidades de un bloque oblongo de cristal negro; de cuando en cuando, Boardman tragaba una. Rawlings estuvo un largo rato en la puerta antes de que Boardman pareciera darse cuenta de su presencia.

- Te dije que no vinieras, Ned - dijo finalmente.
- Muller le envía esto. - Rawlings puso el frasco al lado de la jarra de vino.
- Podríamos haber hablado sin necesidad de esta visita.
- Estoy cansado de eso. Necesitaba verle.

Boardman no le dijo que se sentara ni interrumpió su cena.

- Charles, creo que no puedo seguir mintiendo.
- Hoy hiciste un excelente trabajo - dijo Boardman, mientras bebía un sorbo de vino -. Muy convincente.

- Sí. Estoy aprendiendo a decir mentiras. Pero ¿para qué sirven? Usted le oyó. La humanidad le repugna. Aunque le saquemos del laberinto no va a cooperar.

- No es sincero. Tú mismo lo dijiste, Ned. Cinismo barato. Ese hombre ama a la humanidad, por eso está tan amargado, porque su amor se puso agrio en su boca. Pero no se ha convertido en odio. En realidad, no.

- Usted no estaba allí, Charles. Usted no habló con él.

- Miré. Escuché. Y hace más de cuarenta años que conozco a Dick Muller.

- Pero los últimos nueve años son los que cuentan, le han cambiado. - Rawlings se puso en cuclillas para estar al mismo nivel que Boardman. Boardman pescó una pera escarchada con el tenedor y la lanzó con gesto ocioso hacia su boca.

«Me está ignorando a propósito», pensó Rawlings.

- Charles, estoy hablando en serio. He ido allí y le he dicho unas mentiras monstruosas. Le he ofrecido una cura fraudulenta y me la arrojó a la cara.

- Diciendo que no creía en su existencia. Pero si que cree en ella, Ned. Es que teme dejar su escondrijo.

- Por favor, escúcheme. Supongamos que cree lo que le dije. Supongamos que sale del laberinto y se pone en nuestras manos. Y entonces, ¿qué? ¿Quién se encargará de decirle que no hay tal cura, que le hemos engañado desvergonzadamente, que sólo queremos que sea nuestro embajador una vez más, que visite a un grupo de extraterrestres veinte veces más raros y cincuenta veces más peligrosos que los que arruinaron su vida? ¡Yo no voy a comunicarle esas noticias!

- No tendrás que hacerlo, Ned. Lo haré yo.

- ¿Y cómo va a reaccionar? ¿Supone que va a sonreír y decirle, muy inteligente: «Charles, lo has logrado nuevamente»? ¿Que va a ceder y hacer lo que usted quiera? No. Es imposible. Quizá pueda sacarle del laberinto, pero los métodos que está utilizando hacen que sea inconcebible que le sirva para algo cuando esté fuera.

- Eso no tiene por qué ser cierto - dijo Boardman con calma.

- Entonces, explíqueme las tácticas que se propone usar cuando Muller sepa que no existe una cura y que deberá realizar un trabajo muy peligroso.

- Prefiero no discutir ahora mi estrategia futura.

- Entonces, yo renuncio - dijo Rawlings.

4

Boardman había estado esperando algo así. Un gesto noble: un momento de terco desafío, la virtud subiéndose a la cabeza. Dejando de lado su estudiada indiferencia, levantó la mirada, clavando sus ojos en los de Rawlings. Sí, había fuerza en ellos. Y decisión. Pero no engaño. Todavía no.

En voz baja, Boardman dijo:

- ¿Renuncias? ¿Después de todo lo que hablaste acerca de servir a la humanidad? Te necesitamos, Ned. Eres indispensable, eres nuestro vínculo con Muller.

- Mi dedicación a la humanidad incluye la dedicación a Dick Muller - dijo lentamente Rawlings - . Forma parte de la humanidad, lo piense o no. Ya he cometido un grave crimen contra él. Si no va a dejarme participar en el resto del plan, no quiero tener nada más que ver con esto.

- Admiro tus convicciones.

- Mi renuncia sigue en pie.

- y hasta estoy de acuerdo contigo - dijo Boardman -. No me siento orgulloso de lo que tenemos que hacer aquí. Lo veo como parte de una necesidad histórica; no hay más que cometer una bajeza ocasional, por el bien común. Yo también tengo una conciencia, Ned, una conciencia de ochenta años, muy bien desarrollada. No se ha atrofiado con la edad, simplemente, aprendemos a vivir con sus protestas.

- ¿Cómo va a conseguir que Muller coopere? ¿Le va a drogar? ¿Le va a torturar? ¿Le va a lavar el cerebro?

- Nada de eso.

- Y entonces, ¿qué? Hablo en serio, Charles. Mi papel en este asunto termina aquí, a menos que usted me diga qué está planeando.

Boardman tosió, vació su copa de vino, comió un albaricoque y tomó tres píldoras en rápida sucesión. La rebelión de Rawlings había sido inevitable, Y estaba preparado para ella, pero de todos modos le molestaba. Era el momento de los riesgos.

- Entonces, ha llegado el momento de dejar de fingir, Ned. Te diré qué es lo que espera a Dick Muller, pero quiero que lo consideres dentro del contexto del problema con que nos enfrentamos. No olvides que la partida que hemos estado jugando en este planeta no es simplemente un problema de posturas morales privadas. Aun corriendo el riesgo de parecer solemne, debo recordarte que el destino de la humanidad está en juego.

- Le oigo, Charles.

- Muy bien, Dick Muller debe presentarse ante nuestros amigos los extragalácticos y convencerles de que los seres humanos son una especie inteligente. ¿De acuerdo? Sólo él puede hacerlo, a causa de su imposibilidad de ocultar sus pensamientos.

- De acuerdo.

- Por lo tanto, no es necesario convencer a los extragalácticos de que somos gente buena o gente honorable o gente amable. Sólo de que tenemos mentes y podemos pensar. De que tenemos sentimientos y emociones, de que somos algo más que máquinas inteligentes. Para nuestros propósitos no es importante la clase de emociones que irradie Dick Muller, siempre que lo haga.

- Empiezo a entender.

- Por consiguiente, cuando esté fuera del laberinto podremos decirle cuál será su misión. Sin duda se enfadará con nosotros. Pero, por encima de su ira, podrá darse cuenta de cuál es su deber. Espero que sea así. Tú piensas que no. Pero eso no tiene importancia, Ned. En cuanto salga de su refugio no le daremos más que una opción. Le llevaremos ante los extragalácticos y le entregaremos, para que entren en contacto. Ya sé que es brutal. Pero es necesario.

- Entonces no importa que esté dispuesto a cooperar - dijo lentamente Rawlings -. Le tirará allí, como un saco.

- Un saco pensante. Como descubrirán nuestros amigos.

- Yo...

- No, Ned. No digas ahora. Sé lo que estás pensando. El plan te parece odioso. Es lógico. A mí también. Ahora vete y piénsalo. Examínalo desde todos los puntos de vista antes de tomar una decisión. Si mañana sigues queriendo renunciar, hazlo y continuaremos sin tu ayuda, pero prométeme que lo consultarás con la almohada. No es momento de tomar decisiones apresuradas.

El rostro de Rawlings estaba pálido, luego se fue coloreando. Apretó los labios. Boardman sonrió benignamente, Rawlings apretó los puños, biqueó, se volvió y salió rápidamente.

Un riesgo calculado.

Boardman tomó otra píldora. Luego extendió la mano hacia el frasco que le había enviado Muller. Se sirvió un poco. Dulce, picante, fuerte. Un licor excelente. Lo dejó descansar un momento en la lengua.

A Muller casi le habían gustado los hidranos. Lo que recordaba mejor y con más agrado era la gracia de sus movimientos; parecían flotar. Sus cuerpos eran extraños, pero eso no le había molestado; solía repetir que no había que alejarse mucho de la tierra para encontrar seres grotescos. Jirafas. Langostas. Anémonas de mar. Pulpos. Camellos. Mire objetivamente un camello y pregúntese si es más o menos raro que un hidrano.

Había aterrizado en una zona húmeda y triste del planeta, un poco al norte del ecuador, en un continente con forma de ameba, ocupado por una docena de grandes ciudades que ocupaban varios miles de kilómetros cuadrados cada una. Su sistema de protección vital, diseñado especialmente para aquella misión, era poco más que una delgada capa filtrante que se adhería a él como una segunda piel. Le proporcionaba aire por medio de un millar de placas de diálisis, le permitía moverse con facilidad, aunque no muy cómodamente.

Observó durante una hora, a través de un bosque de enormes árboles que parecían setas venenosas, antes de encontrarse con los nativos. Los árboles tenían muchos cientos de metros de altitud; quizá la gravedad, cinco octavos de la terrestre, tuviera algo que ver con eso. Sus troncos no parecían muy sólidos. Muller sospechaba que una capa leñosa externa, cuyo grosor no superaba la de un dedo, rodeaba un enorme núcleo de pulpa blancuzca. Las copas en forma de bonete se juntaban, formando una especie de dosel continuo que no dejaba llegar la luz al suelo. Como la capa de nubes que rodeaba al planeta no dejaba pasar más que un resplandor grisáceo y aun eso era interceptado por los árboles, una oscuridad pardusca prevalecía al nivel del suelo.

Cuando encontró a los hidranos se sorprendió al descubrir que medían unos tres metros de estatura. Nunca se había sentido tan disminuido desde su infancia; rodeado por ellos, torciendo la cabeza para poder mirarles a los ojos. Había llegado el momento de realizar el ejercicio de hermeneútica aplicada. En voz baja dijo:

- Me llamo Richard Muller. Tengo un mensaje de los pueblos de la Esfera Cultural Terrestre.

Por supuesto, no podían entender eso. Pero se mantuvieron inmóviles. Imaginó que sus expresiones no eran inamistosas.

Dejándose caer de rodillas, Muller dibujó el teorema de Pitágoras en la tierra húmeda y blanda.

Levantó la mirada y sonrió.

- Un concepto básico de geometría. Una forma de pensamiento universal.

Sus narices verticales como tajos parecieron agitarse. Inclinaron sus cabezas. Imaginó que estaban intercambiando miradas pensativas. Con los ojos formando un círculo alrededor de sus cabezas, no necesitaban cambiar de posición para hacerlo.

- Permitidme exhibir otras pruebas de nuestro parentesco - dijo Muller.

Trazó una línea en el suelo. A una corta distancia, trazó dos líneas más. A una distancia mayor trazó tres líneas. Añadió los signos: $I + II = III$.

- Lo llamamos adición - dijo.

Los brazos articulados se balancearon. Dos miembros de su público se tocaron. Muller recordó cómo habían destruido el ojo espía en cuanto lo descubrieron, sin tomarse la molestia de examinarlo. Estaba preparado para la misma reacción. Pero en cambio, le estaban escuchando. Era un signo prometedor. Se puso de pie y señaló las marcas que había hecho en el suelo.

- Ahora os toca a vosotros - dijo. Hablaba en voz muy alta y sonriendo - Demostradme que habéis entendido. Habladme en el lenguaje universal de las matemáticas.

Al principio no hubo respuesta.

Señaló nuevamente. Indicó sus signos y luego extendió la mano con la palma hacia arriba hacia el hidrante que estaba más cerca.

Después de una larga pausa, uno de los otros hidrantes se movió fluidamente hacia adelante y dejó que uno de sus pies zócalo en forma de esfera quedara sobre las líneas del suelo. La pierna se movió ligeramente y las líneas se borraron a medida que el hidrante alisaba el suelo.

- Muy bien - dijo Muller -. Ahora dibuja tú. El hidrante volvió a su sitio en el círculo. - Muy bien - dijo Muller -. Hay otro lenguaje universal, espero que esto no ofenda a vuestros oídos.

Sacó un grabador soprano de su bolsillo y lo puso entre sus labios. Era muy incómodo tocar a través de la capa filtrante. Tomó aliento y tocó una escala diatónica. Los miembros de los hidrantes se agitaron levemente. Entonces oían o, al menos, percibían las vibraciones. Tocó otra escala diatónica en tono menor. Luego intentó una escala cromática. Parecieron un poco más agitados. «Buenos chicos - pensó -; sois entendidos. Quizá la escala diatónica armoniza mejor con este planeta brumoso. » Tocó nuevamente las dos y, por si acaso, les hizo escuchar un trozo de Debussy.

- ¿Entendéis? - Preguntó.

Parecían estar discutiendo algo.

Dieron la vuelta y se alejaron.

Trató de seguirles. No podía mantener el mismo ritmo y pronto les perdió de vista en el bosque neblinoso y oscuro, pero perseveró y les encontró agrupados, como si estuvieran aguardándole, un poco más adelante. Cuando se acercó a ellos, echaron a andar de nuevo. De esa forma le guiaron, espasmódicamente, hasta su ciudad.

Subsistió comiendo sintéticos. El análisis químico demostró que no sería prudente comer los productos locales.

Dibujó muchas veces el teorema de Pitágoras. Demostró una variedad de procesos aritméticos. Interpretó a Bach y a Schönberg. Construyó triángulos equiláteros. Se aventuró en la geometría de los sólidos. Cantó. Habló francés, ruso y mandarín, además de inglés, para mostrarles la diversidad de las lenguas humanas. Les enseñó la tabla de los elementos periódicos. Después de seis meses no sabía más acerca de sus mentes que una hora antes de aterrizar. Toleraban su presencia, pero no le decían nada y menudo se comunicaban entre sí era sobre todo por medio de gestos rápidos y vagos, roces de las manos, temblores de las ranuras olfativas. Aparentemente poseían un lenguaje hablado, Pero era tan suave que no podía ni empezar a distinguir palabras ni sílabas. Grabó todo lo que pudo oír, por supuesto.

En un momento dado se cansaron y fueron por él.

Durmió.

Y no descubrió hasta mucho después lo que le habían hecho mientras dormía.

2

Tenía dieciocho años y estaba desnudo bajo las estrellas de California. El cielo brillaba. Sintió que al alargaba el brazo podría tocar las estrellas y arrancarlas.

Ser un dios. Poseer todo el universo.

Se volvió hacia ella. Su cuerpo era fresco y esbelto; estaba ligeramente tenso. Acarició sus pechos, dejó vagar la mano sobre su vientre plano. Ella se estremeció.

- Dick - dijo -. Oh... «Ser un dios», pensó él. La besó suavemente y luego no tan suavemente.

- Espera - dijo ella -. Aún no estoy lista.

El esperó. La ayudó a estar lista o hizo las cosas que le parecieron adecuadas para eso, y pronto la chica comenzó a jadear. Dijo su nombre nuevamente. ¿Cuántas estrellas puede recorrer un hombre en su vida? Si cada estrella tiene un promedio de veinte planetas y hay cien millones de estrellas dentro de una esfera galáctica de X años luz de diámetro... Ella abrió los muslos. Él cerró los ojos y sintió las agujas secas de los pinos en las rodillas y los codos. Ella no era la primera, pero era la primera que importaba. Cuando el relámpago desgarró su cerebro tuvo conciencia de su respuesta, vacilante primero, vigorosa después. La intensidad de la reacción le asustó, pero sólo durante un momento y cabalgó con ella hasta el final.

Ser un dios debía ser parecido a esto.

Rodaron. Él señaló las estrellas y le dijo sus nombres; la mitad estaban equivocados, pero ella no tenía por qué saberlo. Compartió sus sueños con ella. Después hicieron el amor por segunda vez y fue aún mejor.

Él deseaba que lloviera, para poder bailar bajo la lluvia, pero el cielo estaba despejado. En cambio, fueron a nadar y salieron temblando, riendo. Cuando la llevó a casa, la chica tomó su píldora con Chartreuse y él le dijo que la amaba.

Durante varios años se enviaron tarjetas por Navidad.

3

El octavo mundo de Alfa Centauri B era un gigante gaseoso con un núcleo de poca densidad y una gravedad no mucho más incómoda que la de la tierra. Muller había pasado allí su segunda luna de miel. En parte había sido un viaje de negocios, porque había problemas con los colonizadores del sexto planeta, quienes estaban hablando de instalar un efecto de torbellino que absorbería la mayor parte de la útil atmósfera del octavo mundo para usarla como materia prima.

Las negociaciones de Muller con los nativos fueron bastante fructíferas. Les convenció de que aceptaran un sistema cuotas para sus explotaciones atmosféricas y hasta se ganó sus alabanzas por la pequeña lección de moral interplanetario que les administró. Después, él y Nola

fueron invitados por el Gobierno a pasar sus vacaciones en el octavo mundo. A diferencia de Lorayn, a Nola le gustaba viajar. Le acompañaría en muchos de sus viajes.

Llevando trajes botadores, nadaron en un lago de metano helado. Corrieron riendo por costas de amoníaco. Nola era tan alta como él, de piernas fuertes, cabellos rojo oscuro y ojos verdes. Se abrazaron en un cuarto tibio cuyas ventanas colgaban sobre un mar olvidado que se extendía cientos de miles de kilómetros.

- Para siempre - dijo ella.

- Sí. Para siempre.

Antes de que terminara la semana tuvieron una pelea muy dura. Pero era sólo un juego; cuanto más fieramente discutían más apasionada era la reconciliación. Durante un tiempo. Luego ni se molestaban en pelear. Cuando venció la opción matrimonial, ninguno de los dos quiso renovarla. Tiempo después, cuando su fama creció, recibió algunas cartas amistosas de ella. Había intentado verla cuando volvió de Beta Hydri IV a la Tierra. Pensó que Nola le ayudaría. Ella no le volvería la espalda, por los viejos tiempos.

Pero estaba pasando las vacaciones en Vesta, con su séptimo marido. Muller lo supo a través de su quinto marido. Él había sido el tercero. No la llamó. Comprendió que sería inútil.

4

El cirujano dijo:

- Lo siento mucho, señor Muller. No podemos hacer nada por usted. No quiero que albergue esperanzas vanas. Hemos hecho un gráfico de toda su red de neuronas. No podemos encontrar el punto donde se hizo la alteración. Lo siento muchísimo.

5

Había tenido nueve años para aguzar su memoria. Había llenado algunos cubos con recuerdos, pero eso había sido durante los primeros años de su exilio, cuando le preocupaba la posibilidad de que su pasado se desvaneciera, perdido en la niebla. Descubrió que los recuerdos se vuelven más vívidos con la edad. O quizá era el adiestramiento. Podía conjurar visiones, sonidos, sabores, olores. Podía reconstruir conversaciones íntegras de forma convincente. Podía citar los textos completos de varios tratados en cuya negociación había intervenido. Podía nombrar a todos los reyes de Inglaterra, desde el primero al último, desde Guillermo I hasta Guillermo VII. Recordaba los nombres de las mujeres cuyos cuerpos habían sido suyos.

Admitió que, si tenía la oportunidad, volvería. Todo lo demás habían sido pretextos y jactancias. Sabía que no se había engañado a sí mismo ni había engañado a Ned Rawlings. El desprecio que sentía por la humanidad era real, pero no deseaba seguir aislado. Esperó ansiosamente el retorno de Rawlings. Mientras aguardaba, bebió varias copas del licor de la ciudad, cazó nerviosamente, abatiendo animales que no podría comer en un año, y mantuvo complejos diálogos consigo mismo. Soñó con la Tierra.

Rawlings corría. Muller, de pie en la zona C, le vio llegar apresuradamente, atravesar la entrada sin aliento, congestionado.

- No debes correr - dijo Muller -, ni siquiera en las zonas más seguras. Nunca se sabe...

Rawlings se dejó caer junto a una especie de bañera de piedra con rebordes, aferrándose a ella y tratando de recuperar el aliento.

- Por favor, deme un trago - dijo, jadeando -. Ese licor suyo...

- ¿Estás bien?

- No.

Muller se acercó a la fuente y llenó un frasco con el fuerte licor. Rawlings no hizo ni un gesto cuando Muller se acercó para darle el frasco. Parecía no darse cuenta de la emanación mental. Ansiosa, torpemente, vació el frasco, dejando que las gotas del brillante líquido chorrearan por su barbilla y su ropa. Luego cerró los ojos un instante.

- Tienes muy mal aspecto - dijo Muller -. Como si te hubieran violado.

- Me violaron.

- ¿Qué sucede?

- Espere. Deje que recupere el aliento. Vine corriendo desde la zona F.

- Tienes suerte de estar vivo. ¿Otra copa?

- No - dijo Rawlings -. Todavía no.

Muller lo observó, perplejo. El cambio era notorio e inquietante y la mera fatiga no daba razón de él.

Rawlings estaba congestionado, con la cara roja e hinchada; sus músculos faciales estaban contraídos, sus ojos se movían al azar, buscado sin encontrar. ¿Borracho? ¿Enfermo? ¿Drogado?

Rawlings guardaba silencio.

Después de un rato Muller dijo, para interrumpir el silencio:

- He pensado mucho en nuestra última conversación. Decidí que me había portado como un idiota. Toda esa misantropía barata que te lancé a la cara. - Muller se arrodilló y trató de mirarle a los ojos -. Mira, Ned, retiro lo dicho. Estoy dispuesto a volver a la Tierra y someterme a un tratamiento. Aun si se trata de una cura experimental; correré el riesgo. Quiero decir que lo peor que puede suceder es que no me cure y...

- No hay tratamiento - dijo Rawlings.

- No hay... tratamiento...

- No lo hay. Ninguno Era una mentira.

- Sí, claro.

- Usted mismo lo dijo - le recordó Rawlings. Usted no creyó una palabra de lo que le dije, ¿recuerda?

- Una mentira.

- Usted no entendía por qué se lo decía, pero dijo que eran tonterías. Usted me dijo que estaba mintiendo. Se preguntaba por qué lo hacía. Yo le menté Dick.

- Mentiste.
- Pero yo cambié de idea - dijo Muller en voz baja -. Estaba dispuesto a volver a la Tierra.
- No existe cura para su problema - dijo Rawlings.

Se puso de pie, lentamente, y pasó la mano por sus largos cabellos dorados. Arregló sus ropas. Levantó el frasco, fue hasta la fuente Y lo llenó. Al volver, le pasó el frasco a Muller, quien bebió un trago. Rawlings terminó el frasco. Algo pequeño de aspecto voraz pasó corriendo a su lado y se deslizó por el portal que nevaba a la zona D.

- ¿Quieres explicarme esto? - preguntó Muller.

- No somos arqueólogos.

- Continúa.

- Vinimos aquí especialmente para buscarle. No fue un accidente. Siempre supimos que estaba aquí. Lo sabemos desde que partió de la Tierra, hace nueve años.

- Tomé precauciones.

- No sirvieron para nada. Boardman sabía dónde se dirigía e hizo que le espieran. Lo dejó en paz porque no le servía para nada. Pero cuando le necesitó tuvo que venir a buscarle. Por así decirlo, le tenía en reserva.

- ¿Charles Boardman te envió a buscarme? - preguntó Muller.

- Sí; por eso estamos aquí. Es la única finalidad de la expedición - respondió Rawlings con voz inexpresiva -. Fui elegido para establecer contacto con usted porque conocí a mi padre y podía confiar en mi. Y porque tengo cara de inocente. Boardman estuvo dirigiéndome todo el tiempo, sugiriendo lo que debía decir, controlándome, indicándome hasta los errores que debía cometer para equivocarme correctamente. Me dijo que entrara en la jaula, por ejemplo. Pensó que eso me ayudaría a ganar sus simpatías.

- ¿Boardman está aquí? ¿Aquí en Lemnos?

- En la zona F. Tiene un campamento allí.

- ¿Charles Boardman?

- Sí; está aquí. Sí.

La cara de Muller parecía de piedra. Por dentro, todo era desorden y agitación.

- ¿Por qué hizo todo esto? ¿Qué quiere de mí?

- Usted sabe que hay una tercera raza inteligente en el universo, además de nosotros y los hidranos - dijo Rawlings.

- Sí. Habían sido descubiertos en el momento en que yo me marché. Por eso fui a visitar a los hidranos. Se suponía que iba a proponer una defensiva con ellos, antes de que esta gente, estos extragalácticos, entraran en contacto con nosotros. No tuvo éxito. Pero ¿qué tiene que ver esto con...?

- ¿Qué sabe de los extragalácticos?

- Muy poco - admitió Muller -. Esencialmente, sólo lo que te dije. El día que acepté la misión a Beta Hydri IV fue la primera vez que oí hablar de ellos. Boardman me lo dijo, pero no quiso agregar nada. Todo lo que sé es que son muy inteligentes, «una raza superior», dijo Boardman, y que viven en una nebulosa cercana. Y que poseen un método de propulsión intergaláctica y podrían visitarnos.

- Ahora sabemos más - dijo Rawlings.
- Primero dime qué es lo que quiere Boardman de mí.
- Todo en orden; así será más fácil. - Rawlings sonrió; estaba un poco bebido. Se apoyó contra la bañera y estiró las piernas -. En realidad no sabemos mucho acerca de los extragalácticos. Lo que hicimos fue enviar una sonda al hiperespacio, ponerla en trayectoria curva y sacarla de ella a unos miles de años luz de distancia. O a unos millones. No conozco los detalles. De todos modos era una nave robot, con toda clase de ojos. El lugar donde emergió es una de esas galaxias de rayos X, alto secreto, pero he oído que era en Cisne A o en Escorpión II. Descubrimos que un planeta de la galaxia estaba habitado por una raza muy evolucionada de seres extraños, muy extraños.
- ¿Cómo de extraños?
- Pueden ver todo el espectro - dijo Rawlings -. Su campo visual básico está en las frecuencias altas. Ven con la luz de los rayos X. También parecen ser capaces de usar las frecuencias radiales para ver o, por lo menos, para recibir información sensorial. Y reciben la mayoría de las longitudes de onda centrales, pero no se interesan mucho en la zona situada entre el infrarrojo y el ultravioleta. Lo que nosotros llamamos el espectro visible.
- Espera un momento. ¿Sentidos radiales? ¿Tienes una idea de la longitud de las ondas de radio? Para obtener información de una onda así necesitarían ojos o receptores o lo que sea de un tamaño gigantesco. ¿Qué tamaño tienen esos seres?
- Podrían desayunar un elefante - dijo Rawlings.
- Las formas de vida inteligente no son tan grandes.
- ¿Por qué no? Ese es un planeta gaseoso gigante. No hay más que océanos; la gravedad es casi inexistente. Flotan. No tienen problemas de masa.
- ¿Y una manada de superalienígenas ha desarrollado una cultura aérea? - preguntó Muller -. No pretenderás que crea...
- Lo han hecho - dijo Rawlings -. Ya le dije que eran seres muy extraños. Ellos no pueden construir máquinas. Pero tienen esclavos.
- Oh - dijo Muller en voz baja.
- Apenas estamos empezando a entenderlo y, por supuesto, yo no conozco todos los datos, pero, por lo que sé, parece que estos utilizan formas de vida inferiores y las transforman en robots controlados por radio. Usan cualquier cosa que tenga miembros y movilidad. Empezaron con unos animales de su propio planeta, parecidos a delfines, que estaban quizás en el umbral de la inteligencia, y por medio de ellos obtuvieron la propulsión espacial. Entonces fueron a los planetas vecinos (planetas sólidos) y se aseguraron el control de unos pseudoprimates, Protoprimates, creo. Buscan dedos. La destreza manual es muy importante para ellos. Actualmente su esfera de influencia cubre unos ochenta años luz y parece estar aumentando a un ritmo exponencial.
Muller meneó la cabeza.
- Esto es un disparate aún mayor que lo que me dijiste de la cura. Una transmisión electromagnética tiene una velocidad dada, ¿no? Si controlan a sus lacayos desde ochenta años

luz de distancia, cada orden demora ochenta años en llegar a destino. Cada gesto, cada contracción muscular...

- Pueden viajar - le interrumpió Rawlings.

- Pero si son tan grandes...

- Han utilizado a sus esclavos para construir tanques gravitatorios. Y controlan la propulsión estelar. Todas sus colonias son regidas por supervisores que están en órbita a unos pocos miles de kilómetros de origen. Un supervisor es suficiente para cada planeta. Supongo que harán turnos.

Muller cerró los ojos un momento. Le llegó la imagen de esas bestias colosales, inimaginables, extendiéndose por su lejana galaxia, aprisionando toda clase de animales, moldeando una sociedad cautiva y vicariamente tecnológica, flotando en órbita como ballenas espaciales para dirigir y coordinar esa grandiosa e improbable empresa, incapaces del menor acto físico. Masas monstruosas de protoplasma rosa y brillante, recién salido del mar, erizado de sensores funcionando en los dos extremos del espectro. Susurrando entre ellos por medio de rayos X. Enviando órdenes por radio. «No - pensó -. No. »

- Bueno - dijo finalmente -. ¿Y qué? Están en otra galaxia.

- Ya no. Han tropezado con algunas de nuestras colonias más lejanas. ¿Sabe qué hacen cuando encuentran un mundo humano? Ponen en órbita a un supervisor y se apoderan de los colonos. Han descubierto que los humanos son espléndidos esclavos, cosa que no resulta muy sorprendente. En este momento se han apoderado de seis de nuestros mundos. Tenían otro, pero matamos a su supervisor. Ahora resulta mucho más difícil; se apoderan de nuestros misiles cuando van hacia ellos y los envían de vuelta.

- Si estás inventando esto - dijo Muller -, ¡te mataré!

- Es cierto. Lo juro.

- ¿Cuándo empezó?

- El año pasado.

- ¿Y qué sucederá? ¿Se apoderarán de la galaxia y nos convertirán a todos en zombies?

- Boardman cree que hay una posibilidad de evitarlo.

- ¿Cuál?

- Al parecer, estos seres no saben que somos inteligentes. No podemos comunicarnos con ellos, ¿se da cuenta? Funcionan a un nivel no verbal, una especie de telepatía. Hemos tratado de comunicarnos con ellos de muchas maneras, bombardeándolos con mensajes en todas las longitudes de onda, sin obtener ni un signo de que reciben nuestras transmisiones. Boardman cree que si pudiéramos persuadirles de que tenemos... bueno, almas..., quizá nos dejarían en paz. Dios sabe por qué piensa eso. Creo que lo predijo un ordenador. Cree que estos seres se mueven dentro de un esquema moral coherente, que están dispuestos a apoderarse de cualquier animal útil, pero que no molestarían a una especie que está del mismo lado que ellos en la frontera de la inteligencia. Y si de algún modo pudiéramos demostrarles que...

- Pero saben que tenemos ciudades. Y propulsión estelar. ¿No prueba eso que somos inteligentes?

- Los castores construyen diques - replicó Rawlings. - Pero no firmamos tratados con los castores. Ni pagamos una indemnización cuando secamos un pantano. Sabemos que no debemos preocuparnos por sus sentimientos.

- ¿Lo sabemos? ¿O simplemente hemos decidido que los castores no importan? ¿Y qué es eso de la frontera de la inteligencia? Hay un espectro continuo de inteligencia, desde los protozoarios hasta los primates. Sí, somos un poco más inteligentes que los chimpancés, pero ¿es una diferencia cualitativa? ¿Acaso el hecho de que podemos registrar nuestros conocimientos y usarlos nuevamente es tan especial?

- No quiero discutir sobre filosofía con usted - dijo roncamente Rawlings -. Estoy tratando de decirle cuál es la situación, y cómo le afecta.

- Sí. ¿Cómo me afecta?

- Boardman piensa que podríamos lograr que los seres radiales nos dejaran en paz si les demostráramos que estamos más cerca de ellos en materia de inteligencia que sus otros esclavos. Si pudiéramos comunicarles que tenemos emociones, necesidades, ambiciones, sueños.

Muller escupió.

- Un judío, ¿no tiene ojos? Un judío, ¿no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? Si nos pincháis, ¿no sangramos?

- Sí; es eso.

- ¿Y cómo nos comunicaremos con ellos si carecen de un lenguaje verbal?

- ¿No lo comprende?

- No. Yo... Sí ¡Por Dios, sí!

- Existe un hombre, entre todos los miles de millones de hombres, que no necesita de las palabras para comunicarse. Transmite sus sentimientos. Su alma. No sabemos qué frecuencia utiliza, pero quizás ellos lo sepan.

- Sí. Sí.

- Y por eso Boardman quería pedirle que hiciera una cosa más por la humanidad. Que fuera a ver a esos seres. Que ellos pudieran recibir su transmisión. Que les demostrara que no somos animales.

- Pero entonces, ¿por qué me hablaste de volver la tierra, de que me mentiste?

- Un truco. Una trampa. Había que sacarle de laberinto, de cualquier forma. Y cuando estuviese fuera podríamos contarle toda la historia y pedirle ayuda.

- ¿Reconociendo que no había cura?

- Sí.

- ¿Y qué te hace pensar que yo iba a mover un dedo para evitar que los mundos humanos fuesen esclavizados?

- Su ayuda no tendría que ser necesariamente voluntaria - dijo Rawlings.

Ahora llegó el torrente de odio, de angustia de temor, de celos, de tormento, de amargura, de burla, de desprecio, de ira, de desesperación, de vehemencia, de agitación, de pena, de dolor, de agonía, de fuego, de furor, Rawlings se apartó como si le hubiesen quemado. Muller navegaba en la desesperación más profunda. Una trampa, una trampa, ¡todo había sido una trampa! Nuevamente lo habían usado. Era una herramienta para Boardman. Muller ardía. Sólo dijo unas pocas palabras en voz alta; el resto llegó desde dentro, derramándose por un dique abierto, sin contener nada: un torrente de furia.

Cuando el espasmo pasó, Muller preguntó, de pie entre dos fachadas que sobresalían:

- ¿Boardman me tiraría a las rodillas de esos seres, aunque yo no quisiera ir?

- Sí. Dijo que esto era demasiado importante para permitirle elegir libremente. Sus deseos son irrelevantes. La mayoría contra el individuo.

Con una calma mortal, Muller dijo:

- Tú formas parte de esta conspiración. ¿Por qué me has dicho todo esto?

- Porque renuncié.

- Sí, claro.

- No. En serio. Sí, formé parte de todo. Sí, hice lo que quería. Mentí en todo lo que le dije. Pero no sabía la última parte..., que no podría elegir. Tuve que venir. No podía permitir que le hicieran eso. Tenía que decirle la verdad.

- Muy considerado de tu parte. Ahora tengo dos opciones, ¿eh, Ned? Puedo dejar que me arrastren fuera de aquí para sacarle las castañas del fuego nuevamente, o puedo matarme dentro de un minuto y dejar que la humanidad se vaya al diablo, ¿no?

- No diga eso - dijo Rawlings irritado.

- ¿Por qué no? Son mis opciones. Tuviste la bondad de revelarme la verdadera situación y ahora puedo reaccionar como me parezca. Me has comunicado mi sentencia de muerte, Ned.

- No.

- ¿Qué otra cosa me queda? ¿Dejar que me usen nuevamente?

- Podría... cooperar - dijo Rawlings. - humedeciéndose los labios -. Sé que parece un disparate. Pero podría demostrarle quién es usted. Olvidar toda esta amargura. Poner la otra mejilla. Recordar que Boardman no es toda la humanidad. Hay millones de personas inocentes...

- Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

- ¡Sí!

- Cada uno de esos millones huiría de mí si me acercara.

- ¿Y qué? ¡No pueden evitarlo! ¡Pero son su gente!

- Y yo soy la suya. No pensarán en eso cuando me echaron.

- Eso no es racional.

- No, no lo es. Y no pienso ponerme racional ahora. Suponiendo que el destino de la humanidad pudiese ser modificado si yo me convirtiera en embajador ante esos seres radiales (y no pienso hacerlo), sería un gran placer no cumplir con mi deber. Te agradezco tu advertencia. Ahora que, finalmente, sé qué es lo que sucede aquí, tengo la excusa que he estado buscando todos estos años. Conozco un millar de lugares donde la muerte sería rápida y no muy dolorosa. Y que Charles Boardman hable personalmente con esos tipos Yo...

- Por favor, Dick, no te muevas - dijo Boardman desde un punto situado treinta metros detrás de él.

Para Boardman, todo aquello era muy desagradable. Pero también era necesario, y no le había sorprendido que los acontecimientos evolucionaran así. En su análisis original había previsto dos posibilidades: o Rawlings conseguía sacar a Muller del laberinto o Rawlings se rebelaba y decía la verdad a Muller. Estaba preparado para las dos.

Ahora, Boardman se había desplazado hasta el centro del laberinto, desde la zona F, Para seguir a Rawlings antes de que el daño fuese irreparable. Podía predecir una de las respuestas posibles de Muller: suicidio. Muller nunca se suicidaría por desesperación, pero podía hacerlo como venganza. Con Boardman estaban Ottavio, Davis, Reynolds y Greenfield. Hosteen, con los demás, vigilaba en las zonas externas. Todos estaban armados.

Muller se volvió. No era fácil mirar la expresión de su rostro.

- Lo siento mucho, Dick - dijo Boardman -. Teníamos que hacerlo.

- No tenéis vergüenza, ¿verdad? - preguntó Muller.

- Cuando la tierra está en juego, no.

- Hace tiempo que sé eso. Pero creí que eras humano, Charles. No llegué a comprender tu esencia.

- Ojalá que no hubiéramos tenido que hacer nada de esto, Dick. Pero tuvimos que hacerlo. Ven con nosotros.

- No.

- No puedes negarte. El chico te dijo cuál es la situación. Ya te debemos más de lo que podremos pagarte nunca, Dick. Aumenta esa deuda un poco más. Por favor.

- No me iré de Lemnos. No me siento obligado hacia la humanidad. No haré tu trabajo.

- Dick.

- A cincuenta metros al noroeste de donde estoy, hay un pozo de llamas. Voy a ir andando hasta allí. En diez segundos no habrá más Richard Muller. Una infortunada calamidad eliminará a otra y la Tierra no estará peor de lo que estaba antes de que yo adquiriera mi habilidad especial. Ya que no apreciasteis esa habilidad anteriormente, no veo ninguna razón para que la utilicéis ahora.

- Si quieres matarte - dijo Boardman -, ¿por qué no esperas unos meses?

- Porque no me interesa haceros un servicio.

- Eso es infantil. Es la última tontería que hubiera imaginado que cometerías.

- También era infantil cuando soñaba con las estrellas - replicó Muller -. Simplemente, soy coherente. Los extragalácticos pueden comerte vivo, Charles. No me importa. ¿No te gustaría ser un esclavo? En algún lugar de tu cerebro estarías gritando, pidiendo que te liberaran, pero los mensajes radiales te dirían qué brazo levantar, qué pierna mover. Me gustaría vivir lo suficiente para ver eso. Pero voy a ir hasta ese pozo de llamas. ¿No vas a desearme un buen viaje? Acércate, deja que toque tu brazo. Toma una buena dosis de mí. La última. Ya no molestaré más.

Muller estaba temblando. Su cara sudaba. Su labio superior se contraía.

- Por lo menos ven a la zona F. conmigo - dijo Boardman -. Nos sentaremos tranquilamente y discutiremos esto bebiendo coñac.-
- ¿Juntos? - Muller rió. - Vomitarías. No podrías soportarlo.
- Estoy dispuesto a hablar.
- Yo no - dijo Muller.

Dio un paso tembloroso hacia el noroeste. Su cuerpo grande y poderoso parecía encogido y reseco; no había más que tendones tirantes sobre un armazón que cedía. Dio otro paso. Boardman vigilaba. A su izquierda estaban Ottavio y Davis; a la derecha, Reynolds y Greenfield se interponían entre Muller y el pozo. Rawlings, olvidado, estaba alejado del grupo.

Boardman sintió un latido en su laringe, un estremecimiento y una tensión en los riñones. Experimentó simultáneamente un gran cansancio y una fiera excitación que no había vuelto a sentir desde su juventud. Dejó que Muller diera un tercer paso hacia la autodestrucción. Después, distraídamente, chasqueó dos dedos.

Greenfield y Reynolds saltaron.

Como dos gatos se lanzaron hacia adelante, listos para eso, y cogieron a Muller por los brazos. Boardman vio cómo sus caras se volvían grises cuando sintieron el impacto del campo mental de Muller, que luchó, tiró, trató de soltarse. Ahora, también Davis y Ottavio estaban encima de él. En la oscuridad, el grupo parecía un Lacocoonte; Muller sólo era visible a medias mientras los demás, más pequeños, se retorcían y se enroscaban sobre su cuerpo flexionado que luchaba. «Una pistola somnífica hubiese facilitado las cosas», razonó Boardman, pero las pistolas somníferas a veces eran peligrosas para los seres humanos. Podían provocar disturbios cardíacos. Y no tenían desfibriladores a mano.

Un momento después, Muller estaba de rodillas.

- Quítenle las armas - dijo Boardman.

Ottavio y Davis lo sujetaban. Reynolds y Greenfield lo registraron. De un bolsillo, sacaron el pequeño globo mortífero.

- Esto es lo único que lleva - dijo Greenfield.
- Revísenlo con cuidado.

Con cuidado lo revisaron. Mientras tanto, Muller quedó inmóvil, el rostro inescrutable, los ojos inexpresivos. Había adoptado la postura y la expresión de un hombre a punto de ser ajusticiado. Finalmente, Greenfield volvió a levantar la cabeza.

- Nada - dijo.

Muller dijo:

- Uno de mis molares superiores contiene un compartimiento secreto, Lleno de carníforo. Contaré hasta diez, morderé fuerte y me disolveré ante vuestros ojos.

Greenfield se volvió y aferró las mandíbulas de Muller.

- Déjelo en paz - ordenó Charles Boardman -. Está bromeando.
- Pero... ¿cómo sabemos que...? - comenzó Greenfield.
- Déjenlo en paz. Retrocedan. - Boardman hizo un gesto -. Quédense a cinco metros de él. No se acerquen si no se mueve.

Se retiraron; era evidente que se alegraban de alejarse del impacto del campo de Muller. Boardman, que estaba a quince metros de distancia, sintió una punzada de dolor. No se aproximó.

- Puedes ponerte de pie - dijo Boardman -. Pero, por favor, no intentes moverte. Lo lamento, Dick.-

Muller se puso en pie. Su rostro estaba lívido de odio. Pero no dijo nada y no se movió.

- Ya no hay más remedio - dijo Boardman - te ataremos a una litera de espuma y te llevaremos hasta la nave. Te mantendremos allí y estarás envuelto en cuando te enfrentes con los extragalácticos. Estarás totalmente indefenso. No me gustaría tener que hacerte eso, Dick. La otra posibilidad es que estés dispuesto a cooperar. Ven a la nave con nosotros por tu propia voluntad. Haz lo que te pedimos. Ayúdanos por última vez.

- Ojalá se te pudran los intestinos - dijo Muller con un tono casi trivial -. Ojalá vivas mil años con gusanos que te devoren. Ojalá te atores con tu propia complacencia y no mueras nunca.

- Ayúdanos. De buen grado.

- Ponme en la red de espuma, Charles. Si no, me suicidaré en la primera oportunidad.

- Debo parecer un villano, ¿verdad? - dijo Boardman -. Pero preferiría no hacerlo así. Ven voluntariamente, Dick.

La respuesta de Muller fue una especie de gemido.

Boardman suspiró. Aquello resultaba embarazoso. Miró a Ottavio.

- La red de espuma - dijo.

Rawlings, que había estado en una especie de trance, se puso súbitamente en acción. Se lanzó hacia adelante, cogió la pistola que Reynolds tenía en su funda, corrió hacia Muller y puso el arma en su mano.

- Ahí tiene - dijo -. Ahora manda usted.

2

Muller estudió la pistola como si nunca hubiese visto otra, pero su sorpresa no duró más que una fracción de segundo. Deslizó la mano sobre la confortable culata y puso el dedo en el gatillo. Era un modelo familiar, apenas un poco diferente de los que había conocido. Con una sola descarga podía matarlos a todos. O a sí mismo. Retrocedió, para que no pudieran sorprenderlo por detrás. Explorando con su espuela revisó la pared, comprobó que era digna de confianza y apoyó los omoplatos contra ella. Luego movió el arma en un arco de 270°, abarcándolos a todos.

- Quedaos quietos - dijo -. Los seis. Poneos a un metro de distancia, en fila, y mantened las manos donde pueda verlas.

Disfrutó la mirada oscura y furiosa que Boardman dirigió a Rawlings. El chico parecía aturdido, abochornado, confuso; era como una figura de un sueño. Muller aguardó pacientemente a que los seis hombres se colocaran según sus órdenes. Su propia calma le resultaba sorprendente.

- No pareces muy feliz, Charles - dijo -. ¿Qué edad tienes? ¿Ochenta años? Supongo que te gustaría vivir otros setenta, ochenta, noventa. Has planeado toda tu vida, y morir en Lemnos no entra en tus planes. Quédate quieto, Charles. Y ponte derecho. No conseguirás que me apiade

de ti pareciendo viejo y encorvado. Conozco ese truco. Estás tan sano como yo, detrás de esa falsa barriga. Más sano. ¡Ponte derecho, Charles!

Con voz vacilante, Boardman dijo:

- Si eso hace que te sientas mejor, mátame, Dick Y luego ve a la nave y haz lo que queremos que hagas. Yo no soy imprescindible.

- ¿Lo dices en serio? - Casi te creo - dijo Muller, admirado -. ¡Me estás proponiendo un trato, viejo traidor! Tu vida a cambio de mi cooperación. Pero ¿donde está el quid pro quo? No me gusta matar. Liquidarte no me serviría de nada. Aún tendría mi maldición.

- La oferta sigue en pie.

- Rechazada - dijo Muller -. Si te mato, no es a cambio de algo. Pero es muy posible que me suicide. ¿Sabes?, en el fondo soy un hombre decente. Un poco inestable, es cierto, pero ¿quién tiene la culpa? Pero decente. Prefiero usar esta pistola contra mí que contra ti. Yo soy el que sufre. Y puedo terminar con eso.

- Podrías haberlo hecho en cualquier momento de los últimos nueve años - señaló Boardman -. Pero sobreviviste. Dedicaste todo tu ingenio a sobrevivir en este lugar asesino.

- Ah, sí. ¡Pero eso era diferente! Un desafío abstracto, el hombre contra el laberinto. Una prueba de mi habilidad. Ingenio. Pero si me matase ahora, desbarataría tus planes. Te metería el dedo en la nariz ante los ojos de toda la humanidad. ¿Dices que soy indispensable? Entonces, ¿qué mejor forma de cobrar mi dolor a la humanidad con la misma moneda?

- Lamentábamos mucho tus sufrimientos - dijo Boardman.

- Sí; estoy seguro de que lloraron amargamente por mí. Pero fue lo único que hicieron. Me dejaron partir enfermo, corrompido, sucio. Ahora ha llegado mi liberación. No es un suicidio, es una venganza.

Muller sonrió. Ajustó la pistola en el rayo más fino y dejó que el cañón se apoyara contra su pecho.

Ahora, una pequeña presión del dedo. Sus ojos escudriñaron las expresiones de los demás. A los soldados no les importaba. Rawlings estaba completamente atontado. Sólo Boardman mostraba miedo y preocupación.

- Supongo que podría matarte a ti primero Charles. Para darle una lección a nuestro joven amigo; el precio del engaño es la muerte. Pero no. Eso lo estropearía todo. Tienes que vivir, Charles. Tienes que volver a la tierra y admitir que dejaste escapar al hombre indispensable. ¡Qué borrón en tu carrera! ¡En la misión más importante! Sí. Será un placer derrumbarme aquí y dejar que tú recojas los pedazos.

Su dedo se crispó sobre el gatillo.

- Ahora - dijo -. Rápido.

- ¡No! - gritó Boardman -. Por el amor de...

- ...el hombre - dijo Muller, riendo, y no disparó. Dejó caer el brazo y tiró el arma con gesto de fastidio hacia donde estaba Boardman. Aterrizó a sus pies.

- ¡Espuma! ¡Rápido!

- No te molestes - dijo Muller -. Soy tuyo.

A Rawlings le llevó bastante tiempo entenderlo.

Primero tuvieron que afrontar el problema de salir del laberinto. Aun con Muller dirigiéndolos fue un trabajo abrumador. Tal como habían sospechado acercarse a las trampas desde el lado interno no era lo mismo que sortearlas desde afuera. Cautelosamente, Muller los condujo a través de la zona E; ellos conocían bastante bien la F y, después de dismantelar el campamento, entraron en G. Rawlings seguía esperando que Muller saltara súbitamente y se arrojara en alguna trampa espantosa. Pero Muller parecía tan ansioso por salir del laberinto con vida como cualquiera de ellos. Y, curiosamente, Boardman se había dado cuenta de eso. Aunque vigilaba de cerca a Muller, lo dejó en libertad.

Sintiendo que había caído en desgracia, Rawlings, se mantuvo apartado de los demás durante la silenciosa marcha hacia fuera. Consideraba que había arruinado su carrera. Había puesto en peligro las vidas de sus compañeros y el éxito de la misión. Pero sentía que había valido la pena. Llega un momento en que un hombre debe actuar contra lo que considera incorrecto.

El simple placer moral que experimentaba era contrarrestado por la conciencia de que había actuado ingenua, romántica, tontamente. No podía enfrentarse con Boardman. Más de una vez pensó que debía permitir que uno de las trampas mortales de las zonas exteriores le atrapara. Pero decidió que eso también sería ingenuo, romántico y tonto.

Miró a Muller, que avanzaba a zancadas..., alto, orgulloso, con sus conflictos resueltos y sus dudas cristalizadas. Y se preguntó mil veces por qué Muller había entregado la pistola.

Finalmente Boardman se lo explicó, cuando acamparon para pasar la noche en una precaria plaza, cerca del borde externo de la zona G.

- Mírame - dijo Boardman -. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me miras?

- No juegue conmigo, Charles. Hágalo de una vez.

- Que haga, ¿qué?

- Que me insulte. Quiero oír la sentencia.

- Todo está bien, Ned. Nos ayudaste a obtener lo queríamos. ¿Por qué iba a estar enfadado?

- Pero... la pistola... Yo le di la pistola.

- De nuevo confundes el fin y los medios. Viene con nosotros. Está haciendo lo que queríamos que hiciera. Eso es lo único que cuenta.

Atropelladamente, Rawlings preguntó:

- ¿Y si se hubiera matado..., o nos hubiera matado?

- No hubiera hecho ninguna de las dos cosas.

- Eso lo dice ahora. Pero en aquel momento, cuando tenía la pistola...

- No - dijo Boardman -. Te dije al principio que trabajaríamos sobre la base de su sentido del honor. Tuvimos que volver a despertarlo. Tú lo hiciste. Mira: aquí estoy yo, el brutal representante de una sociedad brutal y amoral, ¿no es así? Yo confirmo las peores ideas de Muller sobre la humanidad.. ¿Por qué iba a ayudar a una manada de lobos? Y aquí estás tú, joven e inocente, lleno de sueños y esperanzas. Le recuerdas a la humanidad a la que conoció

antes de que el cinismo lo corroyera. Torpemente, tratas de ser moral en un mundo que no muestra trazas de ética ni de sensatez. Demostraste simpatía y amor por un semejante y la capacidad de hacer un gesto dramático por lo que creías correcto, le demostraste a Muller que todavía hay esperanzas para la humanidad, ¿te das cuenta? Me desafías y le das un arma y lo conviertes en el árbitro de la situación. Podía haber hecho lo más obvio y matarnos. Podía haber hecho algo menos obvio y matarse. O podía ponerse a tu altura, superarte, renunciando deliberadamente y demostrando su superioridad moral. Lo hizo. Arrojó el arma. Fue decisivo, Ned. Fuiste el instrumento a través del cual conseguimos su cooperación.

- Todo parece horrible cuando usted lo explica así, Charles. Como si también hubiese planeado eso. Empujándome tanto que tuviera que darle el arma, sabiendo que...

Boardman sonrió.

- ¿Lo hizo? - preguntó Rawlings de golpe -. No. No puede haber calculado todos esos vericuetos. Ahora, cuando todo terminó, está tratando de hacerme creer que lo tenía todo previsto. Pero yo le miré en el momento en que di el arma a Muller. Había temor en su cara, e ira. Usted no estaba seguro de lo que iba a hacer. Pero como todo salió bien ahora dirá que lo tenía planeado. ¡No me engaña, Charles!

- Es delicioso ser tan transparente - dijo alegremente Boardman.

4

El laberinto no parecía interesado en retenerles. Cuidadosamente, recorrieron el camino de salida, pero encontraron pocos desafíos y ningún peligro serio. Rápidamente se dirigieron hacia la nave.

Dieron a Muller una cabina a proa, alejada del alojamiento de la tripulación. Pareció aceptarlo como una consecuencia de su condición y no se ofendió. Se mantenía apartado, solo, lacónico. A menudo, una sonrisa irónica vagaba por sus labios y la mayor parte del tiempo sus ojos tenían un brillo despectivo. Pero estaba dispuesto a hacer lo que se le ordenaba. Había tenido su momento de supremacía; ahora pertenecía a los demás.

Hosteen y sus hombres hicieron a toda prisa los preparativos para el despegue. Muller permanecía en su cabina. Boardman fue a verle, solo y sin armas. El también podía tener actitudes nobles.

Se miraron por sobre una mesa baja. Muller aguardó, en silencio, sin mostrar la menor emoción en su cara. Después de un rato, Boardman dijo.

- Te estoy muy agradecido, Dick.

- Ahórrate eso.

- No me importa que me desprecies. Hice lo que tenía que hacer. Igual que el chico. Y ahora lo harás tú. Después de todo, no podías olvidar que naciste en la Tierra.

- Ojalá pudiera.

- No digas eso. Es amargura retórica, fácil, barata, Dick. Los dos somos demasiado viejos para hacer retórica. El universo es un lugar peligroso. Hacemos lo que podemos. Lo demás no importa.

Estaba sentado bastante cerca de Muller. La emanación le daba de lleno, pero, deliberadamente, no se movió. Esa onda de desesperación que lo hacía sentir como si tuviera mil años de edad. La decadencia del cuerpo, el derrumbe del alma, la muerte térmica de la galaxia..., la llegada del invierno..., vacío..., cenizas.

- Cuando llegemos a la Tierra - dijo tajante - haré que recibas todas las informaciones pertinentes. Cuando las asimiles sabrás tanto como nosotros sobre los extragalácticos, lo que no es decir gran cosa. Después, harás lo que te parezca. Pero estoy seguro que sabes, Dick, que los corazones de millones de terráneos rezarán por ti y por tu éxito.

- ¿Quién hace retórica? - preguntó Muller.

- ¿Hay alguien a quien te gustaría ver cuando llegemos a la Tierra?

- No.

- Puedo avisar con antelación. Hay gente que nunca dejó de quererte, Dick, Estarán esperándote, si yo se lo pido.

Lentamente Muller dijo:

- Veo el esfuerzo en tus ojos, Charles. Mi proximidad te está destrozando, la sientes en las entrañas, en la frente, en el estómago. Tú piel está gris. Tus mejillas se han aflojado. Te quedarías ahí sentado aunque te mueras, porque es tu estilo. Pero es infernal. Si en la Tierra hay alguien que nunca dejó de quererme, lo menos que puedo hacer por esa persona es ahorrarle ese infierno. No quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie.

- Como quieras - dijo Boardman. Gotas de sudor colgaban de sus cejas tupidas y caían sobre sus mejillas. Quizá cambies de idea cuando te acerques a la Tierra.

- Nunca más estaré cerca de la Tierra - replicó Muller.

Pasó tres semanas asimilando todo lo que se sabía de los gigantescos seres extragalácticos. Insistió en no ir a la Tierra y en que su retorno no se hiciera público. Le alojaron en un búnker en la Luna y vivió discretamente a la sombra de Copérnico, moviéndose como un robot por unos corredores de acero gris, alumbrados por cálidas antorchas. Le mostraron todos los cubos. Proyectaron muchas reconstrucciones en módulos sensoriales. Muller escuchaba. Absorbía. Dijo muy poco.

Se mantenían a distancia, como habían hecho en el viaje desde Lemnos. Pasaban días enteros sin que viese a un ser humano. Cuando llegaban hasta él, se mantenían a más de diez metros de distancia.

No se quejó.

La excepción era Boardman, que lo visitaba tres veces por semana e insistía en estar dentro de la zona del dolor. A Muller eso le parecía despreciable. Boardman parecía tratarlo con condescendencia, con su voluntaria y totalmente innecesaria sumisión al sufrimiento.

- Preferiría que no vinieses - le dijo durante su quinta visita -. Podemos hablar por la pantalla o podrías quedarte en la puerta.

- No me importa estar cerca.

- Pero a mí sí - replicó Muller -. ¿Nunca se te ha ocurrido que estoy empezando a encontrar tan odiosa a la humanidad como la humanidad me encuentra a mí? El tufo de tu cuerpo carnoso, Charles, se me clava en la nariz. Y no es sólo el tuyo, es el de todos. Desagradable. Nauseabundo. Hasta la expresión de vuestras caras. Los poros. Sus estúpidas bocas abiertas. Las orejas. Mira de cerca una oreja, Charles. ¿Has visto alguna vez algo más repulsivo que esa tacita rosada y arrugada? ¡Me dais asco, todos!

- Lamento que pienses así - dijo Boardman. Las sesiones informativas continuaron. Después de una semana, Muller estuvo listo para emprender su misión; pero no: primero tenían que alimentarlo con todas las informaciones del banco. Absorbió la información con impaciencia creciente. Todavía perduraba una sombra de su antigua personalidad, que consideraba la misión como un desafío fascinante, digno de ser aceptado. Iría. Serviría, como antes. Cumpliría su obligación.

Eventualmente, dijeron que podía partir.

Desde la Luna lo llevaron por impulso hasta un punto situado fuera de la órbita de Marte, donde lo trasladaron a una nave hiperespacial, ya programada para despedirlo hasta el exterior de la galaxia. Solo. En aquel viaje no tendría que preocuparse por las molestias que su presencia pudiera causar a la tripulación. Había varias razones para esto: la más importante era que, oficialmente, se consideraba una misión suicida, y puesto que la nave podía hacer el viaje sin necesidad de tripulación hubiese sido temerario arriesgar vidas..., además de la suya, por supuesto. Pero él era un voluntario. Además había pedido hacer el viaje solo.

No vio a Boardman durante las cinco semanas anteriores a la partida ni había visto más a Ned Rawlings desde su vuelta de Lemnos. Muller no lamentaba la ausencia de Boardman, pero a veces deseaba poder pasar otra hora con Rawlings. Era un chico que prometía. Tras la incoherencia y la confusa ingenuidad, Muller vislumbraba las simientes de la madurez.

Desde la cabina de su pequeña y esbelta nave vio a los técnicos flotando en el espacio y disponiéndose a cortar las comunicaciones. Estaban volviendo a su propia nave. Escuchó un mensaje de Boardman, un Boardman muy especial. «Ve y cumple con tu deber. La humanidad...», etcétera, etcétera. Muller agradeció amablemente sus palabras.

El canal de comunicación quedó cortado.

Unos instantes más tarde, Muller entró en el hiperespacio.

2

Los seres gigantescos se habían apoderado de tres sistemas situados en los márgenes de la galaxia; cada estrella tenía dos planetas colonizados por la Tierra. La nave de Muller se dirigía hacia una estrella verdosa cuyos mundos habían sido colonizados sólo cincuenta años antes. El quinto planeta, seco como el hierro, pertenecía a una sociedad colonizadora del Asia Central, que estaba tratando de establecer una serie de culturas nómadas donde se pudieran practicar las virtudes pastorales. El sexto, que presentaba una mezcla de culturas y ambientes más parecidos a los de la tierra, estaba ocupado por representantes de media docena de sociedades colonizadoras, cada una en un continente. Las relaciones entre esos grupos, a menudo complicadas y difíciles, habían dejado de tener importancia en los últimos doce meses, ya que ambos planetas estaban bajo el control de supervisores extragalácticos.

Muller salió de la trayectoria hiperespacial a veinte segundos luz del sexto planeta. Automáticamente.

Su nave se estacionó en una órbita de observación y los aparatos comenzaron a informar. Las pantallas mostraban la imagen de la superficie. Las placas de superposición le permitían comparar la configuración de las instalaciones que había abajo con la que habían tenido antes de ser conquistadas por los Extragalácticos. Las imágenes ampliadas eran muy interesantes, las imágenes originales a en la pantalla de color violeta; las ampliaciones recientes en rojo. Muller observó que, alrededor de cada una de las colonias, y sin tener en cuenta su planta original, había surgido una red de calles angulares y avenidas zigzagueantes. Instintivamente notó que aquella geometría era totalmente extranjera. Lo que observaba trajo a su memoria el lívido recuerdo del laberinto, y aunque aquellos esquemas no se parecían a los del laberinto tenían en común su falta de una pauta predecible. Rechazó la posibilidad de que el laberinto de Lemnos hubiese sido construido por los seres radiales. Lo que captaba era la similitud entre diferencias totales. Los seres extraños construían de maneras extrañas.

A siete mil kilómetros de distancia del planeta, estaba en órbita una cápsula resplandeciente, con un eje más grande que el otro, que tenía, aproximadamente, la masa de una gran nave de transporte interestelar. Muller descubrió una cápsula similar alrededor del quinto mundo. Los supervisores.

Para él era imposible comunicarse con cualquiera de las cápsulas ni con los planetas; todos los canales estaban bloqueados. Empujó caprichosamente los controles durante más de una hora, ignorando las advertencias del cerebro de la nave, que le repetía que era inútil. Finalmente se rindió a la evidencia.

Acercó su nave a la cápsula más próxima. Le sorprendió que la nave siguiera estando bajo su control. Los proyectiles destructores que se habían acercado a los supervisores habían sido desviados por éstos, pero él podía maniobrar. ¿Un signo esperanzador?

¿Estaba siendo observado? ¿El ser podía distinguirlo de un arma destructora? ¿O lo estaría ignorando?

Desde una distancia de un millón de kilómetros ajustó su velocidad con la del satélite y puso su nave en una órbita de estacionamiento alrededor de él. Entró en la cápsula de lanzamiento. Se lanzó al vacío y entró en la oscuridad.

3

El extragaláctico se apoderó de él. No había duda. La cápsula de lanzamiento estaba programada para una órbita que lo acercara al satélite a su debido tiempo, y Muller descubrió rápidamente que se estaba desviando de dicha órbita. Las desviaciones nunca son accidentales. Su cápsula estaba acelerando más velozmente de lo programado; eso quería decir que había sido atrapada y estaba siendo atraída. Lo aceptó. Mantenía una calma helada; no esperaba nada y estaba preparado para todo. La cápsula empezó a bajar. Vio el bulto brillante del satélite.

Piel contra, piel metálica, los vehículos se encontraron, se tocaron, se unieron.

Se abrió una escotilla.

La cápsula se deslizó hacia adentro.

Su cápsula se detuvo en una plataforma situada en una inmensa habitación cavernosa, de cientos de metros de longitud, altura y profundidad. Llevando su traje espacial, Muller salió. Activó sus cojinetes gravitatorios, ya que, como había supuesto, la gravedad en el satélite era casi nula e imperceptible. En la oscuridad sólo vio un tenue resplandor púrpura. En el silencio total oyó un sonido profundo y resonante, como un suspiro enormemente ampliado que temblaba entre las columnas y las vigas del satélite. A pesar de los cojinetes de gravedad, se sintió mareado; el suelo se movía bajo sus pies. Por su mente pasó una imagen parecida al ruido del mar: grandes olas se estrellaban en playas, agua que se agitaba y resonaba en su cavidad global, el mundo se estremecía a causa de ello. Muller sintió un escalofrío que su traje no pudo contrarrestar. Una fuerza irresistible lo atraía. Se movió, inseguro, y sintió alivio y sorpresa al ver que sus miembros todavía obedecían sus órdenes, aunque no los controlaba por completo. La conciencia de que allí cerca había algo vasto, algo que pesaba y latía y suspiraba, seguía acompañándolo.

Anduvo por una avenida en tinieblas. Llegó a una barandilla baja, una luz roja y opaca en la profunda oscuridad, y apretó su pierna contra ella, manteniendo el contacto mientras avanzaba. En un momento resbaló, y al golpear la barandilla con el codo sintió que el ruido del metal recorría la enorme estructura. Ecos borrosos volvieron hasta él. Como si estuviera andando por

el laberinto, pasó por pasillos y compuertas, atravesó compartimientos relacionados, cruzó puentes que se alzaban sobre oscuros abismos, bajó por rampas ondulantes que desembocaban en impresionantes cámaras cuyos techos eran apenas visibles. Se movía con confianza ciega; no sentía ningún temor. Apenas podía ver. No comprendía la estructura total del satélite. Apenas podía la imaginar la finalidad de aquellas divisiones internas.

Desde la invisible presencia gigantesca llegaban ondas silenciosas, cuya fuerza se iba intensificando. Muller tembló sintiendo que lo aferraban. Pero siguió avanzando hasta que llegó a una especie de galería central, y en un resplandor azul apagado pudo ver unos niveles que descendían delante de él, y muy por debajo de su balcón un amplio tanque y, dentro del tanque, algo que centelleaba, algo enorme.

- Aquí estoy - dijo -. Richard Muller. De la Tierra.

Se aferró a la baranda y miró hacia abajo, esperando que sucediera alguna cosa. ¿Acaso la enorme bestia se agitó y cambió de posición? ¿Gruñó? ¿Se dirigió a él en un lenguaje que entendía? No nada. Pero sintió muchas cosas: lenta, sutilmente, tomó conciencia de un contacto, de una mezcla, de una sumersión.

Sintió que su alma escapaba por sus poros, la absorción era incesante. Pero Muller prefirió no resistirse, cedió, dio la bienvenida, se entregó libremente. Abajo, en el pozo, el monstruo perforaba su espíritu, abría compuertas de energía neural, pedía más.

- Sigue - dijo Muller, y los ecos de su voz danzaron a su alrededor, resonando y reverberando -. ¡Bebe! ¿Cómo es? Una bebida amarga ¿eh? ¡Bebe, bebe!

Sus rodillas se doblaron y cayó hacia adelante apretando la frente contra la fría barandilla mientras sus últimas reservas eran extinguidas.

Se rindió de buena gana, en gotas brillantes. Entregó el primer amor y el primer desengaño. La lluvia de abril, la fiebre y el dolor. Orgullo y esperanza, calor y frío, dulce y ácido. El olor del sudor y el roce de la piel, el trueno de la música, la música del trueno, cabellos sedosos anudados en sus dedos, líneas dibujadas en la arena. Montar un caballo, brillantes manadas de pececillos, las torres de Novísima Chicago, los burdeles de Nueva Orleans. Nieve. Sangre. Vino. Hambre. Fuego. Dolor. Sueño. Penas. Manzanas. Amanecer. Lágrimas. Bach. El ruido del tocino al freírse. La risa de los ancianos. El Sol en el horizonte, la luna en el mar, la luz de las estrellas, el humo de los cohetes, flores de verano en la ladera de un glaciar. Padre. Madre. Jesús. Tristeza. Júbilo. Lo dio todo y aguardó una respuesta. No recibió ninguna. Y cuando estuvo totalmente vacío, apoyó la cara en el suelo, desnudo, hueco, mirando sin ver hacia el abismo.

4

Cuando pudo marcharse, se marchó. La compuerta se abrió para dar paso a su cápsula, que se elevó rumbo de la nave. Poco después estaba en trayectoria hiperespacial. Durmió durante la mayor parte del viaje. En las cercanías de Antares conectó los controles manuales, se hizo cargo de la nave y pidió un cambio de rumbo. No había necesidad de volver a la Tierra. La estación de control recibió su solicitud, hizo una comprobación rutinaria para ver si el canal estaba libre y le

autorizó a dirigirse inmediatamente a Lemnos. Instantáneamente, Muller volvió a entrar en trayectoria hiperespacial.

Cuando surgió, no lejos de Lemnos, encontró otra nave en órbita esperándole. Decidió ignorarla, pero la otra nave insistió en entrar en contacto. Muller aceptó la comunicación.

- Soy Ned Rawlings - dijo una voz extrañamente serena -. ¿Por qué ha cambiado su plan de vuelo?

- ¿A quién le importa? Ya he hecho mi trabajo.

- Pero no ha hecho un informe.

- Entonces informaré ahora. Visité al extragaláctico. Tuvimos una charla agradable y amistosa. Luego me permitió partir. Ahora casi estoy en casa. No sé qué consecuencias tendrá mi visita en el futuro de la humanidad. Fin del informe.

- ¿Qué va a hacer ahora?

- Te lo dije; irme a casa. Esta es mi casa.

- ¿Lemnos?

- Lemnos.

- Dick, déjeme ir a su nave. Diez minutos... cara a cara. Por favor, no se niegue.

- No me niego - dijo Muller.

Una pequeña embarcación se separó de la otra nave y ajustó su velocidad a la suya. Pacientemente, Muller permitió el acoplamiento. Rawlings entró en su nave y se quitó el casco. Estaba pálido y tenso; parecía mayor. Sus ojos tenían una expresión distinta. Durante un momento se miraron en silencio.

Luego Rawlings avanzó y tomó la muñeca de Muller, saludándole.

- Nunca pensé que volvería a verle, Dick - Comenzó -, y quiero decirle...

Calló bruscamente.

- ¿Sí? - preguntó Muller.

- No lo siento - dijo Rawlings - ¡No lo siento!

- ¿Qué?

- Usted. Su campo mental. Mire, estoy a su lado. No siento nada. La fealdad, el dolor, la degradación..., ¡no llega nada!

- El monstruo lo devoró - dijo Muller con calma -. No me sorprende. Mi alma dejó mi cuerpo. Y no toda volvió a entrar.

- ¿De qué está hablando?

- Sentí que absorbía todo lo que había en mi interior. Sabía que estaba modificándome, No fue deliberado. Fue solo un subproducto.

- Entonces, lo sabía - dijo Rawlings lentamente -. Antes de que yo viniera.

- Pero esto lo confirma.

- Y sin embargo, quiere volver al laberinto. ¿Por qué?

- Es mi hogar.

- La Tierra es su hogar, Dick. No hay razones para que no vuelva. Está curado.

- Si - dijo Muller -. Un fin feliz para mi lamentable historia. Ahora puedo volver a convivir con la humanidad. Es mi recompensa por haber arriesgado noblemente la vida por segunda vez ante seres extraños. ¡Perfecto! Pero la humanidad, ¿es digna de convivir conmigo?

- No vaya a Lemnos, Dick. Está siendo irracional Charles me envió a buscarle. Está enormemente orgulloso de usted. Todos lo estamos. Sería un error volver a encerrarse en el laberinto.

- Vuelve a tu nave, Ned - dijo Muller.

- Si usted vuelve al laberinto yo también iré.

- Si lo haces, te mataré. Quiero que me dejen en paz, Ned. ¿Lo comprendes? He hecho mi trabajo. Mi último trabajo. Ahora me retiro, purgado de mis pesadillas. - Muller se esforzó por sonreír -. No me sigas, Ned. Yo confié en ti y tú me hubieras traicionado. Todo lo demás es incidental. Ahora, vete de mi nave. Creo que ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir, excepto adiós.

- Dick...

- Adiós, Ned. Dale recuerdos a Charles. Y a todos los demás.

- ¡No haga eso!

- Hay algo allí abajo que no quiero perder - dijo Muller -. Ahora voy a reclamarlo. Manteneos a distancia. Todos vosotros. Manteneos a distancia. Ya sé la verdad sobre la humanidad. ¿Te irás ahora?

En silencio, Rawlings ajustó su traje y se dirigió a la compuerta. Cuando la atravesó, Muller dijo:

- Despideme de todos, Ned. Me alegro de que tú hayas sido el último hombre que veré. De algún modo lo hace más fácil.

Rawlings desapareció por la compuerta.

Poco después, Muller programó su nave para una órbita hiperbólica diferida en veinte minutos, entró en la cápsula y se preparó para descender hasta Lemnos. Fue un lanzamiento rápido y un buen aterrizaje. Bajó justo en el área de impacto, a dos kilómetros del portal del laberinto. El sol estaba alto y brillante. Muller caminó velozmente hacia el laberinto.

Había hecho lo que querían que hiciera.

Y ahora se iba a casa.

5

- Sigue haciendo gestos - dijo Boardman -. Ya saldrá de allí.

- No lo creo - replicó Rawlings -. Pensaba lo que decía.

- ¿Estuviste a su lado y no sentiste nada?

- Nada. Ya no lo tiene.

- ¿Y él lo sabe?

- Sí.

- Entonces saldrá - dijo Boardman -. Le vigilarémos, y cuando pida que le saquen de Lemnos lo haremos. Más pronto o más tarde, volverá a necesitar de los demás. Le han pasado tantas

cosas que necesita pensar en todo, y cree que el laberinto es el mejor sitio para eso. Todavía no está preparado para volver a emprender una vida normal. Dale dos años, tres, cuatro. Saldrá. Los dos grupos de seres extraterrestres se han anulado mutuamente y es apto para volver a la sociedad humana.

- Creo que no - dijo Rawlings en voz baja -. No creo que se hayan anulado con tanta exactitud. Charles, creo que él ya... no es humano.

Boardman rió.

- ¿Quieres que apostemos? Te doy cinco a uno a que Muller saldrá voluntariamente del laberinto antes de cinco años.

- Bueno...

- Apostado, entonces.

Rawlings salió de la oficina del anciano. Ya era noche. Cruzó el puente que había fuera del edificio. Dentro de una hora estaría cenando con una persona cálida y más dispuesta, que estaba totalmente deslumbrada por su relación con el famoso Ned Rawlings. Era una buena oyente que le estimulaba a contar historias de hechos audaces y asentía gravemente cuando hablaba de los desafíos del futuro. Además, era buena en la cama.

Se detuvo en el puente para mirar las estrellas.

Un millón de millones de resplandecientes puntos luminosos brillaban en el cielo. Allá estaban Lemnos y Beta Hydri IV y los mundos ocupados por los seres radiales y todos los dominios del hombre y hasta la galaxia de los otros, invisible, pero real. Allá había un laberinto en una ancha llanura y un bosque de árboles esponjosos de centenares de metros de altura y mil planetas donde estaban sembradas las jóvenes ciudades de los terrestres y un extraño tanque en órbita alrededor de un mundo sojuzgado. En el tanque yacía algo insoportablemente extraño. En los mil planetas vivían hombres preocupados que temían al futuro. Bajo los árboles esponjosos andaban gráciles criaturas silenciosas con muchos brazos. En el laberinto, reposaba un... hombre.

«Quizá - pensó Rawlings -, dentro de un año o dos iré a visitar a Muller. »

Era muy pronto para predecir el rumbo que tomarían los acontecimientos. Nadie sabía cómo estaban reaccionando los seres radiales, si es que llegaban a reaccionar, a las cosas que habían aprendido de Richard Muller. El papel de los hidranos, los esfuerzos del hombre por defenderse, la salida de Muller del laberinto, eran misterios, incógnitas variables. Era excitante y causaba un poco de temor pensar que viviría los tiempos difíciles que se aproximaban.

Atravesó el puente. Vio las naves espaciales que perturbaban la oscuridad. Se quedó inmóvil, sintiendo la atracción de las estrellas. Todo el universo tiraba de él, cada estrella ejercía un poder finito. El resplandor del cielo le deslumbraba. Había senderos abiertos que le atraían. Pensó en el hombre del laberinto. También pensó en la chica esbelta y apasionada, de ojos oscuros, cuyo cuerpo le aguardaba.

Súbitamente fue Dick Muller, cuando tenía veinticuatro años y la galaxia podía ser suya si se lo proponía. «¿Eras tan diferente de mí? - se preguntó -. ¿Que sentías cuando levantabas la vista y mirabas las estrellas? ¿Dónde te golpeaban? Aquí. Aquí. Donde me golpean a mí. Y fuiste allá. Y encontraste. Y perdiste. Y encontraste otra cosa. ¿Recuerdas, Dick, cómo sentías

entonces? ¿En qué pensarás esta noche, en tu ventoso laberinto? ¿Recuerdas? ¿Por qué te alejaste de nosotros, Dick? ¿En qué te has transformado?»

Se apresuró al encuentro de la chica que aguardaba. Bebieron vino nuevo, picante, eléctrico. Sonrieron a la luz de una vela que vacilaba. Más tarde ella se entregó suavemente, y más tarde aún estuvieron en un balcón, muy juntos, mirando la mayor de las ciudades humanas. Las luces se estiraban hasta el infinito, se alzaban hasta encontrarse con esas otras luces de arriba. Deslizó su brazo alrededor de ella y apoyó la mano en su piel desnuda y la apretó contra sí.

- ¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez? - preguntó ella.

- Cuatro días más.

- ¿Y cuándo volverás?

- Cuando termine mi trabajo.

- Ned, ¿nunca vas a descansar? ¿Nunca vas a decir, ya basta, no saldré más, elegiré un planeta y me quedaré en él?

- Sí - respondió vagamente -. Supongo que algún día. Dentro de un tiempo.

- No lo piensas en serio. Lo dices. Ninguno de vosotros se asienta nunca.

- No podemos - murmuró él -. Seguimos adelante. Siempre hay más mundos..., nuevos soles...

- Eres demasiado. Quieres todo el universo. Eso no está bien, Ned. Hay que aceptar un límite.

- Sí - dijo él -. Tienes razón. Sé que tienes razón.

Sus dedos viajaron sobre una piel suave como la seda. Ella se estremeció. Él dijo:

- Hacemos lo que tenemos que hacer. Tratamos de aprender de los errores ajenos. Servimos nuestra causa. Intentamos ser honestos con nosotros mismos. ¿De qué otro modo podría ser?

- El hombre que volvió al laberinto...

- ...Es feliz - dijo Rawlings. - Está siguiendo el camino que él mismo eligió.

- ¿Cómo puede ser?

- No puedo explicarlo.

- Debe de odiarnos mucho a todos para volver la espalda al universo de esa forma.

- Está más allá del odio - dijo Rawlings -. De alguna manera. Está en paz. Sea lo que sea.

- ¿Sea lo que sea?

- Sí - dijo él dulcemente.

Sintió el frío de la medianoche y la llevó dentro. Se quedaron junto a la cama. La vela estaba casi totalmente consumida. La besó solemnemente y pensó nuevamente en Dick Muller y se preguntó qué laberinto le estaba aguardando al final de su propio sendero. La tomó en sus brazos y sintió la presión de su cuerpo contra su propia piel. Se acostaron. Las manos de Ned buscaron, aferraron, acariciaron. La respiración de ella se transformó en un jadeo.

«Dick, cuando le vea nuevamente tendré mucho que decirle», pensó.

- ¿Por qué volvió a encerrarse en el laberinto? - preguntó ella.

- Por la misma razón que fue a ver a seres extraños. Por la razón que sucedió todo.

- ¿Y cuál era esa razón?

- Amaba a la humanidad - dijo Rawlings.

Era un epitafio tan bueno como otro cualquiera. Apretó con fuerza a la joven. Pero se marchó antes del amanecer.

FIN